

## PRESENTACIÓN

Cuando hablo aquí de “crecer en la fe” me refiero a la fe cristiana, es decir a la fe en la persona de Jesucristo y en Dios como Padre querido, suyo y nuestro. Hay otros caminos de la fe en Dios, muy dignos de estima, que no pasan por la persona de Jesucristo. De ellos no voy a hablar.

Quiero seguir el consejo de san Pablo cuando les dijo a los romanos: “Pónganse a la altura de los más humildes. No se tengan por sabios” (Rom 12, 16) Voy desarrollar esta reflexión sobre la fe de una manera sencilla, sin pretender cosas que superan mi capacidad o la capacidad de los que no tengan estudios teológicos. Estoy seguro de que estará al alcance de todos, no porque utilice un lenguaje muy asequible, sino porque ellos son sencillos y abiertos. Jesús lo dijo en un diálogo emocionado con Dios: “Te alabo, Padre, porque has dado a conocer estas cosas a la gente sencilla” (Lc 10, 21) La humildad y la sencillez más que los estudios teológicos de altos vuelos, que no todos podemos hacer, son el mejor camino de acceso al misterio de Dios y de su Hijo Jesucristo.

Han motivado esta reflexión algunas constataciones, especialmente las tres siguientes:

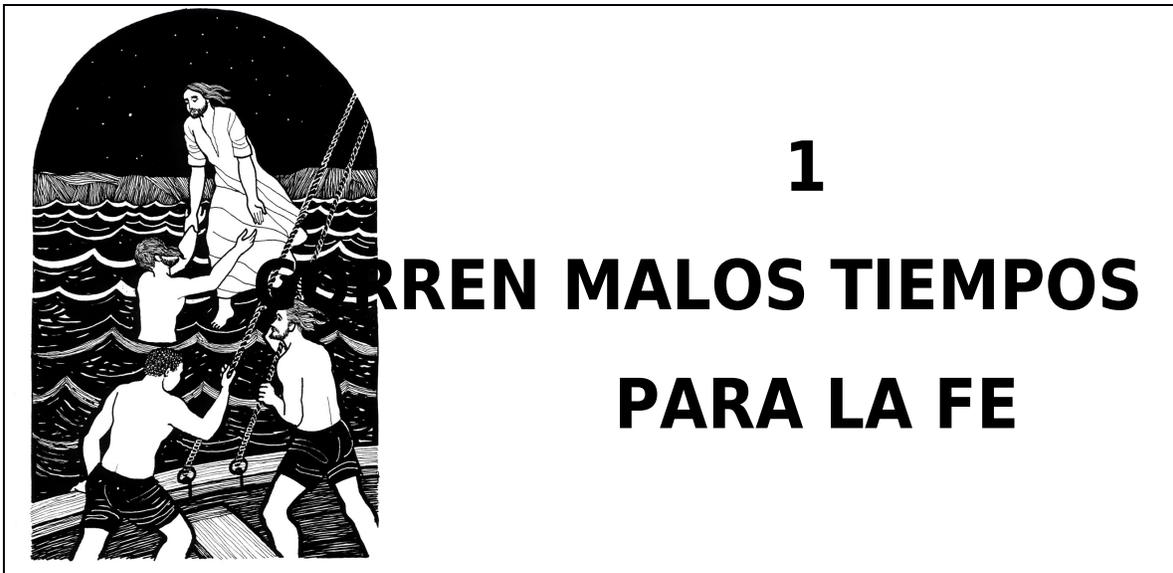
- a) En primer lugar la fragilidad, las carencias y enfermedades de la fe de muchos cristianos. Nuestra fe siempre es débil y necesitamos renovarla, consolidarla día a día, si no queremos que se marchite o que se vuelva una reliquia del pasado, un fósil sin vida. Eso es, por desgracia, la fe de muchos cristianos, un quiste sin vida.
- b) En segundo lugar, motiva esta reflexión el hecho de que la fe es el fundamento, la tierra firme en que se apoya y se arraiga todo lo que somos como cristianos. Y la fe es también lo que da sentido de nuestra vida. ¡Hay tantas personas que viven sin sentido, a la deriva! La fe se lo puede dar.
- c) Otro hecho que me ha movido a escribir este texto es la constatación de que corren malos tiempos y malos vientos para la fe. Antes los creyentes íbamos a favor de corriente; bastaba dejarse llevar por el ambiente religioso en que vivíamos para ser creyente. Ahora hay que creer contracorriente, porque se ha desatado un vendaval que pretende desacreditar la fe y sobre todo las instituciones religiosas, como la Iglesia. Es innegable que un turbión de increencia está arrastrando a muchas personas que se dicen cristianas pero no tienen raíces profundas que sostengan su fe.

El propósito de estas reflexiones es ayudar a crecer en la fe. En nuestro interior resuena hoy, dirigido a nosotros, el reproche que hizo Jesús a sus discípulos cuando les dijo: “¡gente de poca fe!” (Mt 8, 26). Nosotros, como los Apóstoles, reconocemos que somos gente de poca fe y le decimos: “Señor, aumentanos la fe” (Lc 17,5). Esta petición podría ser el estribillo de cada una de las páginas.

Son varias las dimensiones de nuestra fe que están debilitadas y que es necesario fortalecer. Las cuatro siguientes son importantes.

- a) Hemos de crecer en el **conocimiento** de lo que es la fe cristiana. Muchos la hemos recibido como una herencia preciosa, pero no la hemos reflexionado ni estudiado y, por ello, no está muy arraigada, es muy vulnerable a los ataques del enemigo no sabemos defenderla.
- b) Nuestra fe debe crecer también en **vigor**. Precisamente porque no tiene raíces profundas, carece de vigor y a veces, se muestra débil y muy frágil. Ante las dificultades, sucumbimos. La burla o la hostilidad de otros o del ambiente contrario a la fe, nos llevan a ocultar que somos creyentes.
- c) Es necesario crecer en **calidad**, porque nuestra fe y sus expresiones tienen mucha escoria, muchos elementos extraños a la fe verdadera; a veces tan extraños que la corrompen, la vuelven ridícula y despreciable y, en lugar de atracción, despierta rechazo en los no creyentes.
- d) Finalmente, es necesario crecer en la **coherencia** entre fe y vida. Muchos de nosotros estamos en posesión tranquila y tranquilizadora de una fe inoperante que no cambia en nada nuestro modo de vivir, que se expresa en unas prácticas religiosas que nada tienen que ver con la vida. El objetivo principal de este camino que empezamos juntos no es acumular conocimientos, sino cambiar de vida para que se desarrolle en mayor coherencia con el evangelio y se parezca lo más posible a la vida de Jesús de Nazaret, “que pasó haciendo el bien a todos” (Hch 10, 38) En otras palabras, lo más importante es crecer como seguidores de Jesús.

*Para redactar este texto he leído muchos libros. Los principales son los que figuran en las notas a pie de página. Unas veces los citaré literalmente y otras no; los integraré sin más en las reflexiones que vaya haciendo.*



Ciertamente, la fe está pasando por horas bajas. No debemos cerrar los ojos a esta realidad. El abandono de la fe y de las prácticas religiosas con las que ésta se expresa y de las que se alimenta está en decadencia. Si tomamos como ejemplo, en el caso de los católicos, la participación en la misa dominical, que al fin y al cabo es la esencia de nuestra fe, las estadísticas son escalofriantes. En Bolivia más del 80% de las personas se dicen católicas, pero en la misa dominical no participan más del 5%. Sin culpar a nadie, uno no puede menos de preguntarse: ¿Qué clase de fe tienen esas personas que se dicen cristianas y no participan ni viven la realidad central del cristianismo, la Eucaristía, de la que, con razón, decimos que es “el misterio de nuestra fe”?

La Eucaristía no es un mero acto piadoso, sino que es la esencia de la fe cristiana. Es un encuentro personal y comunitario con Cristo muy comprometedor porque nos impulsa a repetir su historia dando la vida

permanentemente por los demás. La Eucaristía es determinante para nuestra manera de vivir como seguidores de Jesús.

Cuando uno contempla muchos de nuestros templos, sobre todo en el primer mundo y en el centro de las ciudades, casi vacíos en las misas del domingo y observa que además la mayor parte de los presentes son personas de la tercera edad, se siente obligado a preguntarse: ¿Qué será de la Iglesia cuando esta generación de adultos mayores vaya pasando a mejor vida? ¿A qué actividades culturales se podrán dedicar nuestros templos? No hay que ser todo un profeta para intuir que la fe, como otras realidades muy valiosas, terminará siendo cosa de pocas personas y no por eso va a perder su valor. Ya Jesús dijo que son muchos los llamados a creer y seguir sus pasos y pocos los que responden (Mt 20,16; 22, 14)

Ante esta realidad tan desafiante nos viene a la mente la pregunta que, según el evangelio de Lucas, se hizo Jesús mismo: “Cuándo llegue el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” (Lc 18, 8) Él llega cada día y queremos que la encuentre más viva en nosotros. La calidad y coherencia de la fe de los cristianos es lo que puede atraer a más personas al seguimiento de Jesús.

Podemos distinguir dos tipos de causas del declive de la fe y de la religión: unas son externas a la comunidad cristiana y a los creyentes, como las distintas formas de increencia que existen y que atraen a algunos a engrosar sus filas; otras causas son internas, es decir, se dan dentro de los que se consideran católicos y les llevan a abandonar su fe o la práctica religiosa.

## 1. **Causas externas. La increencia o carencia de fe en Dios**

Entre las formas de increencia o de negación de Dios resaltan estas tres: el ateísmo, el agnosticismo y la indiferencia religiosa.

### 1.1. **El ateísmo.**

Hay varias formas de ateísmo. Vamos a referirnos sólo al ateísmo científico y al ateísmo filosófico humanista.

#### 1.1.1. **El ateísmo científico niega a Dios en nombre de la ciencia**

Ya en el siglo XVIII, Augusto Comte decía que la humanidad ha pasado por tres etapas:

- a) La antigua en la que el hombre explicaba el origen y los fenómenos de la naturaleza recurriendo a Dios. Es la etapa de la religión.

- b) La medieval en que los explicaba recurriendo a principios filosóficos. Es la etapa de la metafísica.
- c) La moderna que los explica por principios científicos. Una vez que ha llegado la ciencia, la religión y la metafísica ya no tienen razón de ser.

Según Comte, hay que renunciar a toda explicación religiosa o metafísica de la realidad. La única explicación válida es la científica. Sólo se puede admitir lo que se comprueba mediante medios y experimentos científicos. Con este principio delante, la cosa es muy sencilla: a Dios nadie lo ha visto, ni tocado, ni oído, ni descubierto a través de ningún experimento científico, luego no existe.

En nuestro tiempo otro científico francés ha reavivado muy convencido las tesis de Comte. Me refiero a Jacques Monod (1910-1976), premio nobel de bioquímica 1965. Refiriéndose a la explicación religiosa dice que "esos intentos arcaicos de explicación no son más que ilusiones peligrosas". En cambio, François Jacob, que fue premio de bioquímica juntamente con Monod, dice que hay hombres de ciencia perfectamente respetables, excelentes hombres de ciencia, que creen en la existencia de Dios. Pero, una vez más, esto no tiene nada que ver con la ciencia; es otro terreno". Lo dice muy bien César Numbela, presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España: "La teología es un ámbito del pensamiento diferente al científico, pero igualmente válido. La ciencia puede explicar muchas preguntas propias de su competencia, pero probar la existencia o no de Dios, es otro terreno".

Si el ateísmo científico pone a la ciencia en lugar de Dios, el ateísmo humanista, al que ahora nos vamos a referir, pone al ser humano en lugar de Dios.

### **1.1.2. Ateísmo filosófico.**

Se trata de un ateísmo que defiende la tesis siguiente: Dios no existe, porque, si existiera, él lo sería todo y el ser humano no sería nada. Bakunin decía: si Dios existe, el hombre es un esclavo.

Para este tipo de ateos, la creencia en Dios pertenece a la etapa infantil de la humanidad y, lo mismo que el niño tiene que independizarse de sus padres para llegar a ser una persona madura, el hombre tiene que liberarse de la idea de Dios para hacerse adulto. La muerte de Dios es la condición indispensable para que el hombre pueda vivir de verdad y desarrollarse libremente, ya que Dios, si existe, no puede ser más que un tirano.

En esta onda del humanismo ateo se han movido muchos filósofos y escritores, como Nietzsche (1844-1900), Jean Paul Sartre (1905-1980), Albert Camus (1913-1960) y en nuestros días un filósofo muy leído, llamado Fernando Savater, que se declara con orgullo "ateo practicante" o militante, como lo es el científico inglés

Hawking y su equipo que consiguieron poner con grandes letras en las carrocerías de los autobuses urbanos de Londres la frase: "Posiblemente Dios no existe, goza la vida".

J.P. Sartre dice que "si Dios existiera, la libertad del hombre quedaría aniquilada. "La idea misma de la existencia de ese Dios que no puede ser sino fruto de una imaginación delirante. Para que el hombre viva tiene que morir Dios. Si Dios existe, el hombre es nada; si el hombre existe, Dios no existe". Como es cierto que el hombre existe, es claro que Dios no existe.

Esa es una concepción equivocada de Dios que nada tiene que ver con el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, que crea, engrandece y hace crecer constantemente al ser humano desde dentro de él, respetando y apoyando su libertad; un Dios que ha hecho al ser humano creador como él.

Ese Dios todopoderoso y tirano, destructor del hombre y de su libertad, cuya existencia Sartre niega, también nosotros la negamos. Después de asistir a una representación de la obra de Sartre, *Las Moscas*, el escritor católico inglés Julien Green escribió: "El dios que nos presenta Sartre es tan mediocre y tan limitado que fácilmente se comprende el ateísmo del autor respecto a un dios de ese formato. Si Dios fuera el dios de Sartre, yo sería veinte veces ateo, yo sería un ateo fanático. Pero, como tantas veces sucede, se ha equivocado de persona".

Hay que reconocer que a veces los cristianos hemos ofrecido una imagen de Dios que ha motivado justamente las críticas y el rechazo de los filósofos ateos. Lo reconoció el mismo Vaticano II que, después de indicar que "algunos ateos se representan a Dios de tal manera que, al rechazarlo, niega a un Dios que no es ni mucho menos el del evangelio", no teme afirmar que "en esta génesis del ateísmo, los creyentes pueden tener una parte no pequeña en la medida en que, por negligencia en la educación de su fe, por representaciones engañosas... se puede decir que ocultan el rostro auténtico de Dios". (GS 19). Por eso tenemos que purificar nuestra fe de imágenes falsas o enfermas de Dios, de manea que sea posible vivirla con más autenticidad y comunicarla de manea convincente a los que nos rodean.

## **1.2. El agnosticismo**

En la lengua griega la palabra "gnosis" significa conocer o saber y "agnosis" significa no saber, porque la partícula "a" equivale a no. Ante la pregunta sobre Dios, el ateo dice que no existe, el agnóstico dice que no sabe si existe. Los agnósticos suspenden todo juicio sobre la existencia o no existencia de Dios. Como, en su opinión, no hay razones suficientes ni a favor ni en contra de la existencia de Dios, para ellos lo más correcto es abstenerse de opinar.

En el mundo intelectual de nuestros días el ateísmo ha perdido interés y fuerza. Son pocos los que profesan un ateísmo científico o filosófico. Hoy son muchos más

los agnósticos que los ateos. Los agnósticos detestan las tradicionales polémicas entre los creyentes y los ateos. Defienden la colaboración social entre todos, desterrando el fanatismo, la intolerancia y el dogmatismo de unos y otros. El agnosticismo puede ser una postura humanamente digna y respetable.

### **1.3. La indiferencia religiosa.**

El agnosticismo es una reflexión seria acerca de Dios que llega a la conclusión de que no se puede saber nada. La indiferencia religiosa, en cambio, no nace de una reflexión sobre Dios. Los indiferentes no se han detenido a pensar en Dios, porque para ellos no vale la pena. Este tema les tiene sin cuidado. El que Dios exista o no - dicen ellos - "es su problema". El indiferente vive de hecho como si Dios no existiera, no tiene ninguna inquietud religiosa. Lo que da sentido a la vida de los indiferentes no son los valores religiosos, sino el éxito profesional, el dinero, el poder, el placer, el ocio, el consumo, el deporte, etc.

En muchos casos la indiferencia, como no es fruto de una reflexión, es meramente sociológica y, por tanto, fruto del medioambiente y del desconocimiento total de la religión. Sin darse uno cuenta toma esa postura porque está ahí, en el ambiente, y es cómoda.

La existencia masiva de la indiferencia denuncia la pobreza de fe de los creyentes y su incapacidad de los creyentes para transmitir el mensaje religioso de manera que toque la vida concreta de la gente. Hablamos demasiado y, a la vez, carecemos de un lenguaje apropiado y de un testimonio de vida claro, inquietante y convincente.

### **1.4. ¿Vuelta a lo religioso?**

No se puede negar que en muchas personas existe hoy día hambre espiritualidad y una vuelta a la religión. Pero hay que tener en cuenta que esa vuelta ni es numerosa ni es cristiana. No es numerosa, porque se trata de un número muy pequeño de personas en comparación con los que pasan cada día a engrosar la masa de los indiferentes. Y, desde luego, no es una vuelta a las grandes iglesias cristianas, ni a las grandes religiones de la humanidad. Más bien las rechazan porque no responden a sus necesidades vitales. Además, ellos no aceptan los dogmas y las leyes de ninguna iglesia. La búsqueda de espiritualidad se encamina hacia los Nuevos Movimientos Religiosos, como la New Age. En muchos casos tampoco aceptan la existencia de un Dios personal. Su religión consiste en identificarse místicamente con el cosmos y en comulgar con todas sus fuerzas y energías.

Antes de adherirse a estos movimientos la gente no se pregunta si están o no en la verdad. No interesa la verdad. Lo que les atrae es la acogida, el calor humano, la amistad, la libertad de expresión religiosa, lo esotérico.

¿Qué le dicen a nuestra Iglesia a estos movimientos? ¿Por qué ella despierta más rechazo que atracción? ¿Qué tendría que cambiar en ella para poder dar respuesta a las necesidades religiosas que la gente busca en las sectas, en las religiones "esotéricas"(ocultas) y en los Nuevos Movimientos?

### 1.5. **El desafío de la increencia**

En este mundo de creciente increencia y de rechazo de las religiones tradicionales, nos toca ser testigos de la fe. Hay que reconocer que no lo tenemos fácil. Pero esto no debe ser un motivo de desaliento, sin un estímulo para tener la valentía de creer contra corriente o, como se dice de los valientes, "contra viento y marea". Eso nos puede ayudar a madurar en la fe, pasando de una fe heredada, infantil e inoperante, a una fe adulta, firme, lúcida y militante.

Yo creo la hostilidad contra la fe que reina en la sociedad nos va a seleccionar y en el futuro los creyentes seremos, pero más auténticos y más unidos, porque el hecho de ser minoría siempre cohesiona.

## 2. **Causas internas del decaimiento y abandono de la fe**

Son muchas las causas internas, tanto personales como comunitarias, de la crisis por la que está pasando hoy día la fe. Demás, cada persona tiene sus propios motivos para alejarse de ella. Voy a señalar algunas aún sabiendo que puede haber muchas otras y quizás más importantes.

- 1) Aunque parezca un juego de palabras, no es ninguna broma decir que una de las causas más importantes del abandono de la fe es precisamente el abandono en que algunos han tenido la fe que recibieron de niños. No la cultivaron y terminaron siendo personas adultas en todos los aspectos de su vida menos en éste. En la fe siguieron siendo niños. De ese modo, se estancaron en una **fe infantil** que pronto se les quedó corta como se les quedaron cortos e inservibles los vestidos que usaban cuando eran niños. Y llegó un momento en que, un poco avergonzados de la puerilidad de su fe, se la quitaron de encima como se quita un vestido sin sustituirla por una fe adulta. Algunos se preguntan: ¿Para qué sirve esa fe y esa religión infantiles en una sociedad adulta progresista, laicista y burlona de la fe? Concluyeron que para nada, y la dejaron.

En muchos casos la educación en la fe de las nuevas generaciones ha sido muy superficial, no ha llegado a lo más hondo de la persona y a su conciencia; ha sido, más bien, un barniz condenado a desaparecer con los primeros roces. Ha quedado frustrado el proceso de nacer de nuevo y llevar una vida nueva iniciado con el bautismo. En estos casos la fe se cae fácilmente por falta de consistencia.

- 2) Otra causa de la decadencia de fe es el **activismo y la falta de tiempo**. Una disculpa frecuente para abandonar la práctica religiosa es ésta: tengo tanto que hacer que no me queda tiempo para esas cosas. Y la expresión “esas cosas”, significa que no se valoran nada. Con frecuencia somos víctimas del activismo y de las prisas. Siempre tenemos mucho que hacer, aunque, a veces, sean tonterías o bagatelas lo que tenemos que hacer. Algunos llenan su vida de cosas, actividades y preocupaciones. Y, así, poco a poco, casi sin darse cuenta, se van vaciando por dentro: Dios va desapareciendo de su vida. Se mueven constantemente, tratan con muchas personas. Con todas menos con Dios. Poco a poco se han ido convirtiendo en ateos prácticos, en personas que viven sin Dios. Inmersa en una red de actividades y problemas la persona va dejando la religión. La siente como algo postizo, inútil para orientar la vida y para resolver los problemas que le preocupan
  
- 3) En muchos casos se sustituye la fe por el culto a algunos **ídolos** absorbentes de la persona, como el dinero, el prestigio, el poder, la política, el juego<sup>1</sup>, el pasarlo bien a toda costa. También se vuelven para algunos ídolos que les esclavizan algunas adicciones incompatibles con la fe. Viendo casualmente un concurso de una televisión extranjera con el título felino de “Atrapa el millón”, me impresionó la devoción, recogimiento y concentración profunda con que seguían los espectadores los avatares del concurso. ¿Qué espacio puede quedar en esos corazones para Dios y para el tesoro de su Reino si lo único que les entusiasma es el dinero?
  
- 4) Otra de las causas del abandono de la fe es acoso permanente del **medioambiente hostil**. La fe de muchos nunca fue una decisión personal, sino fruto del medioambiente religioso en el que nacieron. Se decían cristianos porque entonces todos lo eran. Luego se alejaron porque parecía que los tiempos modernos y no querían ser tachados de anticuados o “carrozas”, como se dice en algunos lugares. Algunos no han tenido fuerza para soportar el clima que se respira hoy entre nosotros. Han tenido que escuchar a veces insinuaciones y frases que les han hecho daño, como esta: “¿Sigues creyendo en esos cuentos?” Uno de los fenómenos más claros hoy es el miedo a la religión, el miedo a sentirse juzgado como un personaje extraño, de otro mundo o de la Edad Media. No está bien visto interesarse por lo religioso.

En muchos ambientes el no ser creyente es un motivo de orgullo, como lo fue en otros tiempos el ser creyente. En muchos ambientes algunos

---

<sup>1</sup> En algunos lugares se está extendiendo la costumbre de enterrar las cenizas de los hinchas en una zona del campo de fútbol de su equipo preferido.

resumen de haber superado la religión. “Cada vez emerge más una sociedad poscristiana. En ella, los que se van alejando de la Iglesia creen que ya saben todo sobre el cristianismo y lo consideran sólo una reliquia del pasado, sin ninguna vigencia para el mundo actual. Por los aires de la modernidad abandonan sin ningún trauma el cristianismo como algo ya sabido y trasnochado”<sup>2</sup>

La misma palabra “religión” despierta en bastantes personas una actitud de prevención. Basta plantear el problema de Dios en un grupo para que se produzca un tenso silencio ante la persona que extrañamente saca ese tema. Es mejor cambiar la conversación para mantener la paz. Con razón decimos en algunos tipos de reuniones sociales que no se debe hablar de política ni de religión para evitar enfrentamientos. Algunos, sin optar claramente por nada, pasaron de una religión sociológica, fruto del medioambiente, a una indiferencia sociológica, fruto también del medioambiente y no de una meditada decisión personal. Contagiados por la increencia o por la indiferencia religiosa generalizada se fueron desprendiendo de la religión más por comodidad que por razones personales serias.

5) Una de las causas que más serias y que influyen más directamente en el abandono de la fe por parte de algunas personas preocupadas por el tema religioso es la aparente – real para ellos - **pasividad de Dios** ante los estragos que causa el mal. Y lo plantean con desgarradora simplicidad: si Dios existe y es bueno, si Dios es amor, como dicen los cristianos, ¿Por qué permite el mal? ¿Por qué no interviene para evitar las desgracias? ¿Por qué Dios, por más que se le pida, no salva la vida de un niño? ¿Por qué permite que muera de cáncer una madre dejando varios niños huérfanos? ¿Por qué Dios no frena el desenfreno de la naturaleza? ¿Por qué no puso su mano poderosa y detuvo el furor del tsunami que mató 300.000 personas en Sumatra? ¿Por qué no impidió el terremoto de Haití que ha sepultado a docenas de miles de personas, mayoritariamente muy pobres? ¿No es él el Dios de la vida, el Dios de los pobres? ¿Por qué no lo demuestra? Son preguntas de difícil respuesta, que han llevado a algunos a dejar de creer.

Ante el desastre provocado por el terremoto de Haití una persona escribió: “esto me hace dudar de que exista un Dios misericordioso y justo. ¿Por qué siempre les toca a los más pobres? Otra escribió con terrible ironía: “A mi me importa mi perro. A Dios no le importamos nada. Esa es la diferencia”. Pero no faltan personas, especialmente de las sectas que

---

<sup>2</sup> Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, Madrid 2010, p. 6

interpretan estos desastres naturales como castigos de Dios. Y eso es todavía peor.

El mismo día que se produjo el terremoto de Haití, en Méjico se hundió la techumbre de una Iglesia. Como quedaron intactas las imágenes del Crucificado, de María y de algún santo, la gente exclamó: ¡Milagro! ¿Qué Dios es ese que se preocupa por las imágenes de madera o yeso y se olvida de las personas de carne y hueso que él hizo a su imagen? ¿Por qué intervino ahí y no en Haití? Por supuesto que no hay que ver en eso un milagro, una intervención de Dios para salvar unas imágenes materiales. La imagen de un Dios milagrero que interviene a capricho es sumamente peligrosa para la fe. Se convierte en un laberinto sin salida.

Varios siglos antes de Cristo el redactor del salmo 41 se quejaba diciendo: “todo el día me preguntan: ¿dónde está tu Dios?” Eso mismo nos preguntan hoy muchas personas desconcertadas ante las injusticias, las masacres y las catástrofes: ¿Dónde está Dios?

Seguramente también nosotros nos hemos hecho esas preguntas y reconocemos que estamos ante uno de los problemas más difíciles que se le plantean a nuestra fe. Y no es nuevo. La humanidad lleva muchos siglos buscando una respuesta a la presencia del mal y de los malvados en el mundo y al daño que hacen a los inocentes. ¿De dónde viene el mal? Algunas religiones antiguas creyeron solucionar el problema del mal diciendo que había un dios el bien y otro del mal. Todos los males procedían de este último. A nuestros antepasados en la fe, los israelitas, esa solución no les servía, porque ellos eran monoteístas, es decir, creían en la existencia de un solo Dios. Encontraron una solución parcial cuando trajeron de Persia, después del destierro de Babilonia, la creencia en los demonios y en Satanás, atribuyéndoles a ellos el origen de los males. Por eso detrás de algunas enfermedades, accidentes o catástrofes veían la presencia y la acción de Satanás. Él era el padre de todos los males.

Tampoco esta solución nos vale a nosotros. Es posible que nunca podamos dar una respuesta convincente a este problema porque, dentro de la lógica humana, no cabe que Dios sea bueno y exista el mal.

Nosotros pensamos que Dios es el totalmente Otro y que la lógica de su comportamiento es también totalmente otra. En definitiva nos topamos con el misterio y quizás la mejor respuesta sea el silencio del no entender,

que a unos los lleva a retirarse y a otros a abrazar el misterio del Dios comprensivo, pero incomprensible.

Otra manera de enfocar el problema es desde la fe en Jesús y lo que ocurrió con él, que fue también una persona inocente asesinada cuando tenía poco más de 30 años. Él también se sintió abandonado de Dios en la desgracia y se lo dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 33) Quizás no podía comprender la actitud de su Padre, pero la aceptó porque, aunque en ese momento no lo entendiera, antes había tenido la experiencia indudable de que Dios era su Padre entrañable. Lo entendió cuando Dios lo resucitó de entre los muertos.

En una ocasión, por encargo de su familia, tuve que decir a una joven internada en un hospital con cáncer terminal. Cuando, con temor a su reacción, comencé a insinuárselo con la pregunta “¿y si lo que tienes fuera maligno?”. Como si hubiera tocado un resorte, me dio una respuesta inmediata que me dejó profundamente conmovido. Me dijo: “Ah, Dios es mi Padre y sólo puede querer para mí lo mejor”. Esa es una respuesta de fe al problema del mal. Evidentemente para el que tenga una lógica férrea y a la vez una fe muy débil o no la tenga, esta respuesta no vale. No cabe en su cabeza por ilógica. Pero seguramente Dios tiene otra lógica que no entendemos.

- 6) **El mal testimonio de la Iglesia y de los creyentes.** No podemos negar que el comportamiento escandaloso de los cristianos, especialmente de la jerarquía, los sacerdotes y los laicos comprometidos influye, a veces en el abandono de la fe por parte de algunas personas. Sería una ceguera negarlo. Hay personas que se alejan de la Iglesia simplemente por una mala respuesta de un sacerdote, diciendo: “nos hace perder la fe”. Es claro que la fe que se pierde por motivos tan banales era fe banal. Y no la han perdido porque, en realidad, no la tenían. Los verdaderos cristianos no creen en los sacerdotes ni en otras personas “comprometidas” con la Iglesia, creen en la persona de Jesucristo, que nunca decepciona; creen en lo que él ha enseñado; creen en una Iglesia de Jesús empeñada en ser fiel a su Señor.

Hay quienes se decepcionan de las posturas trasnochadas que toman algunas autoridades eclesíásticas ante ciertas realidades, acontecimientos y problemas y dice que no se siente bien en una Iglesia tan pietista, ajena a los problemas sociales y tan anticuada; no comulgan con las ideas tan

cerradas de la Iglesia y se sienten en desacuerdo con su actuación intolerante, rigorista, poco comprensiva, y misericordiosa y además machista, y por eso se alejan de la práctica religiosa.

Más influencia han tenido en la pérdida de la fe o en el alejamiento de la Iglesia ciertos escándalos de los creyentes, sobre todo si se trata de ministros de la Iglesia. Pensemos, por ejemplo, en los estragos que han causado en la fe de muchos católicos los escándalos de pederastia o pedofilia de algunos sacerdotes, que, aún siendo sólo casos aislados, los medios de comunicación los generalizan y agrandan. Algunas víctimas han roto la partida de bautismo públicamente como señal de su alejamiento definitivo de la Iglesia. Ciertamente esto es muy doloroso y ha llevado al Papa a pedir perdón a las víctimas y a sancionar severamente a los culpables. Pero el daño está hecho.

No obstante, y por doloroso que esto sea, si uno tiene una fe firme en Jesucristo, esos escándalos no son motivo suficiente para abandonarla, ya que Jesús, como lo hace ahora la Iglesia, fue muy duro en la condenación de los escándalos, diciendo: “Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar” (Mt 18, 6) Lo lógico es rechazar esos escándalos y seguir los pasos del Jesús que los condena, en lugar de abandonarlo. Pero, bajo ciertos impactos que conmueven profundamente nuestros sentimientos, la lógica racional no funciona. Además, la fe no es sólo cuestión racional; cree o deja de creer la persona entera, con toda su inteligencia y emotividad.

Después de esta descripción que pone ante nuestros ojos la creciente pérdida de fe, tenemos que reaccionar. La primera reacción es ésta: necesitamos formación, necesitamos crecer en la fe, robustecerla. Ese el objetivo de esta reflexión que quiero compartir con quienes tengan interés y paciencia para leer este escrito.

### ***Para el diálogo***

- 1) *¿Cuáles son las causas más importantes del declive de la fe?*
- 2) *¿Tienes algunos ídolos que acaparan tu interés y absorben tu tiempo y no dejan lugar para cultivar la amistad con Dios y con Jesucristo?*
- 3) *Todos tenemos a veces dudas de fe, y son saludables, porque nos llevan a reafirmarla. ¿Cuáles son las dudas que te asaltan con más frecuencia?*
- 4) *¿Cuántas horas diarias dedicas a la TV y al internet?*

5) *¿Qué tendríamos que hacer para fortalecer nuestra fe?*



Hasta aquí hemos hablado de las causas de la crisis que está viviendo la fe. Ahora voy a hablar de algunas enfermedades de la fe de los cristianos; enfermedades que todos padecemos en menor o mayor grado. En algunas personas la enfermedad es tan grave que su fe está en estado crítico, en coma, y sólo ocasionalmente da algunas señales de vida. Cuando hablo de enfermedades me refiero a las fallas graves que invaden nuestra fe como un virus y le impiden crecer, desarrollarse. Entre ellos que voy a resaltar los siete siguientes: La fe de algunos cristianos no es personal ni cristiana, es mágica y egoísta, está afectada por una grave ignorancia religiosa, utiliza imágenes de Dios enfermas y está divorciada de la vida.

Este diagnóstico puede molestar a algunos, como nos molesta el descubrir una enfermedad física. Si nos ponen el dedo en la llaga, duele, pero es necesario hacerlo para curar todo lo que nos impide crecer en una fe auténtica y madura.

### **1. No es personal.**

La fe de muchos cristianos no es personal, sino hereda o sociológica. No es personal porque no es el resultado de una opción, de una decisión personal libre y consciente; es una fe simplemente recibida, pero no asumida con ilusión o como dicen los huelguistas, "hasta las últimas consecuencias".

- a) Es una fe **heredada** de los padres o los abuelos. Ellos nos dejaron esa preciosa herencia. Casi todos fuimos bautizados sin darnos cuenta y nos convertimos en creyentes y practicantes de la religión católica, igualmente sin darnos cuenta. Nuestros padres eran creyentes, rezaban, iban a misa y realizaban otras prácticas religiosas. Desde que éramos muy pequeños nos enseñaron a hacer lo que ellos hacían. Unas veces con rebeldía y otras tranquilamente, lo hemos aceptado. Y tenemos que estar agradecidos por ello. Por desgracia, hoy día muchos padres que se dicen católicos y que bautizan a sus hijos, no los educan en la fe ni son ejemplo de práctica religiosa para ellos. En este caso no les transmiten una fe, aunque sea heredada, sino que les dejan en herencia un ateísmo práctico. Sea como sea, tiene que llegar un momento en la vida en que conscientemente decidamos ser creyentes o no. Las dudas de fe que a veces nos asaltan, si se toman en serio, pueden ayudarnos a reafirmar consciente y responsablemente la decisión de ser creyentes. Sin esta opción personal, nuestra fe está enferma.
- b) Es una fe **sociológica**. Las creencias que tenemos pueden ser también producto de la sociedad en que vivimos. En este caso se reduce a un conjunto de creencias, de prácticas y de modos de comportarse que son comunes no sólo en la familia sino también en la sociedad y las absorbemos sin darnos cuenta. Nacimos en un país católico, en una sociedad católica, y hemos asumido las creencias de esa sociedad, lo mismo que hemos asumido el idioma, las costumbres y comportamientos que están también ahí, en el ambiente social. Si hubiéramos nacido en un país musulmán habríamos asumido sus creencias, costumbres y prácticas religiosas y sociales y seguramente adoraríamos con gran fervor a Alá, de cara a la Meca y profundamente inclinados. Como dice Juan Antonio Estrada, "pertenece a una religión determinada, porque hemos nacido y nos hemos desarrollado en ella. Desde esta perspectiva, no hay razones para la fe, sino circunstancias que la hacen posible. El problema reside en pasar de una fe recibida a una fe asumida de forma libre y autónoma". Para ello es necesario cuestionar nuestra fe.

Son pocos los cristianos que se han detenido para preguntarse: ¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué creo? ¿En qué creo? ¿Qué razones tengo para seguir creyendo? Son muy pocos los que se han hecho estas preguntas y después han decidido por sí mismos, libre, personal y responsablemente, creer o no creer. En consecuencia, son pocos aquellos cuya fe, además de gracia, es una decisión personal. ¡Y tendría que serlo! De lo contrario, poco o nada va a influir en su modo de vivir; persistirá el divorcio entre fe y vida. La fe es un don que Dios ofrece a todos, pero sólo es creyente el que acepta ese don y lo cultiva.

## 2. No es cristiana.

La fe de algunos cristianos no es cristiana, porque el punto de partida y el centro de esta fe no es Jesucristo, sino un Dios común a todas las religiones; un Dios lejano y todopoderoso

difícil de encontrar y cuyo poder hay que conquistar, a base de ofrendas y sacrificios, para tenerlo a favor y no en contra.

¿Cuándo es cristiana la fe? Lo más originario, específico y nuclear de la fe del cristiano no es creer en Dios, así, directamente, sino creer **en** Jesucristo y **a** Jesucristo; creer que resucitó y vive, dejar que él entre en nuestra vida y la cambie de rumbo. Creer en Jesús implica estar convencidos de que nos acompaña hasta el fin del mundo, como prometió a sus discípulos (cf. Mt 28,20).

Lo repito y lo repetiré más veces el primer paso de nuestra fe es este: **creo en Jesús**, me uno a él, me fío de él, me pongo en sus manos. Y el segundo es este otro: **creo a Jesús**, es decir, acepto todo lo que El enseñó. Y dentro de lo que él enseñó está en primer lugar Dios, un Dios, que no es como el de los filósofos ni como el Dios de otras religiones, sino que es Padre y Madre, un Dios que nos ama entrañablemente y por eso nos ha hecho hijos suyos y nos permite que le digamos con toda familiaridad "Papá" (cf Gal 4,6). Nosotros creemos en el Dios de Jesús, por eso nuestra fe comienza por Jesús. El hecho de creer en Jesús y creer a Jesús nos lleva a lo más esencial de la fe cristiana, que es **seguir a Jesús**.

No creemos en el Dios lejano e inasequible de las religiones, en un Dios que hay que buscar fatigosamente, sino en un Dios que se adelantó a buscarnos, porque nos amó antes de que nosotros lo conociéramos y lo amáramos y nos envió a su propio Hijo para que fuera el punto de encuentro entre Dios y nosotros.

Hay que reconocer que la fe de muchos cristianos no es cristiana porque ni ha seguido este proceso ni está estructurada en torno a la persona de Jesucristo. En ese caso es una fe inmadura e inconsistente porque carece de lo más nuclear, que es la adhesión a la persona misma de Jesús.

### **3. Es una fe mágica**

Ciertas prácticas religiosas y el modo de hacerlas ponen de manifiesto el carácter mágico de la fe de algunas personas. Es mágica una fe que no se basa y se expresa en una relación personal y libre con Jesucristo y con Dios Padre, sino en ritos, gestos, prácticas y acciones encaminadas a conquistar de manera automática los poderes divinos y ponerlos en favor de uno mismo. Mágica es la fe que algunos ponen en las cadenas de oraciones, como las 81 copias de la oración a S. Judas que tienen que depositar en bloques de a 9 y en 9 en altares diferentes para conseguir beneficios o evitar males graves. Si se cumple ese rito con exactitud, surge efecto automáticamente, independientemente de la relación personal que uno tenga con Dios, incluso aunque no le hable, porque tenemos la clave para abrir, aunque Dios no se entere, el depósito de las gracias que le pedidos a través de un santo. En algunas devociones ha mucha cabalística porque se piensa que cualquier fallo en el procedimiento las invalida, por ejemplo, el que los primeros viernes o sábados de mes no sean seguidos. La confianza en ese tipo de ritos es lo que revela que la fe está infectada de magia. Esa es una fe enferma.

La fe sana consiste en una relación personal y amorosa con Dios. Consiste en poner totalmente la confianza en él y no en los ritos y gestos religiosos

#### **4. Es egoísta**

También, a veces, la fe está enferma de egoísmo, que es el peor de los virus; el que más estragos hace en las relaciones humanas y en la relación con Dios. La fe es egoísta cuando tiene como objetivo final, no a Dios sino a uno mismo y los propios intereses. El teólogo alemán, D. Bonhöffer, dice que para algunos cristianos la religión es como una farmacia espiritual en la que se buscan remedios para determinados males y carencias, pero no se busca a Dios. El cristianismo no consiste en el empeño del ser humano por alcanzar a Dios y manejarlo, sino que es el empeño de Dios (en Cristo) por alcanzar al ser humano, por manifestársele él y sus planes de salvación; es el empeño de Dios por reconciliar a la persona consigo misma, justificarla y salvarla. La religión cristiana consiste ante todo el amor que Dios nos tiene, un amor que nos exige olvidarnos de nuestros intereses y amarle a él y a nuestros hermanos. La religión verdadera es solidaridad, donación, gratuidad. Jesús decía a sus discípulos: cuando piensen invitar a alguien, inviten a los pobres, a quienes no les pueden pagar (Lc 14,13-14). La fe auténtica no es para sacarle algo a Dios, sino para sacarnos a nosotros mismos de nuestro egoísmo y entregarnos a Él y a los demás, especialmente a los más necesitados.

Una fe que no lleva al amor, a la solidaridad con los necesitados y al servicio generoso de los demás, sino que lleva a pensar sólo en sí mismo y en los beneficios que puede sacarle a Dios, no sólo está enferma, es que ni siquiera es fe.

¿Entonces no se le puede pedir nada a Dios en la oración? Sí se puede, pero de eso hablaremos en otro momento.

#### **5. Está aquejada de grave ignorancia religiosa.**

Muchos cristianos ignoran hasta lo más elemental de la vida cristiana. Son muy pocos los que conocen los principios fundamentales de su fe; los que saben quién es Jesucristo y qué importancia tiene su resurrección o qué es la Iglesia o los sacramentos, la eucaristía sobre todo. Y menos aún los que saben leer, interpretar la Biblia y llevarla a la vida. Cualquier sectario con cuatro versículos mal interpretados los deja en ridículo.

Un indicador importante es su desconocimiento de algo tan característico del católico como es la Eucaristía. Se dice que el 80% de los bolivianos son católicos. Pero van a misa aproximadamente un 3%. Además la mayor parte de ese 3% entienden la misa como un rito o una devoción que les puede ser útil para cumplir una ley, una promesa, sacar un alma del purgatorio o conseguir determinados favores que necesitan; no la viven como un encuentro con Cristo Resucitado, como

una experiencia real del amor extremo de Cristo, de la donación de toda su persona y su vida y por eso no es para ellos una experiencia que los lleve a comprometerse en seguir los pasos de Jesús. Extrañamente, la eucaristía se ha convertido en el culto ritualista que Jesús fustigó duramente en la religión judía de su tiempo, que se contentaba con honrar a Dios ofreciéndole incienso y sacrificios de animales (ritos) y no la propia persona y la propia vida, como hizo Jesús.

## **6. Utiliza malas imágenes de Dios**

Algunos creen en un Dios castigador y viven la religión del miedo. Otros creen en un Dios que pide sacrificios para aplacarse y perdonar nuestros pecados o en un Dios lejano, externo al mundo y a la vez persistentemente intervencionista, un Dios que ya lo tiene todo decidido y lo decidido por él se cumplirá inexorablemente. Algunos piensan en un Dios legalista que amarra nuestra libertad con la infinita telaraña de sus prohibiciones. Ninguna imagen es adecuada para representar a Dios, pero algunas son muy malas y hasta perversas porque nos ofrecen un dios sádico. Para nosotros Dios es Padre y Madre que nos envuelve permanentemente en su amor, incluso cuando nos olvidamos de él o lo rechazamos.

## **7. Está divorciada de vida.**

Finalmente y a consecuencia de las enfermedades de la fe que he mencionado, algunos de los que se llaman cristianos lo son únicamente de nombre. Aún en el caso de que participen en las celebraciones litúrgicas y reciban los sacramentos, cosa que cada día es menos frecuente, su vida poco tiene que ver con la fe y el seguimiento de Jesús. En cuanto a la **coherencia de vida**, es decir, en cuanto a vivir como vivió Jesús y como él nos enseñó en su evangelio, muchos cristianos están tranquilamente identificados con valores y comportamientos tan claramente antievangélicos como el tomar el egoísmo y los propios intereses como la norma suprema de la vida, como el afán de enriquecimiento a toda costa, la corrupción, la competencia desleal, la injusticia, la violencia, la explotación de los débiles, la mentira, el robo, la infidelidad, el alcoholismo, la drogadicción, etc. Y todo ello lo compaginan con prácticas religiosas.

Se trata de una fe que no se expresa en una ética de solidaridad con los demás, de honradez, de justicia y de verdad. Decimos que somos creyentes, pero en nuestra vida personal, en nuestras relaciones con los demás, en nuestro trabajo, en nuestros negocios, en nuestro orgullo, en nuestra violencia, en nuestro machismo, en tantas otras cosas negativas, en nada nos distinguimos de los no creyentes que hacen eso mismo. A algunos de esos creyentes se les podrían aplicar, en cierta medida, las duras palabras de la Carta de Santiago: “también los demonios creen”.

Pasar de una fe heredada, precristiana, mágica, egoísta, ignorante y divorciada de la vida a una fe personal y cristiana, solidaria y comprometida con la vida es el objetivo principal de estas reflexiones.

***Para el diálogo en grupos***

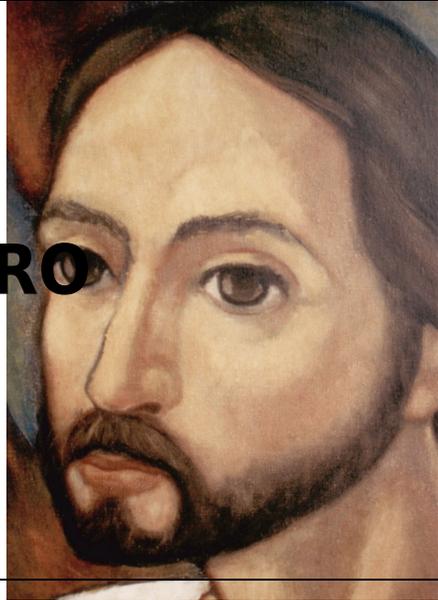
*¿Crees que esta descripción refleja la realidad de algunos que se dicen creyentes?*

*¿Qué otras enfermedades aquejan a la fe de la gente?*

*Seguramente nosotros no tenemos en grado preocupante ninguna de estas enfermedades, pero sí alguna deficiencias ¿Cuáles?*

# 3

## CRISTO ES EL CENTRO DE NUESTRA FE



El mayor defecto que tiene la fe de algunos cristianos es que no es cristiana, porque el punto de partida y el centro de esta fe no es Jesucristo, sino un Dios común a todas las religiones; un Dios lejano y todopoderoso, difícil de encontrar y cuyo poder hay que conquistar, a base de oraciones, ofrendas y sacrificios, para tenerlo a favor y no en contra.

No creemos en el Dios lejano e inasequible de las religiones, en un Dios que hay que buscar fatigosamente, sino en un Dios que se adelantó a buscarnos, porque nos amó antes de que nosotros lo conociéramos y lo amáramos y nos envió a su propio Hijo para que fuera el punto de encuentro entre Él y nosotros. Nuestra fe es cristiana porque nos encontramos con Él en Cristo y, a partir de Él, creemos en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Hay que reconocer que la fe de muchos cristianos no ha seguido esta ruta ni está fundamentada en la persona de Jesucristo. En ese caso, es una fe inmadura e inconsistente porque carece de lo más nuclear, que es la adhesión a la persona misma de Jesús.

### 1. Centralidad de Jesucristo en la fe cristiana

#### 1.1. Dios viene a nuestro encuentro en la persona de Jesús

Ciertamente, Dios es el mismo, el único y no hay más, pero cada religión tiene una idea muy diferente de Dios. Podemos afirmar que Dios es único en sí mismo, pero diferente en la idea o imagen que de él tiene cada religión y, veces, cada persona. Igualmente, cada religión tiene diferentes caminos para llegar a Dios y relacionarse con él. Hay dos caminos para encontrarnos con Dios: el camino de las religiones,

en el que el protagonista es el ser humano que busca a Dios y el camino de la revelación en el que el protagonista es Dios que busca el encuentro con sus hijos.

**El camino de las religiones** generalmente parte del ser humano y consiste en buscar a Dios por las propias fuerzas y con la propia razón. Unos realizan esta búsqueda movidos por el afán de encontrar el sentido de la vida y del cosmos que tienen ante los ojos. Otras veces se hace con la intención de ganar los favores de Dios o de poner a nuestro servicio los poderes divinos.

En **el camino de la revelación** la iniciativa es de Dios. Él es el que se nos manifiesta con claridad, si bien, por la inmensa limitación de nuestra inteligencia, sólo captamos pálidamente lo que Dios es. El pueblo hebreo, y, quizás en menor medida, otros pueblos, han tratado de conocer a Dios por las manifestaciones que él ha hecho de sí mismo a través de sus intervenciones en el mundo y en la historia del pueblo. Dios se ha manifestado en esas intervenciones, que son la base de los relatos bíblicos. En el camino de la revelación es Dios quien nos busca, pero sólo lo encuentra aquel que, a su vez, también lo busca. Pero la iniciativa es de Dios.

El camino de Dios hacia nosotros es Jesucristo y nuestro camino al encuentro con Dios comienza en la fe en Jesucristo. El evangelista Juan lo resumió poniendo en boca de Jesús las palabras “Yo soy el camino” (Jn 14, 6)

## **1.2. Jesucristo nos dice cómo es Dios y nos lleva al encuentro con Él**

Sería ingenuo pensar que Dios se ha revelado sólo al pueblo de Israel. Dios se ha revelado a todos los pueblos de muy diversas maneras. Nosotros vamos a tomar el hilo conductor de la revelación al pueblo “elegido” porque en él se encarnó el Hijo de Dios. Yahvé buscó de muchas maneras al pueblo de Israel y se le manifestó con intervenciones prodigiosas en su historia. Ante la ineficacia de estas manifestaciones y el poco caso que el pueblo hizo de la palabra de Dios proclamada por los profetas, Dios envió a su propio Hijo a buscarnos y a manifestarnos quién es Dios.

A veces decimos que la Biblia es la Palabra de Dios. Sería mejor decir que en la Biblia hay palabras o mensajes de Dios, pero envueltos en palabras humanas y elementos culturales, que, a veces los distorsionan. Sólo Jesús es la Palabra de Dios. Las otras son palabras menores, balbuceos. Decimos que Cristo es la Palabra de Dios porque a través de él, no sólo de sus palabras, sino de su persona y de su vida entera, Dios se nos comunicó y nos ha dicho quién es, que piensa, qué siente y qué proyectos tiene. Jesucristo en persona es la mayor intervención salvadora de Dios en la historia y la más clara expresión de quién es Dios y cuáles son sus planes. Él es el rostro humano de Dios.

“El Dios revelado en Jesucristo es Amor, no sabe más que amar y perdonar; nos origina y se manifiesta siempre dando vida; está viniendo a nosotros desde nuestra propia intimidad y nos humanizamos dejando que como amor emerja en nuestra conducta”<sup>3</sup>.

Jesucristo es la mayor intervención de Dios en la historia humana y la manifestación más clara de cómo es Dios. El autor de la carta a los Hebreos era muy consciente de ello, por eso comienza así su carta: "De manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo"(Hbr 1,1-2). Jesucristo es la plena manifestación de Dios y, por tanto, la Palabra de Dios más clara y completa. Toda su persona y su vida se hacen transparencia divina. Él es el retrato vivo de Dios: "Felipe, quien me ha visto a mí ha visto al Padre"(Jn 14,9).

Jesucristo no es sólo el camino entre Dios y nosotros, es Dios con nosotros, Enmanuel, como dice la Biblia. En él nos abrazamos Dios y nosotros definitivamente; en Él se realiza la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad.

Es significativo el que al morir Jesús "el velo del templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo" (Mt 27,51). Según los judíos, ese velo ocultaba a la mirada de la gente la habitación del templo de Jerusalén en la que se suponía que era más viva la presencia de Dios (el lugar llamado Santo de los Santos). La muerte de Cristo rompió el velo que ocultaba a Dios, porque en Cristo muerto y resucitado la presencia de Dios se nos desvela totalmente y se nos manifiesta en plenitud como el Dios-amor, el Dios que ha amado tanto al mundo que le entregó a su propio Hijo (Jn 3,16). En Jesús Dios se nos ha manifestado abiertamente, nos ha buscado y nos ha dado alcance. Pablo lo confesaba en su carta a los Filipenses: "Prosigo mi carrera hasta alcanzar a Cristo, quien ya me ha dado alcance" (Flp 3,12)

Ya desde los tiempos de Moisés (s. XIII a C.) los israelitas decían que ante las apariciones o manifestaciones de Dios, había que cerrar los ojos para no verlo, porque el que veía a Dios moría. Leemos en el Éxodo: "Y agregó Yahvé: "Pero mi cara no la podrás ver, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo"(Ex 33,20). Los cristianos, en cambio, creemos que quien ve a Dios en Jesús y cree en él, no muere, sino que vive. Jesús, que nos ha acercado a Dios y nos ha hecho de su familia, nos ha enseñado a mirar con amor y confianza a la cara de Dios y a decirle juntamente con él: "Padre" y hasta: "Papito". ¡Qué cambio!

### **1.3. Jesucristo es el centro de nuestra fe**

Cristo es el primero y lo primero en que creemos los cristianos. Si nos decimos cristianos, es porque creemos en él. El catecismo de la Iglesia Católica dice que "confesar que Jesús es el Señor, es lo propio de la fe cristiana"(n. 202)

---

<sup>3</sup> Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, 113

Ciertamente hay otros muchos creyentes en Dios que no son cristianos porque no creen en Cristo. Pero en nuestro caso creemos en Dios y en todas las demás verdades de nuestra fe porque previamente nos ha atraído la persona de Cristo y hemos creído en él y nos hemos fiado de Él. Además el Dios en el que creemos es el Dios en que creía Jesús y que Él nos descubrió con su palabra y con su vida. Y la imagen de Dios que Jesús no ofreció se resume en la palabra más usada por él al hablar de Dios y al hablarle a Dios: “Abbá”, Padre. Gracias a Jesús creemos y confiamos en Dios como un ser cercano, amigo, que es para nosotros un Padre entrañable

Un importante teólogo actual escribió: “El hombre moderno sólo será creyente cuando haya hecho una experiencia auténtica de adhesión a la persona de Jesucristo”. En definitiva, la fe en Dios los cristianos nos la jugamos a una sola carta: aceptar o no a la persona de Jesús y su testimonio acerca de Dios.

Esto es tan importante que no importa repetirlo: la fe cristiana se centra en Jesucristo. El primer paso de la fe cristiana es este: “creo en Jesús”, creo que él es el Hijo de Dios, el Mesías, el Salvador. Creo en Jesús y, a partir de él, descubro a Dios y creo en el Dios de Jesucristo y en todas las demás verdades de la fe. Nuestra fe es cristiana por voluntad e iniciativa de Dios que ha querido ser descubierto y encontrarse con nosotros en la persona de su Hijo enviado al mundo.

#### **1.4. La resurrección de Jesús fundamenta y sostiene la fe cristiana**

La fe cristiana no consiste simplemente en creer que existió Jesús como existieron otros personajes ilustres de la antigüedad, ni tampoco en admirarlo. Ha habido muchos personajes admirables y ninguno se volvió imprescindible, como Jesús, para el sentido de nuestra vida. Lo más específico de la fe cristiana es creer que Jesús de Nazaret, el Cristo, resucitó y vive. En definitiva, lo que nos hace cristianos es creer en la resurrección Jesús. La piedra angular sobre la que se apoya y el primer paso de la fe cristiana es este: creo que Jesús resucitó y vive. Sin este fundamento, nuestra fe se desmorona por completo.

La Resurrección de Jesús está en el origen de esa comunidad de creyentes que es la Iglesia de Jesús. El cristianismo ganó rápidamente muchos seguidores, pero no por la fuerza de sus argumentos científicos o racionales ni de sorprendentes promesas, sino por un testimonio, una proclamación tan sencilla como esta: A Jesucristo, el que ustedes crucificaron, Dios lo resucitó y vive, crean en él y cambiarán de vida (cf Hch. 2,36; 3,15; 4,10).

San Pablo, que no conoció a Jesús durante su vida terrena, pero lo experimentó resucitado, insiste fuertemente en el hecho de la resurrección de Jesús y acumula testimonios para demostrarla, convencido de que si Cristo no resucitó nuestra fe en él está totalmente vacía de contenido; estaríamos creyendo en fantasmas inexistentes. Seríamos unos insensatos. Es impresionante, a este respecto, leer 1

Cor, 1-8. S. Pablo escribe a los Romanos: “Si crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás” (Rm10, 9)

La fe comienza por la atracción que Jesús ejerce sobre nosotros, pero se fundamenta en su resurrección. Porque creemos que Jesús resucitó y vive creemos todo lo demás que él nos enseñó y todas las verdades de nuestra fe: creemos que Dios es comunidad de Amor, Trinidad de personas que se aman, creemos que Dios es Padre entrañable, que el Espíritu es el amor de Dios que todo lo renueva a impulsa, creemos en la Iglesia como comunidad de seguidores reunida, apiñada en torno a Cristo resucitado, creemos, por ejemplo, que Cristo está presente en la Eucaristía y en el hermano, especialmente en pobre en el que sufre; creemos que la vida no termina con la muerte, sino que más bien ésta es el punto de arranque donde la vida comienza en plenitud. La muerte es la mecha que enciende la explosión de la vida eterna. Todo ello lo admitimos porque Jesús lo proclamó y Dios Padre lo garantizó con la resurrección de su Hijo.

## **2. La esencia del cristianismo**

Hasta aquí hemos tratado de mostrar cómo la fe cristiana está centrada en Cristo de modo que antes de creer en el Dios de Jesús, creemos en Jesús mismo. A continuación vamos a profundizar un poco más en lo que significa creer en Jesús, porque eso es lo más esencial del cristianismo.

Sobre la fe cristiana hay infinidad de escritos, algunos muy voluminosos, como el “Ser cristiano” de H. Küng o “La Entraña del Cristianismo”, con más de mil páginas, de González de Cardedal, que acaba de recibir el premio Ratzinger de teología. Respetando el premio, se trata de una teología muy subida que está al alcance de muy pocos. Aún a los que hemos estudiado algo de teología se nos cae de las manos. Menos mal que para ser cristianos no es necesario estudiar previamente ese tipo de libros.

Sin faltar al respeto a una realidad que nos desborda completamente, puedo hacer una descripción de la esencia del cristianismo con tres frases y otra con sólo dos palabras. En primer lugar una descripción con las tres frase siguientes. “Ser cristiano consiste en creer en Jesús, creer a Jesús y seguir a Jesús”. La descripción en dos palabras es lo que dijo Jesús a san Pedro: “tú sígueme”. Estas dos palabras contienen las tres frases anteriores, porque nadie puede seguir de verdad a Jesús si no cree en él y no le cree a él. Aquí está contenido todo lo que voy a exponer a lo largo de este escrito. Hablemos de la primera frase: “Creemos en Jesús”.

## **2.1. Nosotros creemos en personas**

A veces pensamos que creer significa aceptar verdades que no podemos comprender ni demostrar. En ese caso la fe es lo contrario de la razón. Y eso es absurdo. De entrada hay que proclamar muy alto que la fe cristiana no consiste en creer en cosas o verdades, sino en personas, porque creer significa fiarse del otro y confiarle la propia persona, y nosotros no confiamos nuestra persona y nuestra vida a unas ideas o a unas verdades teóricas, sino a la verdad en Persona que es Jesús de Nazaret. Creemos en la persona de Jesús y gracias a él creemos también en Dios Padre como persona que nos ama y en el Espíritu Santo la tercera persona de la Trinidad y en la Iglesia que, antes que institución, es familia, comunidad de personas aglutinadas en torno a la persona de Jesús resucitado. El objeto o término primero de la fe cristiana son las personas, no las verdades teóricas.

Quiero recordar una vez más lo escribió Benedicto XVI en DCE: “No se comienza a ser cristiano (es decir, a creer) por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>4</sup>. El Papa dice que no se comienza, pero nosotros podemos añadir que tampoco se continúa siendo cristiano sin el fuego, permanentemente avivado, de ese encuentro con la persona de Jesús de Nazaret.

Lo repito, creemos en las personas, no en verdades disecadas e impuestas a nuestra razón. Puede ser que no lleguemos a comprender del todo ni mucho menos a esas personas en las que creemos porque su grandeza nos desborda, pero creemos en ellas. Si nos resulta difícil comprender a las personas más cercanas con las que convivimos, cuanto más nos costará comprender algo acerca de las personas de la Trinidad, que siendo más cercanas que nadie, son de tal grandeza que ante ellas la más la inteligencia humana más brillante se vuelve absolutamente incapaz. Pero el no comprenderlas del todo no impide creer en ellas.

## **2.2. Creer en Jesús es dejarse subyugar por él**

Creer en Jesús es dejarse conquistar y subyugar por él, confiar en él y seguir sus pasos. Es verdadero cristiano el que ha experimentado, como Jeremías, una seducción: “me sedujiste, Señor, y me dejé seducir” (Jr 20, 7). A nosotros nos ha seducido Jesús. Es cristiano el que pretende alcanzar a Cristo, como San Pablo,

---

<sup>4</sup> Deus Caritas est 1

sabiendo que ha sido previamente alcanzado por él: “Cristo Jesús me alcanzó”, dice Pablo a los filipenses (cf Flp 3, 12).

Nadie como Cristo nos Cristo arrastra y convence, cautiva y apasiona, asombra y estremece. Sólo él inspira, a la vez, confianza sin límites e infinito respeto. Ser cristiano es ser creyente en Jesucristo. Y creer en Jesús no es sólo acoger su mensaje y adherirse fielmente a su doctrina; sino, ante todo y sobre todo, acogerle como Persona: como verdad total y como sentido definitivo de nuestra vida, como Salvador y como Salvación, como razón última de la propia existencia; entregarse a él de forma incondicional e irrevocable y ponerse a su entera disposición. Sólo existimos como cristianos creyendo en Jesucristo.

En la raíz de la fe cristiana y del seguimiento de Jesús están la admiración y el entusiasmo por la persona de Jesús y por su modo de vivir. Según el evangelio de Juan los primeros que siguieron a Jesús lo hicieron porque se sintieron irresistiblemente atraídos, por su persona, por su palabra y por su modo de vivir. Jesús los invitó a ir con él a la casa en que vivía. Estuvieron con él unas horas y quedaron tan impresionados que inmediatamente se dedicaron a comunicar a sus amigos su experiencia de encuentro con Jesús y a invitarlos a formar parte del grupo de seguidores de Jesús (Jn 1, 32-42)

Pablo de Tarso se sintió tan fuertemente atraído por Jesucristo, que su vida dio un giro de 180 grados. A partir de ahí, dice él: “decidí no saber otra cosa que Jesucristo y éste crucificado (1 Cor 2, 2), Y cuando dice “crucificado” piensa en el Cristo cuyo amor extremo a las personas, especialmente a los excluidos, culminó en la Cruz (Jn 13,1) La cruz es el monumento al amor más grande, no al dolor.

“Decidí no saber otra cosa”. No es que san Pablo o nosotros siguiendo sus pasos queramos ignorar las demás realidades, sino que lo queremos saber todo y vivir todo desde Cristo, envueltos y contagiados por su amor extremo, es decir, por su cruz; esa cruz sin la cual nadie puede declararse discípulo suyo. “Saber” en este caso no es el puro y frío conocimiento teórico que se aloja en alguna zona de nuestro cerebro, sino que significa saborear, gozar, vivir la amistad y la admiración por Jesús.

### **2.3. Creer en Jesús significa confiar en Él y confiarse a Él**

La fe no es sólo tarea de la inteligencia. Es toda la persona la que cree con su inteligencia, pero sobre todo, con su corazón. O se cree de corazón o no se cree, porque creer significa confiar, más aún confiarse a otro. Decirle a una persona:

"creo en ti" significa mucho más que decirle: "te creo", porque lo primero se refiere a la persona entera y lo segundo a sus palabras. Creer en ti significa: me uno a ti porque te admiro, porque toda tu persona me inspira amistad y confianza. Y, precisamente porque creo en ti, te creo a ti, acepto como verdaderas tus palabras.

Algo similar ocurre con la fe en Jesucristo. En el camino de una fe cristiana adulta el primer paso es admirar la persona de Jesús, aceptar y vivir su amistad, ponernos en sus manos en gesto de absoluta confianza.

El teólogo italiano Bruno Forte dice: "Creer es fiarse de Alguien, asentir a la llamada del Extraño que invita, poner la propia vida en las manos de Otro, para que sea él el único y verdadero Señor. Según una sugestiva etimología medieval "creer" viene de "cor dare", que significa entregar el corazón, ponerlo incondicionalmente en las manos de Otro".

El encuentro de Jesús con Saulo de Tarso lo transformó de enemigo en el más fanático y apasionado de sus seguidores. Jesús entró tan dentro de la persona de Pablo y cambió radicalmente su vida de rumbo. El decía: sé de quién me he fiado. (2 Tim 1, 12)

Pablo abrió totalmente las puertas de su corazón y de su vida a Cristo Resucitado y El invadió toda su persona y toda su vida. De ese modo Cristo se convirtió dentro de él en un principio de vida, en la fuerza que lo conducía. Por eso escribió: "Ahora no vivo yo, sino que Cristo vive en mí"(Gál 2,20).

Creer en Jesús no consiste en el asentimiento intelectual que sigue a una investigación histórica que nos demuestre de manera irrefutable que Cristo existió y que el mensaje de los evangelios es fundamentalmente suyo. Creer en Jesús implica optar por El y adherirse de todo corazón a su persona de tal manera que sea el quien dé sentido a nuestra vida y marque la pauta de nuestro caminar; es confiar plenamente en El, ponerse en sus manos sin el menor temor. Implica tratar de vivir como él vivió y de desvivirse por lo que él se desvivió. En otras palabras, creer en Jesús significa seguirle hasta las últimas consecuencias.

El que cree realmente en él está habitado por el mismo Cristo y conducido por la misma energía interna que condujo a Jesús: el Espíritu Santo. Entonces, sí, el que cree en Él hará las mismas cosas que Él hizo, porque, en él y a través de él, las hará Cristo mismo con la fuerza del Espíritu Santo. Sin esa unión por la fe con Cristo y su Espíritu no puede haber auténticos discípulos ni evangelizadores.

Creer en Jesús y seguir a Jesús se implican mutuamente, porque sólo le seguimos creyendo en él, y no creemos verdaderamente en él si no le seguimos. Además, siguiéndole crece nuestro conocimiento de Jesús y nuestra fe en él.

## **2.4. Cristo es quien da sentido a nuestra vida**

Jesucristo es la respuesta a los grandes interrogantes que marcan el sentido de mi vida. ¿Para qué estoy en este mundo? Para Cristo y su reino ¿Por qué soy religioso o seglar comprometido? – Por Jesucristo. ¿Por qué la verdad, la justicia, la solidaridad, el amor, la honradez son las normas de mi vida? – Por él, porque lo fueron para él. ¿Por qué trato de ser solidario con las personas necesitadas? – Porque él lo fue y quiere seguir siendo solidario por medio de mi.

Ser de Cristo, sentirlo como amigo y compañero, amarlo, seguir sus pasos y vivir para lo que él vivió, eso es lo que da sentido y gozosa plenitud a nuestra vida. El resumió el sentido de su vida diciendo que había venido para anunciar el Reino de Dios. El Reino de Dios consiste en que todos los seres humanos seamos una familia, la familia de Dios, la comunidad de discípulos que reconocen con gozo a Dios como Padre querido y a los demás como hermanos. Ese fue el sentido de su vida: extender en el mundo la filiación y la fraternidad. Ese es también el sentido de nuestra vida: cambiar esta humanidad podrida de egoísmo y de violencia en una familia de hijos de Dios y de hermanos entre sí. Para que Cristo y su causa, el Reino, sean realmente el sentido de nuestra vida hay que vivir unidos a él por una adhesión de fe y de amor muy firmes. Y, en este caso, tenemos que reconocer que nuestra fe es siempre débil.

## **2.5. Él es nuestra ley de vida**

La teología moral que yo estudié en mis años de seminario era un cúmulo increíble de leyes y normas, cuya trasgresión daba origen a pecados veniales o mortales según la importancia de la norma o mandamiento transgredido, sin tener en cuenta las situaciones concretas de las personas, como si el pecado fuera automático e igual para todos, y no un acto personal plenamente deliberado en contra de la voluntad de Dios. Y nos llenaba el alma de morbosos sentimientos de culpabilidad marcados por el temor al castigo de Dios. Afortunadamente, en mi primer año de sacerdote en Roma frecuenté las clases del teólogo Bernard Häring, que había escrito un libro de moral titulado “La Ley de Cristo”. En efecto, Cristo es nuestra única ley de vida, no sólo lo que nos enseñó, sino su persona. No tenemos más ley o, mejor, más vocación que ser otro Cristo. Benedicto XVI en su libro “Jesús de Nazaret”, dice que la persona de Jesús sustituye a la Torá o Ley de Moisés. Lo que orienta y dirige nuestro modo de vivir no es una acumulación de leyes y normas éticas que gobiernen minuciosamente nuestro comportamiento, sino que es la persona misma de Jesús. Seguirle, ser como Él, actuar como él, ser otro Cristo; esa es nuestra ley

de vida y la norma definitiva de nuestra conducta y de toda nuestra existencia. Pero para eso hay que conocerlo con objetividad, sin fabricar un Cristo a nuestra medida. ¿Qué haría Jesús en mi caso? Esa es la pregunta clave de la ética cristiana. Si le amo haré las mismas cosas que él hizo. Y, además, como Él vive en mí, las haré con él y él conmigo. Precisamente porque las hace el conmigo, puedo decir que él es en mi la ley que determina mi modo de vida y los caminos a seguir.

## **2.6. Pasión por Cristo y por la causa de su vida: el Reino de Dios**

Si algo necesita hoy urgentemente la Iglesia y cada uno de sus miembros es una vuelta radical a Jesús de Nazaret. Lo que nos falta a muchos discípulos de Jesús es estar realmente cautivados, conquistados, subyugados y enamorados de Jesús de Nazaret. Necesitamos admirarlo sin límites y amarlo entrañablemente. Si nos falta pasión por Él y por su causa (el Reino) no podremos vivir como Él vivió ni hacer las cosas que él hizo. Por más cosas que hagamos, serán siempre nuestras cosas caducas.

Lo repito, la pasión por Cristo y el hecho de haber sido alcanzados y conquistados por él es lo que da sentido y consistencia hoy a nuestra vida como discípulos y misioneros seguidores de Jesús. Cuando falta esa fe, ese entusiasmo por él y por su causa, que es el Reino de Dios, nuestras opciones por seguirle son muy frágiles y volátiles, y uno, tras otro, la inmensa mayoría de los que se han propuesto seguirle, abandonan a la persona y la causa de Jesús. Se van como los personajes que, según Lucas, le fueron saliendo al paso a Jesús en su camino hacia Jerusalén con intención de seguirle. Cuando oyeron las condiciones para seguirle, se retiraron. Así ocurre también en nuestro día con muchos los que se proponen a seguir a Jesús: unos se retiran, otros lo siguen con entusiasmo y algunos se quedan en la comunidad de seguidores, pero sin apasionamiento y sin compromiso cristiano, instalados en la rutina y en la mediocridad. En esa adhesión de fe a la persona de Jesús uno se lo juega todo, echa la suerte de su vida.

“Se comprende que la tarea más urgente que hoy tenemos en la Iglesia es fomentar ese encuentro personal con el acontecimiento de Jesucristo que abre un horizonte nuevo y da nueva orientación a la existencia”<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Jesús Espeja, *Jesucristo una propuesta de vida*, p.320

Con mala intención, escribió sobre la pared de un templo: “La Iglesia sólo ilumina cuando arde”. Es cierto, cuando arde apasionada por Cristo y el Reino. ¿Acaso no dijo Jesús que había venido a prender fuego”? (Lc 12, 49)

El giro que necesita hoy el cristianismo consiste sencillamente en volvernos a Jesucristo, es decir, centrarnos con más verdad y fidelidad en la persona de Jesucristo y en su proyecto del Reino de Dios. Esa conversión es lo más urgente y lo más importante que puede ocurrir hoy en la Iglesia.

¿Quién es ese personaje que está dando sentido, serenidad y gozo a nuestra vida? Queremos conocerlo mejor, queremos admirarlo y amarlo más. Queremos seguirle, porque, una vez que hemos sido atraídos por él, sólo crecemos en la fe siguiéndole. Jesús dijo que había venido a traer fuego a la tierra. Queremos acercarnos más a él para que nos inflame en su fuego. Para ello vamos a contemplar serenamente a Jesús de Nazaret tratando de conocer sus sentimientos, admirando asombrados sus convicciones, su entrega sin reservas y todas sus acciones.

### **Para el diálogo**

- 1) *¿Qué influencia real tiene en mi vida la fe en Jesucristo?*
- 2) *¿Experimento su presencia continua, incluso en los momentos de oscuridad, como a los dos discípulos de Emaús o sólo me acuerdo de él cuando le necesito?*
- 3) *¿Antes de actuar me preguntó qué haría Jesús en mi lugar?*
- 4) *¿Qué podríamos hacer para seguir creciendo en el entusiasmo por la persona de Jesús?*



Jesús y su mensaje son lo mejor que ha acontecido en la historia de la humanidad. Sería una tragedia si un día la humanidad lo olvidara. Él en persona es un acontecimiento que desborda a todas las religiones que se inspiran en él a las que llamamos cristianas. Es también fuente de inspiración para la humanidad entera: para creyentes y para no creyentes. Si se aceptara su persona y su mensaje, el curso de nuestra historia, tan violenta, egoísta y opresora cambiaría radicalmente. Jesús es el alma que necesita el mundo para todos en él puedan vivir de una manera más digna y más esperanzadora.

En una ocasión Mahama Gandhi hablando de religiones decía de los cristianos: “Pero ellos tienen a Cristo”. Eso quiere decir que él también lo tenía, porque lo admiraba y le seguía en muchos aspectos de su vida. Tenemos a Cristo, pero, por desgracia, muchas veces no nos dejamos tener por él. Vamos a tratar de conocerlo mejor para dejarnos cautivar y transformar más profundamente por Él en un proceso de conversión sostenida.

### 1. **Una pregunta que atraviesa los siglos: ¿Quién es ese hombre?**

Según el evangelio de Juan, Pilato, en el juicio contra Jesús, lo presentó ante la multitud enfurecida diciéndoles: “He aquí al hombre” (Jn 19,5). No dijo más. Pero ¿quién era ese hombre?

- Antes de que Pilato lo expusiera en público, hecho un escarnio, ya muchos durante la vida de Jesús se habían hecho la misma pregunta: ¿quién es ese hombre? Se lo preguntaban los testigos oculares y daban respuestas dispares: unos decían que era el Bautista, otros decían que era Elías o uno de los profetas, aunque, en realidad, no eran tan dispares, ya que todos apuntaban a que era un gran profeta.
- Se lo preguntaron los primeros cristianos. Los evangelios recogen las respuestas que las primitivas comunidades daban a esta pregunta: ¿Quién es ese hombre? Y cada comunidad nos muestra, como aparece en cada evangelio, un perfil distinto y complementario de la deslumbrante figura de Jesús.
- Se lo preguntaron millones de personas a lo largo de los siglos y nos lo seguimos preguntando todavía hoy nosotros. Nunca acabamos de conocerlo porque es un misterio que nos desborda. Al mismo tiempo, es una persona que nos subyuga, es decir, que nos atrae poderosamente y nos introduce en tu órbita.

### 2. **¿Quién era Jesús para las primeras comunidades cristianas?**

Los evangelios nos dicen cómo veían a Jesús las primeras comunidades cristianas. No pretenden contarnos “la historia” de Jesús, sino decirnos quién era él para cada una de las comunidades en las que se gestaron y nacieron los evangelios. Y sus respuestas a la pregunta “quién es Jesús” son variadas porque miraban a Jesús a través de la realidad y de los problemas que se vivían en la propia comunidad. Eso mismo ocurre también hoy, a pesar de que tenemos más sentido de la de la historia. Si varios de nosotros somos testigos de un mismo acontecimiento, al describirlo, cada uno resalta aspectos diferentes de acuerdo con su sensibilidad, sus preocupaciones o sus intereses. Lo mismo ocurrió con las primitivas comunidades cristianas en las que se gestó cada uno de los cuatro evangelios. Cada comunidad recordaba hechos y dichos concretos de Jesús que les servían para responder a esta pregunta: ¿qué hizo Jesús o qué dijo cuando se vio en una situación similar a la que nosotros estamos viviendo? Por eso unos evangelios nos recuerdan unas cosas de Jesús y otros, otras o unas mismas cosas las recuerdan de diferente manera. Hacían memoria de Jesús según el talante, la realidad y las necesidades vitales de la propia comunidad.

Por esa razón decimos que el evangelio es la “historia de Jesús vista a través de la historia de la comunidad en que nació. cada evangelista nos ofrece un perfil diferente de Jesús, porque resalta en su fisonomía unos rasgos u otros. Albert Vidal dice que los evangelios son como cuatro cámaras de televisión, colocadas cada una en un ángulo distinto, que nos ofrecen al mismo personaje, pero con perfiles diferentes; todos ellos verdaderos.

- a) Así, Marcos presenta a Jesús, ante todo, como el **siervo sufriente** de Yhavé. Él lo ve desde el ángulo de la persecución y de la cruz, porque la comunidad de Marcos vivía bajo la persecución y le ayudaba mucho contemplar a Jesús perseguido o crucificado. Con ello, el evangelio asegura que así como la persecución que sufrió Jesús terminó en el triunfo de la resurrección, así también la persecución que sufre la comunidad terminará en gozosa victoria.
- b) Para Mateo, Jesús es el **Nuevo Moisés**, enviado por Dios para liberar de la esclavitud a la humanidad, constituir un nuevo pueblo de Dios y darle una ley muy superior a la de Moisés: la ley del amor mutuo. La señal para que los magos descubran al Mesías en el relato de Mateo es una estrella brillante. Con ello destaca que Jesús era un gran personaje: el Mesías. En Núm 24,17 se llama al Mesías “hijo de la estrella”. Para proclamar la carta magna del Reino, las bienaventuranzas, Mateo dice que Jesús subió a la montaña, como Moisés subió al Sinaí, mientras Lucas lo coloca en la llanura y en medio de la multitud empobrecida.

- c) Para Lc y su comunidad Jesús es el **Nuevo Elías**. Elías había sido el gran profeta esperado por el pueblo, defensor de los pobres y oprimidos por las monarquías de Israel. Por eso Lc dice que Jesús nació marginado, en una cueva y que los primeros que fueron a su encuentro no eran grandes personajes, como en el caso de Mateo, sino unos pastores, que tenían prohibido entrar en el templo porque su trabajo en permanente contacto con animales, los hacía impuros ante Dios, según las creencias judías. La señal que los ángeles dan a los pastores para identificar al Mesías no es una estrella brillante, sino la pobreza: "encontrarán un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre"(Lc.2, 12). El Jesús retratado por Lucas se hace amigo de los pobres, los pecadores, las mujeres y todos los excluidos. La escena de la transfiguración, poniendo a Jesús en medio de Moisés y de Elías, une ambas imágenes de Jesús: la de Mateo y la de Lucas, porque ambas son verdaderas y complementarias.
- d) Mucho más elaborada teológicamente es la imagen de Jesús nos ofrece Juan. Para él y sus comunidades, Jesús es **el Verbo o la Palabra**, la manifestación plena de Dios en carne humana. Con esa expresión Jn indica que Jesús es el revelador del Padre, la última y definitiva Palabra de Dios a la humanidad. Jesús en persona es el retrato vivo, la manifestación plena del Padre. Él es el rostro humano de Dios. Así se lo aseguró Jesús a Felipe diciéndole: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Jn 14, 9).

### 3. **Un retrato incompleto e impresionante de la personalidad de Jesús**

Algunos dicen que los primeros cristianos y los evangelistas que recogieron sus testimonios han idealizado de tal manera la figura de Jesús y que, en cierto modo, la han creado. Esa teoría parece imposible ¿Cómo personas tan poco preparadas podían crear algo tan perfecto? Yo más bien creo que la han desdibujado y que el retrato que nos ofrecen es un pálido reflejo de lo que en realidad fue Jesús. Es tan grandiosa y tan perfecta la figura de Jesús que aparece en los evangelios que difícilmente la pudo crear la fantasía popular o la imaginación de unos escritores que no eran profesionales ni siquiera aprendices de la literatura de ficción. Jesús fue un acontecimiento impresionante del que sólo nos quedan algunos ecos en los evangelios, que, no obstante, también resultan muy impresionantes. Es asombroso lo que él hizo en sólo tres años de vida pública y lo que nos enseñó sin haber escrito una sola línea. Nos enseñó tanto, que nunca acabamos de aprenderlo.

Siguiendo el hilo de los evangelios, vamos a hacer ahora una síntesis de los principales rasgos de la fascinante personalidad de Jesús.

### **3.1. Jesús es una persona realmente “fuera de serie”**

Jesús aparece en los evangelios como una persona extraordinariamente fascinante, de una valía y una autenticidad sin precedentes: un hombre, cuya profundidad se resiste a toda explicación.

A través de los datos que nos han llegado a nosotros por medio de los evangelios, aunque estén mediados por la fe, Jesús aparece como una persona admirable y sorprendente, clarividente y absolutamente libre frente a personajes, leyes y costumbres sin sentido y deshumanizadoras. Jesús vivió en un lugar y en un tiempo en el que la familia y el grupo familiar ampliado imponían un modo de ser y de actuar rígido del que nadie podía salirse y Jesús se salió de ese molde arrastrado por su amor a los últimos, dejando atónicos y desconcertados a sus familiares, que pensaron que se había vuelto loco.

Resulta difícil para nosotros imaginar cómo debió de ser aquel hombre para diferenciarse tan radicalmente de cualquier otro en una época en que la conformidad con el modelo o patrón familiar y cultural marcado por el grupo era la única medida de verdad y de virtud. En aquella sociedad se consideraba que una persona era buena y normal si se ajustaba al molde y a las pautas de comportamiento del grupo familiar. En cambio, el que se salía de ese molde o patrón, era mal visto. Y Jesús se salió totalmente.

“Jesús no encaja en ningún esquema previo; es el hombre que hace saltar todos los esquemas. No son suficientes categorías antiguas ni modernas. Representa un fenómeno extremadamente señero. Es y continúa siendo un misterio. Él mismo hace bien poco por aclarar este misterio. No le importa su propia persona. Sólo le interesa una cosa, pero ésta desde luego total y exclusivamente: el venidero reino de Dios en el amor. Lo que le importa es Dios y los hombres, la historia de Dios con los hombres. Ese es su asunto”<sup>6</sup>.

### **3.2. Jesús es una persona con un gran poder de atracción**

Jesús era un líder con tal poder de atracción que hasta un historiador judío del siglo I, Flavio Josefo, que no le conoció, asegura que “atrajo a muchos judíos y también muchos de origen griego”.

---

<sup>6</sup> W. Kasper, oc. p. 85

La mayor parte de los que se mueven en la órbita de Jesús, atraídos por él, pertenecen a los estratos sociales más pobres, porque a ellos se dirigió principalmente. Son muchos los que sintonizaron con él. Hubo personas y familias enteras que le manifestaron una adhesión cordial. El entusiasmo de estas personas no es un sentimiento pasajero. Algunos le siguen por los caminos de Galilea. Comparten su vida con él, escuchan su mensaje, admiran la fe con que cura a los enfermos y se sorprenden una y otra vez del afecto y la libertad con que acoge a su mesa a pecadores y gente mala fama. Estos discípulos fueron los mejores amigos y amigas que tuvo durante su vida de misionero ambulante.

Otros le ayudaban sin dejar su casa. Es decir, tenía también discípulos sedentarios retenidos en sus casas por sus obligaciones familiares. Conocemos algunos por sus nombres como los de Lázaro, Marta y María, Nicodemo y José de Arimatea. Otros son discípulos que permanecen en el anonimato, como el que le prestó el borrico para entrar en Jerusalén y el que le cedió la sala para la última cena. Con todos ellos creó un verdadero movimiento: el movimiento de Jesús, que no era todavía la Iglesia.

Jesús tuvo un gran poder de atracción y lo sigue teniendo hoy. Lo que pervive de su movimiento en las iglesias cristianas ha dejado de ser atractivo para muchas personas, pero él no.

### **3.3. Jesús tiene una conciencia muy clara de ser enviado por Dios**

En Lc 4, 18 Jesús afirma que “ha sido enviado” para proclamar la buena noticia de la liberación. Según Jn Jesús insiste una y otra vez en esta idea: “El Padre me ha enviado”, “salí del Padre y vine al mundo”. En su encuentro con la mujer samaritana, cuando los discípulos le invitan a comer algo, dice: “mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado”. Jesús ve a Dios como el Padre entrañable que le ha enviado al mundo con una misión que, por ser voluntad del Padre, él ama con pasión y se entrega sin reservas a realizarla. Y muere diciendo: “todo se ha cumplido” (Jn 19, 30) la misión, aquello para lo que fue enviado por Dios.

Para Jesús, Dios no es alguien que envía y queda fuera; más bien se siente envuelto y habitado, sostenido e impulsado por él y por su proyecto. En otras palabras, vive con gozo la dependencia de Dios por que experimenta su amor y porque Jesús lo ama entrañablemente. Es la dependencia libre y gozosa que crea el amor. En Jn 8,29 Jesús dice: “Yo hago siempre lo que le agrada” a mi Padre.

Este sentirse enviado por Dios y ese amor mutuo con el Padre están en la raíz de la conducta de Jesús. Si nos preguntamos por qué actúa Jesús así, la respuesta es: porque así lo quiere Dios su Padre con quien tiene una unión tan perfecta que es unicidad, es decir, que no sólo están unidos, sino que son uno solo. Lo dijo él mismo: “El Padre y yo somos uno” (Jn 10, 30)

### **3.4. Jesús tiene una fe y una confianza inquebrantables en Dios Padre**

La imagen de Dios, que tenía Jesús era muy diferente de la que tenían los judíos de su tiempo. Para Él Dios es la bondad, el amor a los seres humanos. Dios no es poder que se impone por la fuerza. Tampoco es el motor inmóvil de la filosofía griega, apático ante los sufrimientos humanos, ni frío programador del mundo de los filósofos de la Ilustración que, una vez puesto en marcha como un reloj, lo abandona a su suerte y lo deja que funcione por su cuenta. No es un juez implacable que pide cuentas de nuestro comportamiento. Dios nos ama porque es bueno y está con nosotros incluso cuando somos malos y no le correspondemos. El hecho de que Jesús experimentara a Dios como amor y bondad le llevó a tener una confianza en él sin límites ni titubeos. Y esa es la fe verdadera: confiar y confiarse a Dios. Una fe en la que fue creciendo poco a poco. Él era verdaderamente hombre con todas las limitaciones de los seres humanos. Fue creciendo gradualmente en todo; también en la fe. No podemos pensar que lo sabía todo ya desde la cuna, porque entonces no sería verdadero hombre, su encarnación quedaría en pura apariencia. De lo que el Hijo de Dios se despojó al venir a este mundo fue de su divinidad para ser plenamente humano.

### **3.5. Es una persona absolutamente libre**

“Jesús fue asombrosamente libre. El fundamento de esta libertad era su fe y su confianza en Dios y el empeño por hacer la voluntad del Padre sin importarle lo que otros pensarán. Eso le daba libertad y seguridad. Sin esto es imposible comprender por qué y cómo hizo las cosas que hizo. Un discípulo clandestino, Nicodemo, le dijo: “Maestro, sabemos que vienes de parte de Dios, porque nadie puede hacer las cosas que tú haces si Dios no está con él” (Jn 3 2) El estar con Dios, que es la verdad absoluta, le daba esa libertad. Con cuánta razón pudo decir después a sus seguidores: “La verdad les hará libres” (Jn 8, 32) como le había hecho a Él.

Jesús se sentía libre y no se dejaba impresionar por la inmensa erudición de los escribas a quienes otros oían embobados. Discrepaba abiertamente acerca de los pormenores de la ley y de la interpretación hecha por los escribas. Ninguna tradición era tan sagrada para él que no pudiera ser cuestionada y cambiada; ninguna autoridad tan grande que no nadie la pudiera contradecir. Nada era tan definitivo que no pudiera ser cambiado desde la experiencia de Dios que él tenía.

“Dentro de los marcos sociales y religiosos de su pueblo, Jesús actúa con libertad increíble. Da la impresión de que nada tiene que perder; no le ata ningún afán de seguridad personal; hasta sus mismos adversarios lo reconocen: “Maestro, sabemos que eres sincero, que enseñas con verdad el camino de Dios y que no te dejas influir por nadie, pues no miras las apariencias de las personas” (Mt 22, 16). Se va con los indeseables de la sociedad puritana: enfermos, pobres, pecadores, publicanos, todos los discriminados y malditos según la ley. Está prohibido acercarse a un enfermo de lepra, pero Jesús toca con su mano a un leproso y lo cura. Según su visión, el ayuno es secundario, y el mismo descanso sabático debe ser relativizado cuando está en juego la vida de las personas humanas. Desenmascara los tabúes religiosos sobre “lo puro e impuro” para dejar bien claro que sólo en el corazón de las personas se fraguan los sentimientos y se programan las acciones profanadoras de la humanidad y de la creación. Jesús cuestionó incluso al templo y su culto, si vienen a ser lugar de injusticia, de discriminación”, de comercio y de usura.

Jesús es un anárquico (hombre sin ley). Más bien dice que ha venido a cumplir la Ley (Mt 5, 17) Pero cuando cualquier autoridad o ley humana contradice las exigencias del Reino de Dios, especialmente de la fraternidad, Jesús se siente totalmente libre para desobedecerles. Jesús denuncia a los partidarios de las leyes de la pureza legal acusándoles de que “dejando el mandamiento de Dios (que es el amor) se aferran a las tradiciones de los hombres. ¡Qué bien violan el mandamiento de Dios para conservar las tradiciones de ustedes!

No le asusta originar un escándalo ni perder su reputación o incluso su vida. Todos los hombres religiosos, incluido Juan Bautista, se escandalizaban del modo que tenía Jesús de mezclarse con los pecadores, de cómo parecía disfrutar de su compañía. Sorprendía enormemente su manera tan familiar de tratar a Dios, llamándolo “Abbá” (Papá). Su libertad de trato con las mujeres, incluso con las pecadoras, habría bastado para arruinar cualquier resto de buena fama que

---

<sup>7</sup> ESPEJA *Jesucristo, la invención del diálogo*, 101

todavía pudiera conservar. Pero lo que menos le importaba a él era la fama. También ante ella era libre. No hacía nada buscando el prestigio ante los demás. No buscaba aprobación de nadie, ni siquiera de Juan Bautista. Él buscaba la verdad. El valor y la intrepidez de Jesús hacían preguntarse a la gente: ¿quién es este hombre?

La libertad radical de Jesús hizo que no tuviera miedo a nada. Para expulsar a los mercaderes y los cambistas del atrio del templo en el momento álgido de las fiestas, cuando las autoridades estaban al acecho para evitar posibles revueltas o rebeliones, tuvo que necesitar un coraje extraordinario. Jesús no temía a nadie. Cuando el sumo sacerdote lo interrogó acerca de las acusaciones dirigidas contra él, permaneció en silencio. Parece que tampoco tuvo miedo a Pilato, el despiadado procurador romano. Jesús fue libre para morir, para dar su vida por el Reino. No estaba atado a nada ni a nadie, ni siquiera a su propia vida o al éxito de su misión. Su libertad no conocía límites, porque tampoco los conocía su confianza en Dios<sup>8</sup>, donde su libertad estaba arraigada.

Ante su modo de comportarse, muchos estaban desconcertados, incluso sus familiares, como ya dijimos. En efecto, su familia, ante su conducta tan diferente del patrón familiar al que debería ajustarse, de las “buenas costumbres” que le habían enseñado en casa y en la sinagoga, llegó a pensar que había perdido la cabeza y pretendió volverlo a la normalidad, encerrándolo de nuevo en casa y en el molde del círculo familiar, sometido a las pautas de comportamiento de la familia. Movidos por el amor, pensaron que Jesús era la oveja perdida de la familia y tenían que traerlo de nuevo al redil del clan familiar.

Otros, como los fariseos, pensaban que estaba endemoniado o que era comilón y un bebedor porque rompía los prejuicios sociales y religiosos que impedían comer con los pecadores. En opinión de los dirigentes religiosos, sólo el demonio podría estar en el origen de la mala conducta de Jesús. Pero el que estaba en el origen de esa conducta no era el demonio, sino Dios, Padre de todos.

### **3.6. Vive en permanente actitud de servicio humilde**

Jesús vivió enteramente para los demás. No pretendió dominar a nadie ni aprovecharse de nadie para mantener posiciones privilegiadas, sino que vivió siempre amando a los otros, especialmente a los excluidos y terminó siendo un excluido.

---

<sup>8</sup> Albert Nolan, *Jesús hoy*, p. 232-233

Encontramos en los evangelios frases que, mal interpretadas, pueden dar la impresión de que Jesús era orgulloso, como cuando dice de sí mismo: Aquí hay alguien que es más que Jonás y más que Salomón (Mt 12, 41-42) Evidentemente son frases que el evangelista pone en boca de Jesús, y que Él nunca pronunció. El evangelista las pone para decir una verdad que los discípulos descubrieron después de la resurrección de Jesús: que realmente es más que Salomón. Seguramente él no lo dijo, pero es cierto.

Algunos piensan que Jesús no se aplicó ninguno de los títulos que la Iglesia descubrió y le atribuyó después y que los evangelistas pusieron en los evangelios, incluso en boca de Jesús, lo que descubrieron después de su resurrección, como Mesías, Hijo de Dios, etc... El único título que él se aplica es "hijo de hombre" que puede ser una expresión de modestia para referirse a sí mismo, igual que decimos hoy "mi persona" o "su servidor" en lugar "yo". Entre sus discípulos Jesús es un servidor; no rehúye ni siquiera el servicio más bajo propio de los esclavos, como era el lavar a otros los pies. Lucas sintetiza este modo de ser y de actuar de Jesús poniendo en su boca estas palabras: "Yo estoy entre ustedes como el que sirve" (Lc 22, 27) Nunca se considera poderoso. El poder que tenía sobre las enfermedades y los malos espíritus era el poder de la fe. Él no dice: "yo te he curado", sino "tu fe te ha curado", una fe en Dios que él mismo contagiaba a cuantos se le acercaban con apertura.

### **3.7. Ama la verdad y tiene una gran seguridad en sus convicciones**

"Jesús era veraz, honrado, sincero y absolutamente transparente. Por eso su mirada era penetrante y podía ver las mentiras y la falsedad del mundo que lo rodeaba"<sup>9</sup>

Jesús no tenía dudas acerca de la verdad de lo que él mismo veía y creía. Lo veía todo muy claro. Parece haber estado extraordinariamente seguro de sí mismo, y no por orgullo. Esto era lo que daba la impresión de que actuaba con autoridad. La gente percibió claramente que la suya era una autoridad diferente a la que ejercían los dirigentes religiosos de Israel. Era la inusitada diafanidad y firmeza de sus convicciones lo que le daba autoridad. A diferencia de los escribas, Jesús generalmente no busca el apoyo de lo que hace o dice en la autoridad de las tradiciones judías ni de la Ley y otros libros Antiguo Testamento. Él no expone la

---

<sup>9</sup> A. Nolan, *Jesús hoy*, p. 142

verdad a base de interpretar los textos sagrados. Su forma de percibir y enseñar la verdad es directa e inmediata.

¿Qué era lo que permitía a Jesús estar tan seguro de que sus convicciones eran verdaderas? La pureza y la autenticidad de las convicciones mismas. Eran tan evidentes y tan limpias de prejuicios y de intereses, que no necesitaban pruebas externas a ellas mismas. Puede decirse que la única autoridad a la que Jesús apeló fue la autoridad de la verdad misma. No esperaba que le obedecieran a él, sino a la verdad, y que vivieran de un modo veraz, auténtico. El poder de las palabras de Jesús era el poder de la verdad misma.

El evangelio de Juan sintetiza todo esto poniendo en boca de Jesús una expresión que seguramente él no dijo, pero que es muy cierta: “Yo soy la verdad” (Jn 14,16) El es la verdad en persona acerca de Dios y del ser humano y, como le confesará después la Iglesia, él es “verdadero Dios y verdadero hombre”; la verdad de Dios y la verdad del hombre.

### **3.8. Actúa movido por la empatía y la compasión**

“La mejor palabra para describir lo que Jesús experimentó sería “empatía” entendida como “la capacidad de identificarse mentalmente con otra persona... y comprender sus sentimientos<sup>10</sup>. Esta es la experiencia a la que somos conducidos a medida que vamos tomando conciencia de nuestra solidaridad con los demás seres humanos. La empatía es más amplia que la compasión. Nos sentimos movidos por la compasión hacia los que sufren. Pero empatizamos con las personas aunque no sufren. Sufrimos con quienes están sufriendo, pero también nos alegramos con las personas felices, amamos a quienes nos aman, lloramos con quienes lloran y luchamos con quienes luchan. Compartimos sus sentimientos porque, como nosotros, son personas con sentimientos. La empatía con los pobres nos lleva la “opción por los pobres”<sup>11</sup>.

Dentro de esa empatía universal de Jesús, la compasión es el sentimiento divino que le posee y le colma y le llevaba a actuar siempre movido por ese sentimiento. La compasión es la capacidad y el hecho de sufrir o sentir con el que padece. La compasión lleva a la solidaridad. Jesús es solidario hasta extremos increíbles.

---

<sup>10</sup> La empatía comprende toda forma de amor a los demás y la compasión es amor e identificación con todos los que padecen.

<sup>11</sup> Nolan Albert, *Jesús hoy* p. 211

“La misericordia es un amor especial: una respuesta del corazón sacudido ante la miseria del otro y comprometido con él para que salga de esa situación. Implica dejar que el sufrimiento del otro cale a fondo en la propia intimidad, revuelva las entrañas y ponga en acción todas las posibilidades para erradicar esa postración. La compasión es el modo de ser de Dios, la constante de su acción, y también de la de Jesús. Al sentirse hijo querido del Padre, se conmovían sus entrañas ante el sufrimiento de los seres humanos. Su conducta fue un empeño apasionado por hacer realidad esa misericordia de Dios en un mundo desfigurado por el dolor, la dominación y la violencia<sup>12</sup>.

Jesús es testigo de la compasión de Dios, y expresa sus sentimientos garantizando la dignidad de los pobres y curando a los enfermos. Hace “las obras del Padre”, y todas ellas son para que los seres humanos tengan vida, recuperen su dignidad como personas. Actúa conmovido por las situaciones de pobreza y de sufrimiento que vive la gente; las hace suyas, padece con ellos, com-padece. La compasión de Jesús no es pura sensibilidad de momento; significa dejarse impactar por el sufrimiento del otro y actuar para remediarlo según hizo el buen samaritano”<sup>13</sup>.

Las parábolas de Jesús más bellas, y probablemente las que más repitió, son aquellas con las que quiere contagiar a la gente su experiencia de un Dios compasivo, como la parábola de las parábolas que es la del hijo pródigo en la que nos presenta a Dios con “entrañas” de madre.

#### 4. **También hoy nosotros nos preguntamos ¿quién es ese hombre?**

“¿Quién fue Jesús de Nazaret? ¿Por qué causó tanto impacto? ¿Por qué todavía hoy, pasados dos mil años, su figura sigue en la admiración de todos, incluso de los que no creen? ¿Qué secreto encierra ese Galileo fascinante, nacido hace dos mil años en una aldea insignificante y ejecutado como malhechor en las afueras de Jerusalén cuando rondaba los 30 años?”

“Probablemente nadie ha tenido un poder tan grande sobre los corazones; nadie ha expresado como él las inquietudes e interrogantes del ser humano; nadie ha despertado tantas esperanzas. ¿Por qué todavía hoy, cuando las ideologías y las religiones experimentan una crisis profunda, su persona y su mensaje siguen

---

<sup>12</sup> Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, 88

<sup>13</sup> Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, p.153

alimentado la fe de tantos millones de hombres y mujeres? “La vida concreta de Jesús es la que sacude el alma; sus palabras sencillas y penetrantes nos seducen. Es difícil acercarse a él y no quedar atraído por su persona. Jesús aporta un horizonte diferente a la vida. Su vida es una llamada a vivir la existencia desde su raíz última, que es un Dios que solo quiere para sus hijos e hijas una vida más digna y dichosa. El contacto con él introduce en nosotros la alegría de vivir, la compasión por los últimos o el trabajo incansable por un mundo más justo. Jesús enseña a vivir con sencillez y dignidad, con sentido y esperanza.

Todavía más. Jesús lleva a creer en Dios como ha creído él, sin hacer de su misterio un ídolo ni una amenaza, sino una presencia amistosa y cercana, fuente inagotable de vida y compasión por todos. Jesús nos conduce a ser de Dios como lo fue él. Lamentablemente vivimos a veces con imágenes enfermas de Dios que vamos transmitiendo de generación en generación sin medir sus efectos desastrosos. Jesús invita a vivir su experiencia de un Dios Padre, más humano y más grande que todas nuestras teorías: un Dios salvador y amigo, amor increíble e inmerecido a todos. Nada más importante en la Iglesia que conocer, amar y seguir más fielmente a Jesucristo.

Queremos acercarnos lo más posible a su persona. Saber quién fue y dónde está la fuerza de su persona y la originalidad de su mensaje<sup>14</sup>. Pero sabemos bien que conocerle no es simplemente tomarlo como objeto de nuestro estudio para ampliar nuestros conocimientos acerca de él. Eso está bien, pero es un camino que se queda corto. Sólo lo podemos conocer en el trato y en la amistad íntima con él, sólo lo podemos conocer siguiéndole.

Quiero terminar con unas palabras de Benedicto XVI en la Asamblea de Aparecida: “Abran de par en par las puertas a Cristo. Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada, de lo que hace la vida libre, bella y grande. Quien se da a Cristo, recibe el ciento por uno. Sí, abran de par en par las puertas a Cristo y encontrarán la verdadera vida”<sup>15</sup> ¿Se las hemos abierto? ¿Es él quien da sentido a nuestra vida y a nuestros ideales o son otras cosas?

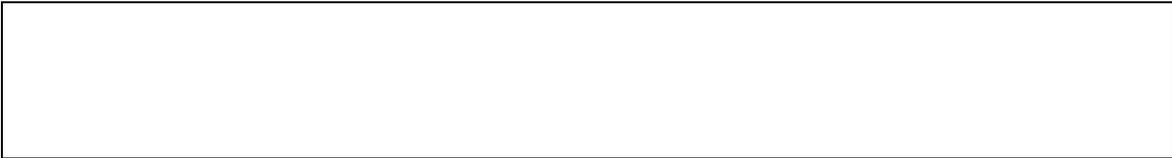
### ***Para el diálogo***

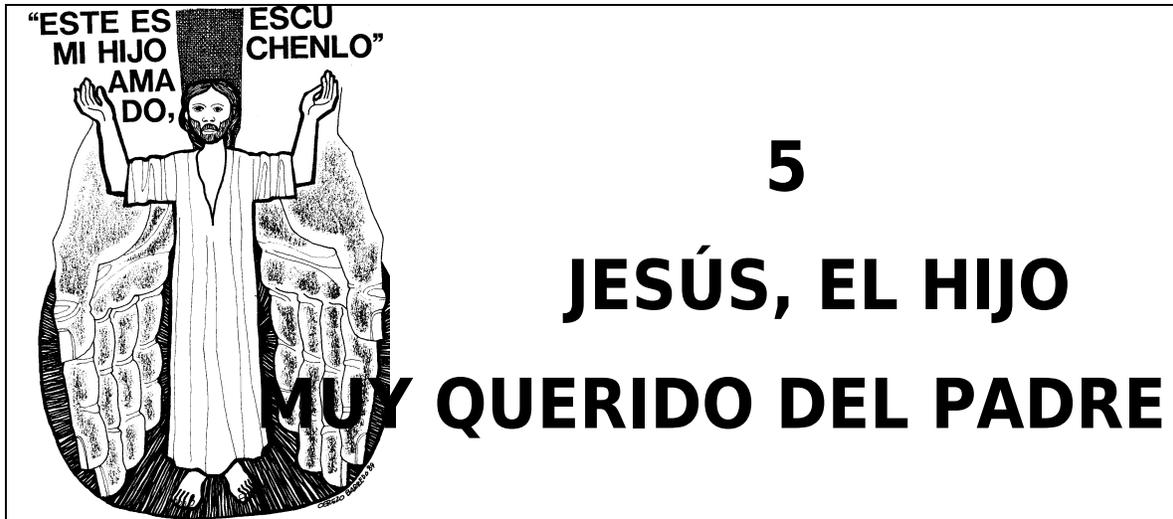
---

14 PAGOLA, José Antonio. “Jesús” p. 5-7

15 Aparecida n. 15

- a) *¿Qué es lo que más admiro en Jesús de Nazaret?*
- b) *Cada persona tiene una imagen algo diferente de Jesús. ¿Qué rasgos resaltan en la imagen de Jesús que tú tienes?*
- c) *¿Cómo lo imaginas cuando piensas en él o le hablas?*
- d) *¿Qué podemos hacer para conocer, admirar y seguir mejor a Jesucristo?*





Después de la descripción apresurada y pobre que acabo de hacer de algunos rasgos de la deslumbrante personalidad de Jesús, nos vamos a preguntar por qué él es y actúa así; cuáles son las raíces que sostienen y alimentan su vida, su personalidad y su conducta. Sin duda alguna, son estas dos: su relación con Dios como Padre entrañable y con el Espíritu Santo, que le llena y le conduce. Vamos a hablar en primer lugar de su relación con el Padre.

El núcleo más rico y originario del que brotaba la misteriosa personalidad de Jesús fue una experiencia única de profunda intimidad con Dios, concretamente, la experiencia de Dios como Abbá, como Padre entrañable. “Decimos con razón que toda la conducta histórica de Jesús tiene su fuente y explicación última en su “experiencia de Dios como Abbá”. Pero, ¿qué entendemos por experiencia? Con frecuencia también se dice de un profesional que tiene largos años de experiencia. Se trata de un término con distintas significaciones; el empleo del mismo debería ser precisado en cada caso. Aplicado a la interioridad de Jesús tal como la hemos vislumbrado, el término significaría la inmediatez de la presencia como fuente de conocimiento”<sup>16</sup>. La experiencia de Dios en el caso de Jesús significa sentir viva, íntima y profundamente la presencia, la cercanía y el amor de Dios como Padre entrañable.

“La imagen que Jesús tenía de Dios no era la de un Ser supremo, lejano y frío, sino la de una persona cercana. Dios era una persona infinitamente amorosa e íntima”<sup>17</sup>. La palabra “abbá” que significa papá en la lengua materna de Jesús, el

<sup>16</sup> Espeja *Jesucristo, la invención del diálogo*, 195

<sup>17</sup> A. NOLAN *Jesús hoy*, p.191

arameo, era la palabra que utilizaban los niños para dirigirse a su padre. El hecho de que Jesús la utilice para dirigirse a Dios significa que él se siente como un niño en brazos de un Dios que era para él Padre-Madre. Esa confianza con Dios no era tolerable para los judíos ortodoxos de aquel tiempo, que veían a Dios como el inefable y altísimo”<sup>18</sup>.

No cabe duda de que la experiencia de Dios que tuvo Jesús fundamenta y desencadena el modo de ser y de actuar de Jesús. Si él no hubiera sentido a Dios como Abbá, su personalidad y su vida hubieran sido diferentes. Posiblemente Jesús hubiera sido otro tipo de líder, no el líder de la compasión y la misericordia, como lo es su Abbá, sino un líder religioso que invitara a la conversión con amenazas de castigos, al estilo de Juan Bautista o, peor aún, el líder sociopolítico y guerrero que esperaban muchos en Israel. Pero su experiencia del “Dios compasivo y misericordioso” como dice el salmo 102 con el que él se dirigía a Dios, le llevó por otros caminos; por los caminos de la compasión, que es el sentimiento que latía en el corazón de todas sus acciones y el que le movía a actuar.

Como dice un conocido escritor Jesús “es una persona profundamente unificada en torno a una experiencia nuclear: Dios, el Padre de todos. Es él quien inspira su mensaje, unifica su intensa actividad polariza sus energías. El mensaje y la actuación de Jesús no se explican sin esa vivencia radical de Dios”<sup>19</sup>.

“Jesús vive desde la experiencia de un Dios Padre. Así lo capta en sus oraciones y así lo vive a lo largo del día. Su Padre Dios cuida hasta de las criaturas más frágiles, hace salir su sol sobre buenos y malos, se da a conocer a los pequeños, defiende a sus pobres, cura a los enfermos, busca a los perdidos. Este Padre es el centro de su vida”<sup>20</sup>.

## **2. Confianza total de Jesús en Dios Padre**

“A Jesús le gusta llamar a Dios “Padre”. Esta palabra le brota sobre todo cuando quiere subrayar su bondad y compasión. Pero, sin duda, lo más original es que, al dirigirse a Dios, lo invoca con una expresión desacostumbrada: “Abba”, Padre mío querido. Este es el rasgo más característico de su oración. No encuentra una expresión más honda para llamar a Dios que ésta: “Abbá”<sup>21</sup>.

---

<sup>18</sup> ESPEJA, *Jesucristo invención del diálogo*, 188)

<sup>19</sup> J.A. PAGOLA, p. 303

<sup>20</sup> J.A. Pagola, oc. p 318

<sup>21</sup> J.A. Pagola, Jesús, p. 319

Jesús vio reflejada en los niños, y más aún en los bebés, la confianza total e incondicional que él tenía en Dios, en su Padre Abbá. Él se sentía como un niño en brazos de su madre. En este sentido, la actitud de Jesús era extraordinariamente parecida a la de los niños. Como dice J. Jeremías, Jesús se dirigía a él como una criaturita a su padre, con la misma sencillez íntima, con el mismo abandono confiado.

“No es ésta, obviamente, la imagen normal que la gente tiene de Jesús. Se le han otorgado títulos gloriosos que lo exaltan por encima de todo aquello que asociamos con los niños. Es representado como aquel que todo lo puede, como el Rey de reyes que conoce todas las cosas, como el Salvador todopoderoso... No obstante, describirlo como un niño no significa afirmar que fuera débil, inmaduro, inexperto o ingenuo. Significa que tenía una confianza inmensa, significa que la fuente de la fuerza y la seguridad que tenía en sí mismo era su confianza de niño en Dios”<sup>22</sup>. Como ya dije, ahí radicaba su seguridad y su inmensa libertad.

En la experiencia de Jesús, Dios es alguien en quien siempre se puede confiar y descansar. Dios no aterra por su majestad apabullante, sino que impresiona por su generosidad inesperada. Porque en él existimos, nos movemos y actuamos, bien podemos concluir que la existencia humana está envuelta en la incomprensible, cálida e incondicional bondad de Dios<sup>23</sup>. Así lo sintió Jesús. Esa fue la experiencia que marcó los derroteros de su vida.

### **3. Momentos fuertes de la experiencia de Dios como Padre**

Probablemente esta experiencia de Dios como Padre no fue algo repentino, sino progresivo. Ya dije que Jesús, como verdadero hombre y verdadero judío tuvo que recorrer el camino de la fe y crecer en ella liberando de mucha escoria la fe que le transmitieron. La experiencia de Dios como Padre fue naciendo en él por superación de la imagen de Dios que le ofrecieron los escribas y fariseos en la sinagoga: un Dios legalista, juez severo, castigador, que tiene ira y consiente y hasta quiere las desigualdades entre las personas. Quizás algún texto bíblico que presentaba a Dios como amor le hizo saltar de alegría porque confirmaba el descubrimiento, la experiencia de Dios que iba teniendo. Me refiero a textos de Oseas (2, 16), Isaías (49, 15) o salmos, como el 105 que dice: “como un padre siente ternura por sus hijos, así tú sientes ternura por tus fieles”.

---

<sup>22</sup> NOLAN, Jesús Hoy p. 163

<sup>23</sup> ESPEJA, *Jesucristo, la invención del diálogo*, 189

Esa imagen de Dios que se fue perfilando en su interior contrastaba terriblemente con la realidad sangrante de desigualdades, miseria, pobreza humillante, injusticias, opresión y exclusión social, contempladas a diario en su entorno y que, para colmo, eran justificadas casi siempre por los dirigentes judíos en nombre de Dios, asegurando que eran queridas por él. Seguramente Jesús sintió en su corazón que Dios no podía ser así ni podía querer esa situación. Posiblemente fue ese terrible contraste lo que lo arrancó de su casa y de su familia para luchar contra todo y contra todos los que causaban esa situación e impedían a Dios ser Padre bueno para todos.

Mientras oraba después de ser bautizado, escuchó con claridad la voz de Dios que confirmaba su experiencia: “Tú eres mi hijo querido” (Lc 3,22) Este pudo ser el momento fuerte de esa experiencia iniciada anteriormente en su interior. Al mismo tiempo vio que el Espíritu del Padre bajaba sobre él y lo llenaba de fuerza para la misión de convencer al mundo entero de que Dios es Padre bueno para todos y quiere que todos sus hijos sean buenos unos con otros. Así de sencillo de formular y así de difícil de practicar. Esta experiencia consolidó definitivamente el camino que Jesús había emprendido saliendo de Nazaret y rompiendo el estrecho círculo familiar. La actividad profética de Jesús, el anuncio del Reino, comenzó a partir de esta intensa y poderosa experiencia de Dios como Padre.

En su bautismo el Espíritu de Dios, que crea y sostiene la vida, que cura y da aliento a todo viviente, viene a llenarlo de su fuerza vivificadora. Jesús experimenta que está lleno de la fuerza del Espíritu con tal intensidad que, consciente de su poder vivificador, se acercará a los enfermos a curarlos de su mal. En la sinagoga de Nazaret Él se presenta como “ungido por el Espíritu” para anunciar a los pobres la buena noticia y liberar a cautivos y oprimidos.<sup>24</sup>

Estas dos vivencias o experiencias: el sentirse hijo muy querido del Padre y el sentirse lleno del Espíritu de Dios marcan para siempre a Jesús y le señalan el camino a seguir. Nada puede expresar mejor lo vivido por él que esas palabras insondables de Dios: “Tú eres mi hijo querido”; te quiero entrañablemente, me llena de gozo que seas mi Hijo. Me siento feliz. Jesús responderá con una sola palabra: Abbá. En adelante cuando hable con Él lo llamará siempre Abbá. Esa palabra lo dice todo: su confianza total en Dios y su disponibilidad incondicional para hacer su voluntad o realizar su proyecto. Sólo busca cumplir su voluntad. Es lo primero para él. Nada ni nadie le apartará de su camino: como buen hijo, busca ser la alegría de su Padre.

#### **4. Jesús vive en permanente diálogo filial con el Padre**

---

<sup>24</sup> PAGOLA, oc pp.309-312

Hablemos ahora del diálogo filial de amistad de Jesús con su Padre. La filiación divina de Jesús, es decir, su condición de Hijo de Dios, es la razón fundamental por la que él se dirige a Dios siempre con la palabra “Abbá”. “La oración de Jesús tiene su fuente en la experiencia de la paternidad de Dios para con él. Si Él no se sintiera hijo muy querido no podría decirle: “Abbá”.

Todas las oraciones de Jesús que encontramos en los evangelios comienzan con esta invocación: “Abbá” (Mt 11,25;Mc 14, 36; Lc 23, 34.46; Jn 11, 41;12, 27s; 17,1). La invocación “Abbá”, utilizada por Jesús, está llena de familiaridad. Precisamente, por ser demasiado familiar, los judíos no la utilizaban nunca en sus oraciones. Pero Jesús, al parecer, rezaba siempre así, porque su oración era la expresión de su relación filial más íntima con el Padre.

También en algunas oraciones judías se le llamaba a Dios “Padre”, pero con otras resonancias y sin el sentido familiar que tiene la palabra “Abbá”. Así la Shemá, la gran oración que los judíos rezaban tres veces al día dice: “Padre nuestro, Padre misericordioso, ten misericordia de nosotros y da a nuestros corazones comprender y observar todas las palabras de la enseñanza de la Torá”.

El uso de la invocación “Padre” por parte de los judíos tenía un significado bastante distinto del que le dio Jesús:

- En el AT se considera a Dios Padre del pueblo escogido en su conjunto, pero no de cada persona en particular, excepto del rey. A veces se le llama Padre por su condición de creador, por ser el origen de todas las cosas, no por su cercanía amorosa.
- Como el Padre de familia en la cultura judía era una figura autoritaria, al llamar a Dios “Padre” pensaban en un Dios todopoderoso, autoritario, juez riguroso, lejano y trascendente, al que había que pedir insistentemente misericordia. Al Abbá de Jesús no hay que pedírsela porque Él es, por esencia, misericordia sin intermitencias. A veces traducimos Abbá simplemente por “Padre”. Hay que añadirle un adjetivo para que tengan un significado parecido: Padre “entrañable” o “todocariñoso”.
- En todo caso, aunque a Dios se le llamaba algunas veces “Padre”, nunca se le llamaba “Abbá”, “Papito”, como lo hizo Jesús y enseñó a hacerlo a sus discípulos. Ese modo de dirigirse a Dios, como ya hemos dicho, era para los judíos una falta de respeto. En este contexto hay que considerar el uso de “Abbá” al menos como sorprendente e inusitado, por no decir absolutamente fuera de lo común en la religión judía.
- La sencillez de esta invocación: “¡Padre!”, contrasta con las formulaciones distantes y altisonantes de muchas oraciones judías. La “Oración de las 18 peticiones”, de los judíos comenzaba así: “Señor, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob! ¡Dios Altísimo, Creador de cielo y tierra...” En cambio Jesús ora y enseña a orar diciendo sencillamente: “¡Papá!”.

De ahí concluimos que, sin duda, el invocar a Dios como Abbá (padre querido) se debe al Jesús histórico, porque es absolutamente contracorriente y el hacerlo desacreditaba a Jesús ante los judíos. A ningún judío piadoso se le podía ocurrir semejante falta de respeto usando con Dios esta expresión tan familiar. Y, sin embargo, como ya dijimos, Jesús en todas sus oraciones llegadas hasta nosotros, se dirige a Dios con esta expresión: Abbá. Nada menos que 170 veces ponen los evangelios esta expresión en labios de Jesús: 4 Mc, 15Lc, 42Mt, 109 Jn. Abbá encierra el secreto de la relación íntima de Jesús con Dios. Según Joaquín Jeremías, la palabra “Abbá” concentra todo el Nuevo Testamento, todo lo que fue y enseñó Jesús.

### **5. Dios es Padre también de los seguidores de Jesús**

Jesús enseña y autoriza a sus discípulos a dirigirse a Dios en los mismos términos que él lo hacía, llamándolo “Abbá”, “Papá” o “Papito”. La raíz de la que brota la oración de los seguidores de Jesús está en el hecho de que Dios en su Hijo nos ha hecho también a nosotros hijos suyos muy queridos. Dios nos introduce en la relación que reina entre él y el Hijo, hasta tal punto que también los discípulos pueden decir con Jesús: ¡Abbá!”<sup>25</sup>. Jesús, en efecto, enseñándonos e invitándonos a orar como oraba él, quiere hacernos gozosamente conscientes de nuestra nueva situación de hijos de Dios. Por eso podemos decir también “Abbá”. La oración es, ante todo, un diálogo de amistad filial con Dios, es la expresión de nuestra condición de hijos y no de mendigos, como es la oración de la mayor parte de la gente, que sólo tiene de bueno lo que tenga de confianza en Dios.

La novedad de la oración de Jesús radica en la experiencia hecha por él y transmitida por los apóstoles de que Dios está ahí como Padre, cuidando de sus hijos, con su corazón sensible a nuestros problemas, con sus ojos clavados en nuestros sufrimientos y con sus oídos atentos a nuestro clamor. Es un Padre amoroso y lleno de compasión. Para Dios, el ser humano no es un número o una molécula perdida en los sobrecogedores espacios siderales, sino una persona cercana, blanco de su amor entrañable, a cuyos cuidados puede confiarse.

El modo de orar de Jesús al Padre como Abbá prendió rápidamente en las primeras comunidades cristianas como aparece en algunas cartas de Pablo. Gál 4,6 y Rom 8,15 constituyen un testimonio de que la primitiva comunidad cristiana mantenía vivo el recuerdo del modo tan característico con el que Jesús se dirigía a Dios.

Según estas cartas de Pablo, los cristianos, al llamar a Dios “Padre”, no lo hacen solos, sino unidos al Espíritu Santo e impulsados por él, a una sola voz con él que

---

25 J. ESPEJA, *Jesucristo, la invención del diálogo*, 217

desde nuestros corazones le dice al Padre: “¡Abbá!”. “La prueba de que sois hijos – dice Pablo a los gálatas – es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá!, Padre”. (Gál 4,6) Y como El es el Espíritu del Hijo, todos, a una sola voz con el Hijo y el Espíritu decimos “Abbá”. La misma idea encontramos en la carta a los Romanos: “Recibisteis un espíritu de hijos que os hace clamar ¡“Abbá”, Padre!” (Rm 8,15)

En la comunidad cristiana, dirigirse a Dios con el apelativo de “Padre” implica una intimidad con Él similar a la que tiene el propio Jesús; Dios no es el ser todopoderoso y lejano, cuyo señorío se eleva sobre los cielos, sino un ser cercano que se preocupa del ser humano y cuida de él, como un padre cuida de su hijo.

Curiosamente, el hecho de llamar a Dios Padre fue considerado durante mucho tiempo en la celebración litúrgica un atrevimiento. La introducción al Padre nuestro que durante muchos siglos se ha dicho en la misa, comenzaba así: “fieles a la recomendación del Señor y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir: “Padre nuestro...” En efecto, si no fuera porque lo había mandado Jesús y, sobre todo, porque en él somos hijos de Dios, sería una auténtica osadía o atrevimiento. Pero después de que Dios nos ha hecho hijos suyos, no es ningún atrevimiento; es nuestra obligación.

## **6. A algunos les resulta difícil decirle a Dios “Padre querido”**

En algunas personas, por su historia personal, la palabra “padre” no suscita afecto ni confianza. Benedicto XVI en su libro “Jesús de Nazaret” dice: “El hombre de hoy no percibe inmediatamente el gran consuelo de la palabra “padre”, pues muchas veces la experiencia del padre o no se tiene, o se ve oscurecida por las deficiencias de los padres” (p. 170) A quienes nunca han experimentado en su familia el cariño paterno, ¡qué difícil debe resultarles llamar a Dios “Padre”, una palabra con tan malos recuerdos para ellos! Como dice el catecismo de la Iglesia, para rezar el Padrenuestro es necesario purificar el corazón de “imágenes paternas o maternas, correspondientes a nuestra historia personal y cultural, y que impregnan nuestra relación con Dios. Dios nuestro Padre trasciende las categorías del mundo creado. Transferir a él, o contra él, nuestras ideas en este campo sería fabricar ídolos para adorar o demoler. Orar al Padre es entrar en su misterio, tal como El es, y tal como el Hijo nos lo ha revelado” (n. 2779)

Quiero añadir casi como nota a pie de página. Creo que no sería ciencia ficción el pensar que el niño Jesús tuvo una hermosa experiencia de san José como papá. Seguramente era una excepción en aquella sociedad androcéntrica. Quizás eso le ayudó también a llamarle a Dios “Abbá”.

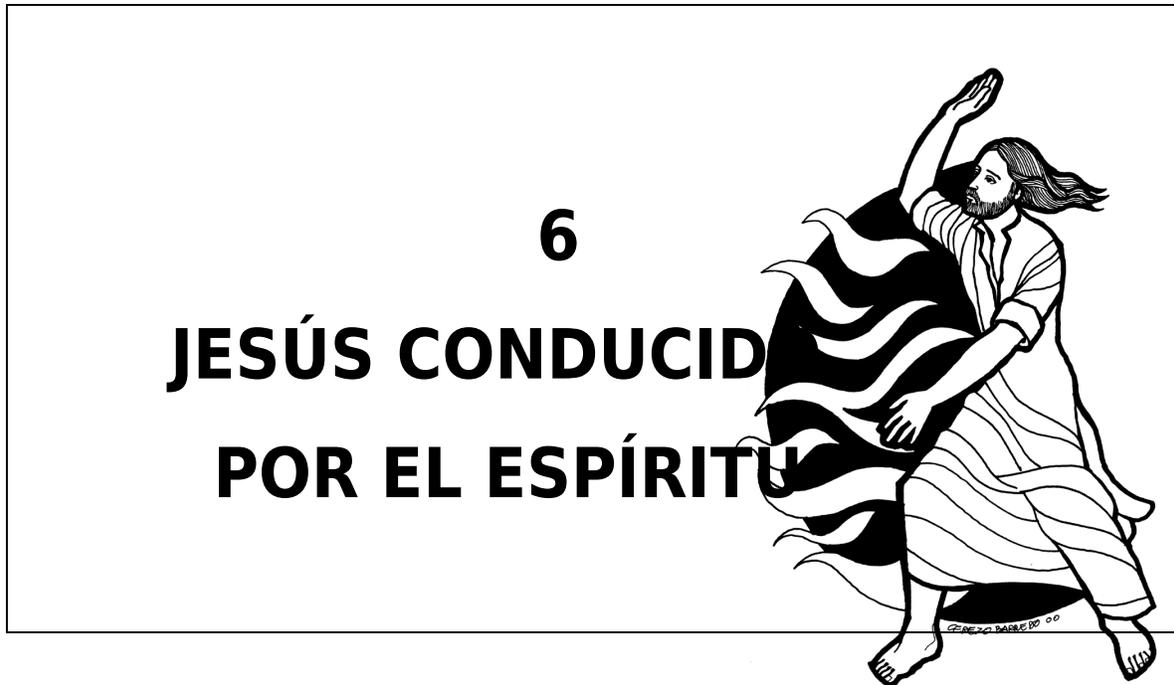
## **7. Recomendación para cristianos con prisas**

Tenemos tantas cosas que hacer y tantas personas con las que hablar que, día tras día, nos quedamos sin tiempo para hablar con Dios, para orar. A Jesús no le ocurría lo mismo. Nos dicen los evangelios que la gente le buscaba y le ocupaba tanto, que no tenía tiempo ni para comer, pero sí sacaba tiempo para pasar largos ratos en soledad, orando, dialogando con el Padre. Jesús comenzaba su oración siempre con el mismo saludo a Dios: “Abbá” “Padre”. Hagamos lo que él nos dijo: “ustedes cuando oren digan: “Padre nuestro...” recemos al menos esta oración. No requiere mucho tiempo, pero sí mucha concentración, para que sea realmente oración y no un simple recitado de palabras sabidas de memoria. Que esta oración alimente nuestro espíritu al menos tres veces al día, como alimentaba la oración de la shemá el espíritu de los judíos.

Hoy día, la shemá de muchos cristianos podría formularse así: Nada más despertarte prenderás la radio o la TV y por la noche las tendrás puestas hasta que el sueño te venza. ¡Ah! Y no te olvides de dedicar algunas horas cada día al internet.

### **Para el diálogo**

- a) *¿En qué momentos hemos sentido a Dios como Padre entrañable?*
- b) *¿Nos ponemos cada día en sus manos o nos olvidamos de contar con Él?*
- c) *¿Qué importancia tiene la oración del padrenuestro en tu vida diaria?*
- d) *En las dificultades y desgracias, ¿sigues confiando en Dios como Padre? ¿Por qué razones?*
- e) *¿Qué les podemos decir a las personas que se vuelven contra él en las desgracias?*



Vamos a hablar ahora de la relación de Jesús con la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, y de la incidencia que esta relación tuvo en la persona y en la vida de Jesús. Vamos a hablar de su espiritualidad. De entrada quiero decir que hay un concepto muy empobrecedor de espiritualidad que la reduce a la dimensión contemplativa, a la oración. Eso es sólo parte de la espiritualidad. Espiritualidad es todo lo que uno hace movido por el Espíritu. Por eso, la espiritualidad comprende la vida entera y todas sus acciones, si están hechas bajo el impulso del Espíritu Santo.

### **1. Jesús se deja conducir por el Espíritu y actúa con la fuerza del Espíritu**

La personalidad y la conducta de Jesús se explican porque se dejó conducir permanentemente por el Espíritu Santo en la realización de la voluntad o proyecto de Dios, que es su Reino. Por eso, todo lo que hace para vivir el Reino, es decir, para vivir su condición de Hijo muy querido y su condición de hermano de todos los seres humanos. Todo ello constituye su espiritualidad. Y todo lo que hace para extender el Reino, es decir, para que todos se sientan hijos muy queridos de Dios (dimensión vertical del Reino) y se sienta hermanos (dimensión horizontal) forma parte de su espiritualidad. Por ejemplo, su opción por los pobres y el hecho de hacerse uno de ellos, su acogida a prostitutas y pecadores, la curación de enfermos y disminuidos físicos, son momentos de su espiritualidad. Todo ello lo hace movido por el Espíritu. Toda su vida y cualquiera de sus acciones son espiritualidad porque siempre actúa movido por el Espíritu.

Lucas es el evangelista que más resalta el hecho de que Jesús de Nazaret se deje conducir por el Espíritu Santo. Comienza la narración de la vida pública de Jesús diciendo que está lleno del Espíritu Santo y que el Espíritu le llevó al desierto - lugar de encuentro con Dios para descubrir allí su voluntad y lugar de tentación para discernir los caminos de Dios y de la misión que él le encomendó. Después dice Lucas que Jesús va a Nazaret "llevado por la fuerza del Espíritu" (4,14). En la sinagoga de su pueblo natal presenta su misión y, utilizando un texto de Isaías, dice cómo toda ella la va a desarrollar bajo la acción del Espíritu: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y dar la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor (Lc 4, 16-19.) Como todo ello lo va realizar movido por el Espíritu, forma parte de su espiritualidad.

A lo largo de toda su vida se dejó conducir por el Espíritu y al final de ella, fortalecido por el Espíritu decide ir a Jerusalén sabiendo que allí le esperan sus peores enemigos y que se expone a la muerte. Gracias al Espíritu soporta el martirio manteniéndose fiel a la voluntad del Padre. Finalmente, el Espíritu resucitó a Jesús de entre los muertos (Rom 8,11). Nacimiento, conducta histórica de Jesús, martirio y resurrección son etapas de una historia del que vivió como Hijo en intimidad única con el Padre, inspirado, acompañado y transformado por el Espíritu Santo<sup>26</sup>. Naturalmente, el Espíritu Santo no transforma a Jesús en cuanto verdadero Dios, sino en cuanto verdadero hombre.

Según el cuarto evangelio, Jesús, que vivió y murió animado por el Espíritu, confió al mismo Espíritu la continuidad de su obra en la comunidad cristiana, lo envió como su vicario o continuador de su obra. Él dijo a sus discípulos: el Espíritu que "mora en vosotros", os recordará "todo lo que os he enseñado", "os iluminará para que podáis comprender la verdad completa. Sin el Espíritu, el acontecimiento Jesucristo se pierde en el pasado"<sup>27</sup>. Por medio del Espíritu Jesús continúa actuando en la historia y en las personas que hacen la historia, para hacer realidad el proyecto del Padre y el sueño de su vida, el Reino.

## **2. La experiencia fundante de la espiritualidad de Jesús**

En el origen y en el corazón de la espiritualidad de Jesús está la conciencia de la cercanía, de la extraordinaria proximidad de Dios y su ternura para con él. Volvemos siempre a la misma fuente, a la paternidad de Dios,

---

26 J. ESPEJA, *Jesucristo, la invención del diálogo*, 389

27 J. ESPEJA *Jesucristo, la invención del diálogo*, 392

que configura la personalidad entera de Jesús y, por tanto, su espiritualidad, su vivir según el Espíritu. Y no puede ser de otra manera, porque esa es la verdad incontestable: la experiencia de Dios como Abbá fue central y decisiva en la vida de Jesús. Como ya dijimos. El Espíritu es el Espíritu del Padre, su amor, su ternura, que llenaban a Jesús. Como aparece en la escena del bautismo en el Jordán, el sentir a Dios como Padre escuchando su voz que le proclama Hijo querido, es inseparable de la acción del Espíritu Santo que en ese momento baja sobre él en forma de paloma. El mensaje y la actuación de Jesús, tan coherentes, no se explican sin esa vivencia radical de Dios como Padre y del Espíritu que le conduce.

De esa experiencia única de Dios como “Abbá” y del Espíritu-Amor que le llena brotan en Jesús dos actitudes o sentimientos fundamentales que configuran toda su existencia y, por tanto, su espiritualidad: una fidelidad inquebrantable al Padre y una disponibilidad absoluta al servicio de sus hermanos, que es tanto como decir al servicio del Reino para anunciarlo e introducirlo en la vida de cada persona, de cada grupo y de la sociedad entera a fin hacer de la humanidad una gran familia, la familia de Dios.

Estas dos actitudes de Jesús, una vertical (hacia Dios) y otra horizontal (hacia sus hermanos), brotan de una misma fuente: el amor a Dios y a las personas, especialmente a los que Dios más ama, a los primeros destinatarios de la Buena Noticia del Reino, los pobres. Ambas actitudes son expresión de ese único e indivisible amor, que, en definitiva, es el Espíritu Santo, y por eso entre ellas no cabe separación. Si se separan se falsean.

De aquí deducimos que los dos ejes transversales o líneas fuerza que atraviesan e impulsan toda la vida espiritual de Jesús son la teocéntrica (vivir centrado en Dios, como Padre) y la reinocéntrica (vivir centrado en el servicio a los demás para hacer realidad el Reino de Dios). El Espíritu es quien mueve a Jesús en esas dos direcciones inseparables, que constituyen su espiritualidad.

### **3. Las dos dimensiones de la espiritualidad de Jesús**

Quiero hablar un poco más de las dos dimensiones fundamentales de la vida de Jesús, que, a su vez, son las dos dimensiones de su espiritualidad o de su vida conducida por el Espíritu: la dimensión vertical o teocéntrica y la dimensión horizontal o política.

#### 4.1. La dimensión vertical o teocéntrica

La espiritualidad de Jesús es teocéntrica porque parte de su experiencia de Dios como Padre, experiencia que le mantuvo totalmente centrado en Dios. Movido por el Espíritu Santo, toda la vida de Jesús y todas sus acciones se desarrollan en fidelidad total a la voluntad del Padre<sup>28</sup>.

Jesús aparece a lo largo de su vida pública como una persona de constante y profunda oración, es decir, de diálogo de amor con Dios Padre. Aunque no lo digan los evangelios, es seguro que los años de su vida oculta fueron años de oración, de vida centrada en Dios. En su oración lo fue descubriendo como Abbá.

Jesús, como buen judío alimentó su fe y su espiritualidad en las Escrituras Santas y la expresó en las oraciones diarias de los judíos, como la Shemá, en la reunión de los sábados en la sinagoga y de manera especial en el rezo de los salmos y otros himnos y oraciones que podría encontrar en el Antiguo Testamento.

Probablemente fue, sobre todo, en la oración de los salmos donde alimentó Jesús su experiencia de Dios. Algunos los guardaría en la memoria de su corazón, pues son salmos que los judíos repetían al despertarse y al acostarse, o al bendecir la mesa; otros se recitaban en la oración de los sábados. No es posible conocer los salmos preferidos de Jesús, pero es fácil intuir con qué intensidad y hondura pronunciaría algunos de ellos. ¿Qué sentiría Jesús, poeta de la misericordia de Dios, cuando decía: “El Señor es clemente y compasivo, paciente y misericordioso; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas” (Sl 145, 8-10) Jesús, que acogía a los pecadores ¿qué sentiría al rezar con el salmo 103, 8-13: “El Señor es paciente y misericordioso... No nos trata como merecen nuestros pecados. Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles”. Con qué emoción diría Jesús, que optó por los pobres, esta oración: “No te olvides sin remedio la vida de tus pobres... (Sl 74,19). Cómo vibraría su espíritu con este salmo que parece anunciar ya sus bienaventuranzas: “Dichoso el que espera en el Señor, su Dios... que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos” (Sl 146, 5-7)<sup>29</sup>. Seguramente también hay salmos que no pudo rezar nunca porque iban en contra de la imagen de Dios que él tenía. Por ejemplo los salmos que hablan del Dios violento y vengador o se le pide que estrelle a los niños contra las piedras, como el salmo 137, 9

28 J. A. PAGOLA, oc. p. 390

29 J. A. PAGOLA, oc. p. 308-309

En medio de su intensa actividad como profeta itinerante, Jesús cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad. Lucas resalta que, además de la oración comunitaria oficial de los judíos, a menudo buscaba el silencio de la soledad o de la noche para orar: "se retiraba a los lugares desiertos, donde oraba"(Lc 5,6). Oraba especialmente en los momentos decisivos de su ministerio: bautismo (Lc 3,21), elección de los doce (Lc 6,12), confesión de Pedro (Lc 9,18); transfiguración (Lc 9,28); al regreso de los 72 (Lc 10,21); antes de enseñarles el Padrenuestro (Lc 11,1); ora por Pedro (Lc 22,32), en Getsemaní (Lc 22,41s); por los que lo crucificaron (Lc 23,34) y al expirar (Lc 23,46). Las plegarias que Lc pone en boca de Jesús comienzan siempre por la palabra "Abbá"(papito) y todas tienen como objetivo primordial descubrir la voluntad del Padre. También por eso decimos que la espiritualidad de Jesús es teocéntrica.

Jesús no ora como los grandes orantes de su tiempo. "La oración de Jesús posee rasgos inconfundibles: es una oración sencilla, sin grandes gestos ni palabras solemnes; es espontánea y natural. Su oración sólo se entiende desde el horizonte del reino de Dios. Seguramente el Reino o de la voluntad de Dios, que es lo mismo, sería el tema predominante de su oración, de su diálogo con el Padre. Más allá de las oraciones habituales prescritas por la piedad judía, Jesús busca el encuentro con Dios para acoger su reino y hacerlo realidad entre los hombres. Su oración en Getsemaní es el testimonio más dramático de la búsqueda de la voluntad de Dios, incluso en el momento de crisis total de sentido. Su confianza en el Padre es firme en medio de la angustia. Su deseo está claro: que Dios haga llegar el reino sin necesidad de tanto sufrimiento. Su decisión de obediencia filial es también clara y definitiva: "Abbá, Padre, todo es posible para ti. Aparta de mí esta copa de amargura. Pero no se haga como yo quiero, sino lo que quieres tú" (Mc 14, 36)"<sup>30</sup>.

### **3.2. Dimensión horizontal o reinocéntrica. Compromiso de Jesús con la vida de la gente**

La espiritualidad de Jesús es reinocéntrica porque tanto la experiencia de Dios-Padre de todos, como el dejarse conducir por el Espíritu, lo ponen siempre al servicio de esa voluntad o proyecto del Padre que Jesús denomina "Reino de Dios". Toda su existencia está polarizada por el Padre y por el Reino, que son inseparables, porque el Reino, en definitiva, es que Dios sea Padre de todos y así todos seamos una familia, su familia. El Reino es filiación y fraternidad, es vivir como hijos y como hermanos. La entrega al servicio del Reino condensa su

---

30 J. A. PAGOLA, p. 317

fidelidad al Padre y a su voluntad. El hecho de anunciar y extender el Reino es un elemento esencial de su espiritualidad.

Dentro de la dimensión horizontal de la espiritualidad de Jesús, el compromiso con la vida, es un elemento fundamental. La forma concreta y más amplia del amor de Jesús y, por tanto, de su espiritualidad fue su compromiso a favor de la vida de la gente en todas sus dimensiones. El Espíritu no le llevó a huir de la sociedad para centrarse en Dios, como hacían los esenios en su tiempo. El Espíritu le impulsa hacia aquellas personas en las que la vida está más deteriorada, como dice él mismo al presentar su misión en la sinagoga de Nazaret declarando que ha sido enviado a las personas que viven en peores condiciones como los pobres, los disminuidos físicos y los privados de libertad.

Lo repito, la espiritualidad de Jesús es compromiso con la vida. Tanto la experiencia de Dios como Padre, como la experiencia del Espíritu conducen a Jesús hacia los excluidos, hacia los que tienen reducido su derecho a la vida. El mismo Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida en plenitud” (Jn 10,10) “La cosa está clara: Jesús se dejó llevar por el Espíritu del Señor para una cosa: aliviar el sufrimiento humano; para dar vida a quienes tienen la vida en cuestión o disminuida. Y devolver la dignidad de la vida a todos los que se ven atropellados por causa de la opresión o por carecer de la libertad que merece cualquier ser humano. El Evangelio funde la causa de Dios con la causa de la vida”<sup>31</sup>.

“Para Jesús, el lugar privilegiado para descubrir la presencia de Dios no es el templo, sino la vida de la gente. Ahí ve a Dios como presencia acogedora para los excluidos, como fuerza de curación para los enfermos, como perdón gratuito para los culpables, como esperanza para los aplastados por la vida. Dios quiere que rían los que lloran y que coman los que tienen hambre: que todos puedan vivir. Si algo desea el ser humano es vivir, y vivir bien. Y si algo busca Dios es que ese deseo se haga realidad. Cuanto mejor vive la gente mejor se realiza el Reino de Dios. Para Jesús, la voluntad de Dios es que todos disfruten de la vida en plenitud.

Jesús se pone claramente a favor de los excluidos porque son los que peor viven. No puede ser de otra manera. Su experiencia de Dios es la de un Padre que tiene en su corazón un proyecto integrador donde no haya honorables que desprecien a indeseables, santos que condenen a pecadores, fuertes que abusen de débiles, varones que sometan a mujeres.

---

31 CASTILLO JM, *El centro de la espiritualidad cristiana*, Misión Joven (2000) n. 279 p. 8.

Jesús lucha contra los ídolos que se oponen a este Dios de la vida y que son divinidades de muerte; ídolos como el dinero, el poder o el prestigio, que deshumanizan a quienes les rinden culto y exigen víctimas para subsistir. La fe en Dios lo empuja a ir directamente a la raíz: la defensa de la vida y el auxilio a las víctimas. Esta fue siempre su trayectoria.

Jesús se pone claramente a favor de los excluidos porque son los que peor viven. No puede ser de otra manera. Su experiencia de Dios es la de un Padre que tiene en su corazón un proyecto integrador donde no haya honorables que desprecien a indeseables, santos que condenen a pecadores, fuertes que abusen de débiles, varones que sometan a mujeres.

La actividad curadora de Jesús está inspirada por ese Dios que se opone a todo lo que disminuye o destruye la integridad de las personas. A Dios le interesa la salud de sus hijos e hijas. El sufrimiento, la enfermedad o la desgracia no son expresión de su voluntad; no son castigos, pruebas o purificaciones que Dios va enviando a sus hijos. Es imposible encontrar esas ideas en la predicación de Jesús. Si se acerca a los enfermos, no es para ofrecerles una visión piadosa de su desgracia, sino para potenciar su vida. Aquellos ciegos, sordos, cojos, leprosos o poseídos pertenecen al mundo de los sin vida. Jesús les regala algo tan básico y elemental como es el caminar, ver, sentir, hablar, ser dueños de su mente y de su corazón. Esos cuerpos curados contienen un mensaje para todos: Dios quiere ver a sus hijos llenos de vida. Es lo que revela también su defensa de los últimos. Sólo una vida digna para todos responde a la voluntad de Dios”.

“No se puede justificar en nombre de Dios que alguien pase hambre pudiendo ésta ser saciada; no se puede dejar a alguien sin ser curado porque así lo pide la supuesta observancia del culto. Para el Dios de la vida, ¿no será precisamente el sábado el mejor día para restaurar la salud y liberar del sufrimiento? Una religión que va contra la vida es falsa; no hay leyes de Dios intangibles si hieren a las personas, ya de suyo, tan vulnerables. Cuando la ley religiosa hace daño y hunde a las personas en la desesperanza, queda vacía de autoridad, pues no proviene del Dios de la vida.”<sup>32</sup>.

Nos lo recuerda el documento de Aparecida: “Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida. Lo vemos cuando se acerca al ciego del camino, cuando dignifica a la samaritana, cuando sana a los enfermos, cuando alimenta al pueblo hambriento, cuando libera a los endemoniados”<sup>33</sup>.

---

32 J. A. PAGOLA, oc, p. 324-326

Todo lo que hace Jesús en favor de la vida de la gente forma parte de su espiritualidad porque lo hace impulsado por el Espíritu Santo. Reducir la espiritualidad a la oración sin incluir en ella la lucha a favor de la vida, es un grave error, porque es la negación del amor.

## **5. La espiritualidad del seguidor de Jesús**

Nuestra espiritualidad es la misma de Jesús, porque tiene su misma fuente, que es la experiencia de Dios como Padre, nos conduce su mismo Espíritu y en la misma dirección: hacer la voluntad de Dios y extender su Reino. Pero tiene un elemento nuevo: es cristocéntrica porque nuestra vida está centrada en Cristo, en su persona y en su seguimiento y porque todas las dimensiones de la espiritualidad las vivimos y realizamos en comunión con la persona de Cristo, unidos a él. Por eso nuestra espiritualidad se puede sintetizar diciendo que consiste en seguir a Jesús con la fuerza del Espíritu o en ser hoy otro Cristo con la fuerza del Espíritu.

La espiritualidad del seguidor de Jesús ha de tener las dos dimensiones que tenía la de Jesús, y de manera inseparable: la mística y la política. San Antonio María Claret resumía muy bien esas dos dimensiones de la espiritualidad cuando se propuso en su proyecto de vida: “Tendré para con Dios corazón de hijo y para con los demás corazón de madre”. Dentro de esas dos dimensiones fundamentales, voy a señalar cuatro características de la espiritualidad del seguidor de Jesús.

### **5.1. La espiritualidad del cristiano consiste en vivir como hijos de Dios**

El modo de ser teocéntrica de nuestra espiritualidad es siendo filial, viviendo centrados en Dios como hijos muy queridos siempre dispuestos a hacer su voluntad que quiere lo mejor para nosotros.

#### *5.1.1. Confiar en Dios como niños*

Jesús nos propuso como modelo de espiritualidad filial a los niños porque a su edad están todavía abiertos y son sinceros y, de un modo realmente notable, y son espontáneamente confiados. Todo les llama la atención y de todo quieren saber el porqué. No sólo tenemos que recuperar la humildad y la confianza propia de los niños, sino también el sentido que ellos tienen del asombro y la alegría<sup>34</sup>. Del ser como niños surgen varias características de nuestra espiritualidad, es decir, de nuestro modo de seguir a Jesús: apertura Dios,

<sup>33</sup> J. A. PAGOLA, *oc*, p. 353

<sup>34</sup> A. NOLAN, *Jesús, hoy* p. 162-163

sinceridad, confianza, humildad, asombro y alegría, porque vamos de descubrimiento en descubrimiento y de sorpresa en sorpresa.

Hay una gran diferencia entre ser como niños y ser infantiles. Ser como niños es imitar las características de la infancia, que son profundamente humanas y tienen valor permanente, las actitudes que la mayoría de nosotros perdemos lamentablemente cuando crecemos: humildad y sinceridad, confianza básica y ausencia de preocupaciones, sentido del asombro y jovialidad gozosa. En cambio ser infantiles es imitar o perpetuar las cualidades temporales de la infancia, que son inmaduras y están basadas en la falta de experiencia del niño<sup>35</sup>.

### *5.1.2. Vivir la unicidad con Dios*

Meister Eckhart, un místico del siglo XIV, haciéndose eco de lo que dijo san Agustín en sus confesiones, dice: “Dios está más cerca de mí que yo mismo: mi ser depende de la cercanía y de la presencia de Dios en mí. Dios está cerca de nosotros, pero nosotros estamos lejos de Dios. Dios está dentro, nosotros fuera. Dios está en casa, nosotros hemos salido de ella. Dios está siempre cerca de nosotros, no sólo cuando somos buenos, amables o santos. Dios está cerca de nosotros incluso cuando no creemos en él o lo ignoramos. Nosotros podemos estar lejos de Dios en el sentido de que nuestros pensamientos están muy lejos y nosotros no somos conscientes de la presencia de Dios. Pero no hay forma alguna de que Dios no pueda estar en realidad lejos de nosotros, porque si Dios estuviera lejos, dejaríamos de existir. El desafío es crecer en la conciencia de la presencia y la cercanía de Dios”.

Dios no sólo está más cerca de mí que yo mismo, sino que es uno conmigo y contigo. En lo más profundo de nuestro ser somos uno con él. Los místicos experimentaron una unicidad con Dios tan sobrecogedora que no había palabras que pudieran describir adecuadamente esa experiencia, a pesar de que muchos místicos han sido grandes poetas. Lo más extraordinario que encontraron en Jesús sus discípulos y amigos no fue sólo que llamaba a Dios Abbá, sino que se identificaba con Dios (el Padre y yo somos uno, Jn 10, 30). Lo que necesitamos es desarrollar una conciencia más profunda de nuestra unicidad con Dios<sup>36</sup>.

## **5.2. La espiritualidad cristiana está centrada en Cristo y consiste en seguirle**

---

35 Ib. p. 169

36 Ib. 188-189

Nuestra espiritualidad es la de Jesús y, por tanto, es como la suya teocéntrica, es decir, centrada en Dios. Pero es teocéntrica en Cristo. Como Jesús es el punto de encuentro de nosotros con Dios, por eso nuestra espiritualidad, al ser cristocéntrica, es siempre teocéntrica. La espiritualidad cristiana es cristocéntrica porque está centrada en la persona de Cristo y en su seguimiento. Tendríamos que hacer nuestra la opción de san Pablo: “decidí no saber otra cosa que Jesucristo y éste crucificado” (1 Cor 2,2)

Afirmar que nuestra espiritualidad es cristocéntrica “equivale a decir que tiene, como inequívoco punto de referencia, la persona misma de Cristo: sus palabras, sus valores, sus planteamientos, sus puntos de vista, su valoración de las personas, cosas, acontecimientos, sus comportamientos frente a las diversas circunstancias de la vida”<sup>37</sup>.

El Espíritu Santo, dinamizador de nuestra vida espiritual nos lleva al encuentro con Cristo y nos une a él tan profundamente que formamos un solo cuerpo con él y de ese modo es él quien vive en nosotros (Gal 2,20) y quien nos lleva a vivir como él vivió. Igual que en relación con Dios, también con respecto a Cristo podemos hablar no sólo de unidad con él, sino de unicidad, de que somos un solo yo, un nosotros. Lo repito, al centrar nuestra vida en Cristo, la centramos en el Padre y en el cumplimiento de su voluntad, como lo hizo Cristo. La dimensión cristocéntrica de nuestra espiritualidad es parte de la dimensión filiar, porque somos hijos en el Hijo.

### **5.3. La espiritualidad cristiana está centrada en el Reino de Dios**

La espiritualidad cristiana, por ser cristocéntrica, es también reinocéntrica, ya que para los cristianos, como para Jesús, el Reino es el centro de su vida y misión. También en ese punto somos seguidores suyos. El vino para anunciar y abrir caminos al Reino de Dios e hizo del Reino él sueño y la obsesión de su vida: “debo anunciar a las otras ciudades la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para eso fui enviado” (Lc 4,43). Igualmente la espiritualidad cristiana tiene que estar totalmente centrada en acoger, anunciar y abrir caminos al Reino de Dios en nosotros mismos y en la sociedad.

Podemos decir que la espiritualidad cristiana consiste en acoger el Reino de Dios como don que se apodera de nuestra vida y la transforma. En otras palabras, es vivir como hijos en el Hijo y como hermanos en el Hermano mayor y comprometernos en la tarea de hacer realidad en el mundo, con la fuerza del Espíritu, la filiación y la fraternidad que Dios ha proyectado para la humanidad y

---

<sup>37</sup> A.M. Calero, *El laico en la Iglesia, vocación y misión*, Editorial CCS, Madrid 1997, p.158.

ha sembrado en ella. Nuestra espiritualidad no es otra cosa que la praxis continua del “venga a nosotros tu Reino”. La primera urgencia de la espiritualidad es abrirle caminos al Reino de Dios en nosotros mismos, derribando los muros de nuestro egoísmo que nos impide vivir como hijos y como hermanos, y abriendo las puertas para que la Buena Nueva del Reino nos invada y nos transforme; nos haga radicales seguidores de Jesús y tenaces continuadores de su misión en el mundo para que todos tengan vida.

#### **5.4. Nuestra espiritualidad, como la de Jesús, es compromiso con la vida.**

Nuestra espiritualidad, como la de Jesús, es compromiso con la vida. Quizás este aspecto es el que tenemos más olvidado en nuestra espiritualidad; también tenemos olvidada la oración como expresión de filiación y como experiencia del Dios Abba. Pero nos preocupa mucho más el olvido de la oración que el olvido de la defensa de la vida.

Un veterano teólogo dice: “La señal de nuestro encuentro con Dios es la liberación de cuanto oprime la vida, la limita o la hace indigna de la manera que sea. Esto significa que la espiritualidad que presenta el evangelio funde la causa de Dios con la causa de la vida hasta tal punto que la predicación y el comportamiento de Jesús nos vienen a decir lo siguiente: los seres humanos encontramos a Dios en la medida y sólo en la medida en que defendemos la vida, respetamos la vida y dignificamos la vida”<sup>38</sup>.

El Espíritu nos lleva a comprometernos allí donde Dios y su Reino están presentes y actuando en los gestos de amor y de solidaridad, aunque al hacerlos no se mencione su nombre. Está en quien no cede a la mentira y al soborno, en el que trabaja por la paz y la justicia, en el amor a los minusválidos, en el cuidado efectivo de los disminuidos de la propia familia o de otras; está en el gesto de acogida dado al emigrante. Está en el enfermo de sida y en quienes los cuidan sin miedo al contagio; está en el padre y en la madre de familia que viven para sus hijos. Está en el amor oblativo de los hijos a sus padres incluso cuando, por la edad o la enfermedad de estos, se vuelven una pesada carga. Dios está en la vida y es sospechosa una espiritualidad que se centra en la contemplación de un Dios que está al margen de la vida de la gente.

“La nueva espiritualidad nos lanza a compartir la vida y la suerte de nuestras hermanas y hermanos, especialmente de quienes sienten con más fuerza la

---

38 CASTILLO J. M. ac p 9.

debilidad, la marginación social, el azote de la pobreza y la injusticia. Sabemos que una espiritualidad que nos aparte de ellas y ellos no es evangélica”<sup>39</sup>.

Afirmar, como lo hemos hecho anteriormente, que la espiritualidad cristiana es cristocéntrica significa también que está marcada por la opción por los pobres. Igual que la espiritualidad de Jesús, la nuestra se centra en la realidad de los pobres y en su clamor por la vida, por la justicia, por la paz y por la libertad y lucha contra la dominación y la opresión. Asume la causa de los pobres como la asumió Jesús, comparte sus luchas, y los eleva a la condición de sujetos y protagonistas en la sociedad y en la Iglesia.

Como discípulos, nos sentimos insistentemente invitados a seguir a Cristo que encarnó en su persona, en su vida y en su muerte hasta extremos increíbles la opción de Dios por los pobres. Desde estas situaciones de esclavitud, nos sentimos llamados a seguir a Cristo liberador, que vino para que todos tengan vida en abundancia (Jn 10,10).

### **Para el diálogo**

- a) *¿Qué idea de espiritualidad predomina en la “gente de Iglesia”: la relacionada sólo con la oración o la que comprende todo el seguimiento de Jesús?*
- b) *¿Te parece correcto afirmar que el compromiso por la vida de los demás es parte esencial de la espiritualidad cristiana? ¿Por qué?*
- c) *¿Somos conscientes de que la fuerza increíble de Dios, que es su Espíritu, habita en nosotros?*
- d) *¿Le invocamos siquiera una vez al día para que nos muestre el camino y nos ayude a recorrerlo?*
- e) *¿Qué es lo más específico de la espiritualidad del cristiano?*
- f) *¿El compromiso con la vida de la gente es, de hecho, un elemento fundamental de nuestra espiritualidad?*

---

<sup>39</sup> Comisión teológica de la USG, *Dentro de la globalización*, Vida Religiosa, nº 2 vol 90 (2001) p. 20.



Después de contemplar la personalidad de Jesús en una mirada rápida, pero que, no obstante, nos dejó deslumbrados, nos hemos preguntado por las raíces o las fuentes de donde brota esa personalidad y las hemos encontrado en la experiencia de Dios como Padre entrañable y del Espíritu de Dios que le llenaba. Ahora vamos a ver a Jesús en acción, en primer lugar como misionero del Reino, después como profeta, como maestro, como excluido con los excluidos, como el crucificado y, finalmente, como el resucitado.

Vamos a tratar de profundizar, en primer lugar, en la ilusión de su vida, en el ideal que la orientó, en aquello para lo que vivió: el Reino de Dios, que no es, como ya dije, una cosa separable del Dios Abbá, porque el Reino es la voluntad de Dios, su

deseo de ser Padre de todos, la concreción en la historia de su amor entrañable al mundo y a la humanidad; tampoco es separable de la acción del Espíritu ya que Jesús vivió para Dios, para su voluntad, para su Reino, con la fuerza irreprímible del Espíritu Santo. La experiencia del amor del Padre y de la fuerza amorosa del Espíritu es la fuente de la que brota la vida de Jesús; una vida totalmente entregada a una causa: el Reino de Dios.

## 1. JESÚS Y EL REINO DE DIOS

### 1.1. Una realidad que le quitaba el sueño a Jesús

Llama mucho la atención la desproporción que hay entre la vida privada de Jesús (30 años) y la brevedad de su vida pública (3 años). A veces pensamos: ¿por qué no comenzaría su actividad misionera antes, por ejemplo a los 20 años? ¡Cuántas cosas podía haber hecho durante esos 10 años desperdiciados en trabajar la madera! Hubiera dejado, antes de morir, las cosas más hechas y no sólo hilvanadas. Incluso la comunidad de los Doce la dejaba sólo hilvanada porque se desarmó ante la pasión y la muerte de Jesús.

Lucas pierde la pista de Jesús cuando éste cumple 12 años, momento en el que dice que Jesús “crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría” (Lc 2, 40) ¡Cuántas cosas fue aprendiendo Jesús en el libro de la vida que se abría cada día ante sus ojos! Muchas más que en una escuela rabínica.

Jesús, durante su vida oculta no sólo trabajaba la madera, la piedra o el campo; crecía, aprendía (cf Lc 2,52), observaba y se daba cuenta de cómo vivía la gente, de cómo estaba organizada la sociedad y de cómo eran las relaciones entre las personas en el ámbito de la familia, de la religión y de la sociedad. Con la simple técnica natural de la observación directa y participativa en la vida del pueblo, se dio cuenta de que la ley que regía la vida, la familia, la religión y sociedad, no era la Ley de Dios ni siquiera en los que llevaban frases de la Ley colgadas como franjas de sus vestimentas. Lo que regía era el egoísmo, el afán de prestigio, poder y dominio de los demás, el empeño por enriquecerse, por ocupar los primeros puestos y, como consecuencia de todo eso, el desprecio y la marginación de los últimos, los débiles: la mujer, los niños, los pobres, los enfermos, los pecadores y los extranjeros.

Jesús, como buen judío, iba a la sinagoga de Nazaret todos los sábados y escuchaba proclamar solemnemente en nombre de Dios cosas que realmente, en su opinión, Dios no podía pensar ni querer como aquella sentencia que consagra la venganza: "ojo por ojo y diente por diente" (Mt 5,38), o aquella otra que justifica el odio: "ama a tu prójimo y odia a tu enemigo"(Mt 5,43) o las críticas despectivas

contra los extranjeros a quienes se les daba generalmente el nombre de "perros" (cf Mt 16,26) o la situación de esclavitud en la que vivía la mujer.

Jesús observaba cómo los jefes religiosos de Israel, sobre todo los sacerdotes de alto rango, los escribas y los fariseos, manipulaban la religión en beneficio propio. Realizaban sus prácticas religiosas de ayuno, oración y limosna, hechas en público, con gran ostentación y para ser vistos. Con ellas no buscaban a Dios, sino el prestigio, porque, efectivamente, en una sociedad tan religiosa, esas prácticas les daban un gran prestigio social y despertaban la admiración y reverencia de la gente sencilla (cf Mt 6,5). Al mismo tiempo despreciaban a quienes consideraban "pecadores" (Lc 18,10) o a los pobres por ser ignorantes de la ley. Jesús los denunciará después porque "devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones" (Lc 20,47)

## **1.2. El sueño del galileo**

Seguramente Jesús, poco a poco, comenzaría a pensar: Dios, que es Padre de todos, no puede querer esta desigualdad entre sus hijos. En medio de aquella sociedad israelita egoísta, marginadora de los débiles, violenta y vengativa, Jesús soñaba, noche y día, en una sociedad diferente, exactamente del revés. Soñaba en una comunidad no regida por el egoísmo, sino por la solidaridad, no impulsada por el odio y la venganza, sino por el perdón y el amor a todos, incluso a los enemigos (Mt 5,39-41); una sociedad en la que los pobres y los enfermos, incluso los despreciados leprosos, fueran los primeros en la consideración de todos (cf Lc 14,21), una comunidad en la que cada uno no luchara por ser el primero, sino el último y el servidor de los demás (cf. Mc 9,35). Él soñaba con una vida más digna para todos.

Cualquiera persona "sensata" con la que compartiera sus inquietudes le podría decir: joven, tu sueño es imposible. Sin embargo, un buen día, el joven Galileo, impulsado por el Espíritu Santo, se dijo a sí mismo: ¿Cómo que es un sueño imposible?, y comenzó a convertir el sueño en realidad. Dejó su familia y su trabajo manual y se lanzó, como profeta ambulante, a proclamar y realizar su sueño. Y comenzó a buscar gente para crear ese grupo diferente, regido por la ley de la igualdad, del amor y del servicio, en el que hubiera, en las mismas condiciones, varones y mujeres. Algunos le siguieron, aunque sin entender del todo su sueño, incluso entendiéndolo mal. Pero, los seducía la pasión con que Jesús exponía su proyecto.

La mayor parte de la gente que se consideraba sensata lo tomó por insensato, ni siquiera lo tomó como un revolucionario, sino como un loco, un endemoniado o, en el mejor de los casos, como un iluso que sabía muy poco de la vida. Hasta sus

familiares pensaron que había perdido la cabeza, por varias razones: en primer lugar, por haber renunciado a las seguridades básicas que daba el tener una casa y una familia, una mujer esclava y unos hijos a su servicio. En segundo lugar, por el modo de vida que había emprendido y por la "mala gente" con la que se juntaba. La exclamación más normal de la gente "normal" sería: ese hombre está loco. En tercer lugar, por las cosas tan extrañas que decía como: el perdonar a los enemigos, el rogar por los que nos persiguen, el prestar sin intereses o aquello de si te pegan en una mejilla pon también la otra para desmentir el "ojo por ojo". ¿Acaso los salmos no son palabra de Dios y en ellos se pide la venganza divina y la destrucción de los enemigos? Este hombre - pensarían - va contra la Escritura santa. Seguramente está endemoniado.

El evangelista Marcos lo dice con su habitual estilo sencillo y directo: "al enterarse sus parientes de todo lo anterior, fueron a hacerse cargo de él, porque decían: se ha vuelto loco". (Mc 3,21). Con la mejor voluntad y movidos por el amor familiar querían acabar con su sueño, pero Él les resistió y les dio a entender que, si querían seguir siendo sus familiares, tenían que entrar en su proyecto y en su grupo (cf Lc 8,21), tenían que participar de su sueño y de su locura.

Jesús había descubierto que la voluntad de Dios, su proyecto para la humanidad era otro muy distinto del que veía realizado en la sociedad judía. El quería otro tipo de personas y de relaciones entre ellas y, como ya dije, comenzó a construir una comunidad en la que todos fueran hijos de Dios y se comportaran como hermanos entre sí. Y le puso nombre a su sueño, a su proyecto: el nombre de "Reino de Dios". Ya en el A.T. se habla de Reino de Dios, pero Jesús le dio otro significado, como luego veremos. Ese era el sueño que daba sentido a su vida, lo más importante para Él. Por eso decía: " También a otras ciudades tengo que ir a anunciar la buena nueva del Reino de Dios, porque yo para eso he venido" (Lc 4,43).

En principio, Jesús no pensaba crear una religión nueva, y menos aún fundar una iglesia, él pensaba transformar la religión conforme a su sueño; él quería introducir en el mundo una experiencia nueva de Dios que permitiera vivir también de una manera nueva, con una esperanza y con un horizonte diferente; ese era su proyecto: el Reino de Dios. Y extender al mundo entero ese modo de vivir que comenzó a realizar con un pequeño grupo de los discípulos. El soñaba que todo Israel iba a entrar por ese camino y, después de Israel, el mundo entero, en círculos concéntricos, cada vez más amplios.

Ya sabemos que durante su vida no lo pudo realizar ni siquiera del todo en el grupo más reducido de discípulos. No pudo ver crecido el Reino, pero dejó la semilla que

crecería después de su resurrección. Él mismo compara el Reino con una pequeña semilla.

### **1.3. La pasión por el Reino de Dios marca el sentido de la vida de Jesús<sup>40</sup>**

Hoy día todos los investigadores piensan que el Reino de Dios fue la verdadera pasión de Jesús, el núcleo, el corazón de su mensaje, la pasión que inspiró toda su vida y también la razón por la que fue ejecutado.

La pasión o el entusiasmo de Jesús por el Reino de Dios se encendió contemplando la realidad de su pueblo; una realidad que se parecía más al reino de Satanás que al Reino de Dios Padre bueno. A Él, especialmente sensible a la imagen del Dios compasivo, con entrañas de madre, que perdona y olvida, no le cabía en la cabeza que el mundo que tenía delante fuera el mundo que Dios quería. Al principio, quizás Jesús todavía no había comenzado a invocar a Dios con el nombre de “Abbá”, pero lo sentía ya como el Dios todocariñoso que quería ser Padre de todos, los amaba a todos por igual y le disgustaban profundamente las desigualdades y exclusiones, sobre todo las que se hacían, sin contar con Dios, pero en su nombre y por motivos religiosos.

“Jesucristo se mantuvo fiel al proyecto del Reino de Dios porque se apoyó en su experiencia mística o intimidad con el “Abbá”, Padre y Madre, ternura infinita en quien siempre se puede confiar”<sup>41</sup>.

El Reino de Dios es la realidad soberana que da sentido a la vida de Jesús. A la pregunta: ¿Para qué vino Jesucristo? No hay otra respuesta que esta: para el Reino. Es tan importante para Jesús que por él vale la pena sacrificarlo todo, incluso la propia vida (cf Mt 13,44; Mc 9,47; Lc 9,62). La causa a la que Jesús dedicará en adelante su tiempo, sus fuerzas y su vida entera es el “reino de Dios”. Es, sin duda, el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su actividad. Todo lo que dice y hace está al servicio del Reino de Dios. El reino de Dios es la clave para captar el sentido que Jesús da a su vida y para entender el proyecto que quiere ver realizado en Galilea y en todos los pueblos.

Todo el ministerio profético de Jesús se desarrolló envuelto e inspirado por el anhelo del Reino. Ahí centró todos sus empeños. Nadie ve en Jesús un maestro dedicado a explicar las tradiciones religiosas de Israel. Es un profeta apasionado por una vida más digna para todos, que busca con todas sus fuerzas que Dios sea acogido y que su reinado de justicia y misericordia se vaya extendiendo con

40 J.A. PAGOLA 88,89,109

41 Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, 341

alegría. Su objetivo no es perfeccionar la religión judía, sino contribuir a que se implante cuanto antes el tan añorado reino de Dios y, con él, la vida, la justicia y la paz<sup>42</sup>.

Jesús deseaba ardientemente la venida del Reino. Nos ha dejado dos peticiones directas y concisas, que reflejan su anhelo y su fe: “Padre, santificado sea tu nombre”, “venga tu reino”. Jesús ve que Dios no es reconocido ni santificado. No se le deja ser Padre de todos. Aquellas gentes de Galilea que lloran y pasan hambre son la prueba más clara de que su nombre de Padre es ignorado y despreciado<sup>43</sup>, porque son despreciados sus hijos.

Jesús estaba tan convencido de la fuerza y la validez de su Causa, que llamó a todos a seguirle. A unos quizá sólo mediante la exhortación a cambiar de vida (Mc 1,15). Pero a otros mediante la invitación a seguirle, viviendo sólo para esa Causa del Reino, que era lo mismo que vivir para Él, y que vivir para Dios<sup>44</sup>.

Como acabo de indicar, en la oración que Jesús hacía diariamente y que enseñó a hacer a sus discípulos le decía insistentemente a Dios: “Venga tu reino”. La expresión es nueva y descubre su deseo más íntimo. Jesús dice a su Padre, ven a reinar. La injusticia y el sufrimiento siguen presentes en todas partes. Nadie logrará extirparlos definitivamente de la tierra. Revela tu fuerza salvadora de manera plena. Sólo tú puedes cambiar las cosas de una vez por todas, manifiéstate como Padre de todos y transforma la vida para siempre. ¡Venga tu Reino!

#### **1. 4. Una opción muy radical por el Reino: un hombre sin esposa y sin hijos<sup>45</sup>**

“Un hecho extraño e inusitado en aquellos pueblos de Galilea y que, seguramente, no fue bien visto por sus vecinos es que Jesús no se casó. No se preocupó de buscar una esposa para asegurar una descendencia a su familia. Esta decisión de Jesús tuvo que desconcertar a sus familiares y vecinos. Era otro motivo para pensar que estaba loco. El pueblo judío tenía una visión positiva y gozosa del sexo y del matrimonio, difícil de encontrar en otras culturas. En la sinagoga de Nazaret había escuchado Jesús más de una vez las palabras del Génesis: “No es bueno que el hombre esté solo”. En la literatura rabínica

---

42 J. A. PAGOLA oc 88

43 lb. p. 109

44 J. I. González Faus, *Cristología elemental*, p. 2

45 J.A. PAGOLA, oc. p. 57-60

extrabíblica se encuentran máximas como ésta, que refleja el pensamiento de la época: “Siete cosas condena el cielo (o sea, Dios), y la primera de ellas es al hombre que no tiene mujer”.

El hecho de que el celibato en Israel fuera tan extraño, malvisto y hasta condenado, es una prueba más a favor de que Jesús realmente no se casó. ¿Cómo iban a recoger los evangelistas un dato que no favorecía nada a la figura de su maestro? Hubieran quedado en mejor lugar a Jesús si hubieran dicho que era casado. Esto significa que si se hubiera casado no lo habrían ocultado, porque eso le honraba y hacía de él una persona normal.

¿Qué es lo que movió a Jesús a adoptar un comportamiento absolutamente extraño en Galilea, y sólo conocido entre algunos grupos como los esenios de Qumrán. Su renuncia al matrimonio no se parece a la de los esenios de Qumrán, que no toman esposas porque podrían crear discordias en la comunidad. Jesús las quiere en su comunidad, las recibe en su grupo sin ningún problema, no tiene temor alguno a las amistades femeninas y seguramente responde con ternura al cariño especial de María Magdalena. Pero de ahí a casarlo con ella hay un abismo que sólo la fantasía de las novelas y películas pueden saltar, mintiendo, claro está, porque son literatura de ficción en la que uno puede fingir lo que quiera o decir lo que resulte más rentable. Lo malo es que la gente sencilla lo toma como historia y pone en crisis su fe.

El motivo de una decisión tan radical y contracorriente era el servicio a la causa del Reino. Jesús se consagró de tal manera al Reino de Dios que se fue apoderando de su corazón cada vez con más fuerza. Fue la pasión de su vida, la causa a la que se entregó en cuerpo y alma. Aquel trabajador de Nazaret terminó viviendo solamente para ayudar a su pueblo a acoger el Reino de Dios. Abandonó a su familia, dejó su trabajo, marchó al desierto, se adhirió al movimiento de Juan, luego lo abandonó porque la idea de Dios y su intervención en la historia que tenía Juan no encajaba en la que tenía Jesús, buscó colaboradores, empezó a recorrer los pueblos de Galilea. Su única obsesión era anunciar la “Buena Noticia del Reino de Dios”. Atrapado por el Reino de Dios, se le escapó la vida sin encontrar tiempo para crear una familia propia. Según las fuentes, a Jesús le llamaron de todo: comilón, borracho, amigo de pecadores, samaritano, endemoniado. Probablemente se burlaron de él llamándole también “eunuco” o castrado. Era un insulto hiriente que no solo cuestionaba su virilidad, sino que lo asociaba con un grupo marginal de hombres despreciados como impuros por su falta de integridad física.

Jesús reaccionó dando a conocer la razón de su comportamiento: hay eunucos que han nacido así del seno de sus madres; hay otros que son castrados para

servir a las familias de la alta administración imperial. Pero “hay algunos que se hacen eunucos por el Reino de Dios”. (Mt 19,12). Este lenguaje tan gráfico sólo podía venir de alguien tan original y escandaloso como Jesús.

Si Jesús no convive con una mujer no es porque desprecie el sexo o minusvalore la familia. Es porque no se casa con nada ni con nadie que pueda distraerlo de su misión al servicio del Reino del modo concreto que el Padre le pedía que lo realizara. Porque también los casados pueden servir al Reino de Dios, pero no de manera itinerante, sin estar atado a un lugar, a una familia y a unos deberes domésticos. Jesús no abraza a una esposa, pero se deja abrazar por prostitutas que van entrando en la dinámica del Reino, después de recuperar junto a él su dignidad. No besa a unos hijos propios, pero abraza y bendice a los niños que se le acercan. No crea una familia propia, pero se esfuerza por suscitar una familia más universal, compuesta por hombres y mujeres que hagan la voluntad de Dios. Pocos rasgos de Jesús como éste del celibato nos descubren su pasión por el Reino y su disponibilidad total para luchar por los más débiles y humillados. Jesús conoció la ternura, experimento el cariño y la amistad, amó a los niños y defendió a las mujeres. Sólo renunció a lo que podía impedir a su amor la universalidad y entrega incondicional a los privados de amor y dignidad. Jesús no hubiese entendido otro celibato; sólo el que brota de la pasión por Dios y por sus hijos e hijas más pobres, es decir, la pasión por el Reino. Casado, su amor hubiera sido, por voluntad de Dios, más reducido al círculo familiar y local, menos universal.

### **1.5. El Reino de Dios ya está aquí**

Jesús sorprendió a todos con esta declaración: “El reino de Dios ya ha llegado”. Su seguridad tuvo que causar verdadero impacto, porque era un acontecimiento muy esperado, aunque fuera imaginado de manera muy diferente a como lo presentaba Jesús.

Según el evangelio de Marcos, Jesús comienza su vida pública diciendo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. Conviértanse y crean esta buena noticia” (Mc 1,14). Jesús, según el evangelio de Lucas, dice: “El Reino de Dios está entre ustedes” (Lc 17, 21) Este lenguaje es nuevo. Jesús no habla, como sus contemporáneos, de la futura manifestación de Dios; no dice que el reino de Dios está más o menos cercano; dice que ya ha llegado.

Y ¿cómo experimenta Jesús la llegada del Reino de Dios? La experimenta sintiéndose hijo muy querido de Dios y hermano entrañable de todos, sin excluir

a nadie, pero con preferencia por los excluidos. Ahí encontramos el núcleo más originario del Reino de Dios: el ser hijo de Dios y el ser hermano de todos. En Jesús encontramos la manifestación plena del Reino de Dios porque él es el Hijo único y el hermano universal.

Sí, el Reino de Dios ha llegado en la persona de Jesús. En su amor a las personas, Dios está expresando su amor de Padre entrañable, se está extendiendo su reinado, la soberanía del amor. Ese amor impulsa irresistiblemente a Jesús a rehabilitar a los pobres y pecadores, abrir los ojos a los ciegos y poner en pie a los tullidos.

La frase de Lucas “el Reino de Dios está entre ustedes” (Lc 17, 21) significa que está, ante todo, en la persona, la vida y la actuación de Jesús en medio de la gente. Pero esta frase también se ha traducido a veces de otra manera: “está dentro de ustedes”. Y también eso es cierto porque en lo más hondo de nuestro corazón está Dios mismo creándonos permanentemente, dándonos vida, haciéndonos hijos suyos y amándonos como hijos, y haciéndonos hermanos unos de otros. Llevamos dentro la semilla, el tesoro precioso del Reino.

Desde esta convicción de que el Reino de Dios ya ha llegado, la petición “venga tu Reino” hay que entenderla como el deseo de que la presencia del Reino o el Reino que ya ha llegado penetre, empape y transforme a cada persona en hijo de Dios en hermano de los demás y haga de la humanidad entera una familia que reconoce a Dios como Padre y a los demás como hermanos.

“Con la venida de Jesús está viniendo de modo oculto el reino de Dios. Orígenes resumió todo esto diciendo que Jesús es el Reino de Dios en persona. Con más precisión tendríamos que decir: Jesús es la llegada del Reino de Dios en la figura del ocultamiento, la humillación y la pobreza. En Jesús de Nazaret son inseparables su persona y su causa; él es su causa en persona. Es la realización concreta y la figura personal de la llegada del reino de Dios”<sup>46</sup>. “El es el reino de Dios, la palabra y el amor de Dios en persona”<sup>47</sup>. Jesús no fue un filósofo ni un teólogo dedicado a reflexionar y elaborar tratados sobre el Reino.

Jesús asegura que el Reino de Dios está ya aquí, pero se da cuenta de la lentitud con que es acogido, por eso lo compara con una pequeña semilla que crece silenciosamente y poco a poco. Está irrumpiendo en la vida como una porción de levadura, que un día transformará toda la masa<sup>48</sup>.

---

46 WALTER KASPER, *Jesús el Cristo* p.123

47 Ib. p. 127

## 1.6. Los primeros destinatarios del Reino

### *a) Primero los que no pueden llevar una vida digna*

Está muy claro en el evangelio que, sin excluir a nadie, los pobres son los primeros destinatarios del Reino y del trabajo de Jesús por extenderlo. Lo dijo Jesús mismo cuando, al presentar su misión en la sinagoga de Nazaret, se levantó para hacer la lectura, escogió el texto de Isaías y con él dice que su misión es anunciar la Buena Noticia del Reino, proclamar la liberación a los cautivos, dar la vista a los ciegos y liberar a los oprimidos y anunciar la Buena Nueva a los pobres (Lc 14, 16-18) Si Jesús ha venido para que todos tengan vida, es lógico que para él los primeros destinatarios de esta Buena Noticia sean los que menos vida tienen. Dicho de otra manera: ¿a dónde hay que llevar primero la buena noticia del Reino de Dios? Allí donde es más urgente lograr una vida digna para todos, porque el Reino es Vida. En el evangelio de Juan, Reino y Vida son sinónimos. Jn, para referirse a esa realidad misteriosa usa mucho más la palabra Vida (90 veces) que Reino (4 veces). Según Lucas, Jesús presentó su misión diciendo en la sinagoga de Nazaret que había venido a anunciar el Reino de Dios, paralelamente, según Juan, dice: Yo he venido para que tengan Vida (Jn 10, 10)

Jesús declara de manera rotunda que el reino de Dios es, en primer lugar, para los pobres. Tiene ante sus ojos a aquellas gentes que viven humilladas en sus aldeas, sin poder defenderse de los poderosos terratenientes; conoce bien el hambre de aquellos niños desnutridos. Son ellos los que necesitan escuchar antes que nadie la buena noticia del reino de Dios.

### *b) La implantación del Reino de Dios crece desde abajo*

“Jesús ve en las gentes de las aldeas el mejor punto de arranque para iniciar la renovación de todo el pueblo. En las aldeas de Galilea está el pueblo más pobre. La implantación del Reino de Dios tiene que comenzar allí donde el pueblo está más humillado. El Reino de Dios solo puede ser anunciado desde el contacto directo y estrecho con las gentes más necesitadas de respiro y liberación. La buena noticia de Dios no puede provenir desde los palacios y las villas suntuosas. La semilla del reino solo puede encontrar buena tierra entre los pobres de Galilea. Jesús mismo se hace un pobre. No vive de un trabajo remunerado; no posee casa ni tierra alguna; no lleva consigo ninguna moneda con la efigie del César. Ha abandonado la seguridad del sistema para entrar confiadamente en el Reino de Dios”<sup>49</sup>.

---

48 J. A. PAGOLA oc. 110

Así pues, el Reino de Dios no descendería de lo alto, como una exhibición del poder divino, sino que es una semilla que crece, que asciende desde abajo, desde los pobres, los pequeños, los pecadores, los marginados, los perdidos. Ellos llegarían a ser como hermanos y hermanas que cuidan unos de otros, se identifican unos con otros, se protegen y comparten mutuamente<sup>50</sup>.

*c) Jesús se vuelve un excluido*

Como hemos recordado, según Lc. los primeros destinatarios del Reino son los sordos, los mudos, los ciegos, los cojos, los pobres, los cautivos y oprimidos. A ellos se siente enviado Jesús. El sueña con cambiar esa situación. Comprende que para lograr la inclusión de tantos excluidos es necesario mezclarse con ellos, hacerse un excluido. No se hizo rico ni sumo sacerdote ni rey. Sólo siendo uno de ellos podrá contribuir a alzarlos de su postración. Pero esta opción de Jesús no es excluyente de nadie. Su solidaridad con los pobres y oprimidos no es exclusiva. Amarlos excluyendo a otros significaría caer en otro tipo de exclusión. Pero Jesús no hizo esto. No excluía a nadie<sup>51</sup>. Si alguien se negaba a entrar en su comunidad con el espíritu y la dinámica del Reino, que exige fraternidad, que exige compartir, él mismo se excluía.

*d) Los pobres no son los primeros porque sean mejores*

La credencial de los pobres para ser los primeros, no es su bondad, sino la bondad de Dios encarnada en la persona de Jesús. “Dios está a favor de los pobres sin tener en cuenta su comportamiento moral. Dios se pone de su parte no porque lo merezcan, sino porque lo necesitan. Dios, Padre misericordioso de todos, no puede reinar sino haciendo ante todo justicia a los que nadie se la hace. Jesús nunca alabó a los pobres por sus virtudes o cualidades. Probablemente aquellos campesinos no eran mejores que los poderosos que los oprimían; también ellos abusaban de otros más débiles”<sup>52</sup>.

*e) Y los ricos ¿qué?*

Siempre que se habla de la opción de Dios o de Jesús por los pobres hay personas que creen que eso implica excluir a los ricos y, para incluirlos, se inventan pobreza inexistentes diciendo, por ejemplo, que también ellos son pobres en la fe. Incluso su pobreza es mayor porque carecen de la mayor

---

49 J. A. PAGOLA oc p. 87

50 A. NOLAN, Jesús, hoy, p. 90

51 Nolan, ¿Quién es ese hombre? 108

52 J. A. PAGOLA oc. 103

riqueza. Uno no es pobre de aquello que no desea tener. La opción por los pobres no excluye la evangelización de los ricos, pero les pide que se conviertan a los pobres. Lo diré con un ejemplo casero. Si en una familia de 5 hijos hay uno con síndrome de Dawn, seguro que la madre hace de él su hijo preferido porque es el que más la necesita, pero no excluye de su amor a los demás, aunque sea evidente que a ellos les presta menos atención por lo necesitan menos. Eso sí, le gustaría que ese hijo suyo deficiente, fuera también el primero para sus hermanos.

### **Para el diálogo**

*¿Por qué Jesús no nos dejó una definición clara y concisa de lo que es el Reino de Dios?*

*¿Por qué utilizó preferentemente parábolas para decirnos algo de Reino de Dios?*

*¿Dónde nos mostró de manera más clara el Reino de Dios?*

*En Mt 13 encontramos 7 parábolas sobre el Reino ¿Qué aspectos resalta cada una de ellas?*

## **2. Pero, ¿qué es el Reino de Dios?**

En hebreo la expresión Reino de Dios tiene un sentido dinámico. Significa la acción de Dios para establecer o modificar un orden de cosas. Por eso, algunos hablan de Reinado como equivalente de Reino de Dios. Pero ¿qué es el Reino de Dios, en definitiva? Ya anteriormente hemos dado varias respuestas a esta pregunta. Vamos a profundizar un poco más en ellas.

### **2.1. Jesús nunca definió el Reino**

Para hablar del Reino de Dios, en lugar de definiciones que siempre limitan y aprisionan las ideas, Jesús habla de él por medio de comparaciones o parábolas, que sugieren ideas, situaciones y relaciones nuevas con Dios y con los demás. Las parábolas del Reino no limitan como las definiciones, sino que dejan la ventana abierta para seguir contemplando el horizonte sin límites del misterio inagotable del Reino.

Es cierto que “Jesús nunca dio una definición lógica y acabada sobre el reino de Dios. Se sirvió de un lenguaje poético y simbólico, porque en realidad quería

comunicar una experiencia personal. El Reino de Dios del que habla Jesús es para él una experiencia muy profunda que no se puede apresar en palabras exactas, ni marcar con límites bien precisos. El elemento central y definitivo de esa experiencia es, sin duda, el sentir a Dios como Padre entrañable y a los demás como hermanos. Cada una de sus parábolas nos da un retazo de aquella experiencia intensa que Jesús no acaba nunca de presentar definitivamente. Se ve que la expresión “Reino de Dios” es un símbolo de una realidad no acotada, sino abierta y que remite a distintas dimensiones entrelazadas e inseparables en la única intimidad singular de Jesús”<sup>53</sup>.

No sólo en las parábolas, también en el padrenuestro Jesús dijo mucho acerca del Reino de Dios. “El Reino de Dios se hace realidad en la medida en que hombres y mujeres caemos en la cuenta de que Dios es “Padre nuestro” y actuamos en consecuencia: que se haga su voluntad de vida para todos, que su nombre o realidad de amor sea único Señor absoluto, que todos tengan el pan necesario para vivir, que seamos capaces de perdonar, que no sucumbamos a la atentación de falsear nuestra condición de criaturas”<sup>54</sup>.

## **2.2. El Reino no es una realidad sociopolítica de este mundo**

La idea sobre el Reino de Dios que predominaba en Israel en tiempos de Jesús era la de un reino político. En efecto, se esperaba un Mesías rey que restableciera la monarquía en Israel y liberara al pueblo de la dominación romana. Jesús dio un vuelco a esas esperanzas. Él tenía una idea muy diferente del Reino de Dios, y la razón fundamental era que veía a Dios de un modo diferente. Para él, Dios no era como un gran emperador, como los que dominaban sobre las personas y hacían sentir su autoridad (Mc 10,42). Tampoco era como un dictador con gestos populistas. Lo dice Jesús mismo según el evangelio de Juan: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis soldados habrían peleado para que no me entregaran a los judíos. Pero mi Reino no es de aquí” Jn 18,36). Esta frase no quiere decir que el Reino de Jesucristo sólo exista en el otro mundo. Es de este mundo pero no es como los de este mundo, no es un reino de poder que se impone por la fuerza, sino de amor.

Como he dicho ya mil veces y no me comprometo a dejar de repetirlo, Jesús había llegado a experimentar a Dios como un Padre amoroso, como Abbá. Por consiguiente, Jesús veía el Reino de Dios más como el reino del padre amoroso de la parábola del hijo pródigo.

---

53 J. ESPEJA, *Jesucristo la Invención del diálogo*, 122

54 Jesús ESPEJA, *Jesucristo una propuesta de vida*, 129

Un profesor de cristología al que estoy siguiendo en esta reflexión dice: “Dios reina y es perfecto no por su omnipotencia indiscutible, su sabiduría que todo lo escudriña, o su justicia indomable, sino más bien por su amor gratuito, su autocomunicación benevolente, y su asombrosa cercanía que supera todas nuestras expectativas. Es perfecto siendo misericordioso; y los humanos avanzamos en la perfección cuando nos dejamos alcanzar y transformar por los sentimientos y por la vida de Dios”<sup>55</sup>.

### **2.3. El Reino de Dios llega reconociendo todos Dios como Padre y a los demás como hermanos para formar una sola familia**

A muchos les cuesta entender el sentido de la expresión Reino de Dios. Aunque les suene bien después de oírla tantas veces y con tanto entusiasmo y les llene la boca, no acaban de captar el sentido de la misma. En su realidad más honda el Reino de Dios es un misterio porque forma parte del gran misterio que es Dios mismo. Por tanto, nunca podremos llegar a entenderlo del todo. La expresión Reino de Dios es una metáfora o comparación que nos acerca algo a esa realidad misteriosa. Como hoy día ya no hay reinos de verdad y los que hay dejan mucho que desear, a mucha gente le resulta extraña esa expresión de Reino de Dios. Quizás fuera mejor usar otra metáfora o punto de comparación. Yo creo que la mejor sería ésta: “Familia de Dios”, aunque también nos encontramos con el problema de que hay pocas familias como Dios manda. Pero la familia sigue siendo un ideal, mientras los reinos y las monarquías ya no lo son.

Podemos decir que esa realidad, el Reino de Dios, es como una familia con un padre, todo él bondad, cariño y ternura, unos hijos que aman al padre y, por ser hermanos, se aman profundamente entre sí. Por eso entre ellos reina la solidaridad, la paz, la justicia y la verdad, que son valores del Reino. Para eso vivió Jesús y por eso lo dio todo, incluso su vida: para convertir la humanidad en familia de Dios. Su imagen del reino o reinado de Dios era la de una familia feliz y llena de amor, no la de un imperio conquistador y opresor. Según el evangelio, todas las personas y todos los pueblos somos única familia para la que Dios quiere la vida en abundancia. Antes de pertenecer a una familia, grupo, clan o pueblo, mujer y hombre somos miembros de la humanidad e hijos del único Padre”<sup>56</sup>.

Cabe preguntarse: ¿y en esa Familia de Dios no hay madre? Evidentemente, la hay, ya que no pude haber una familia sin madre. Dios es Padre y Madre a la

---

55 J. ESPEJA, *Jesucristo la Invención del diálogo*, 127

56 J. ESPEJA, *Jesucristo la Invención del diálogo*, 129

vez. Pero además los católicos contamos también con María como madre de la familia. Se trata de una Madre que no es paralela ni independiente de Dios, sino que es una expresión, un reflejo, de la maternidad de Dios expresada en términos muy humanos, muy limitados, pero muy a nuestro alcance. María es el retrato humano de la maternidad de Dios, incompleto por ser ella una criatura, pero un excelente retrato.

Lo diré una vez más, el punto de partida para que Dios comience a reinar es conocer y experimentar a Dios como Abbá, Padre y, en consecuencia, vivir como hijos de Dios, amándolo y teniendo sus mismos sentimientos de amor, compasión y solidaridad con los demás y, a partir de ahí, vivir como hermanos. Ese es el sueño de Jesús. Aunque sea a la contra, lo ha entendió bien el filósofo Fernando Savater cuando afirma que le molesta que se diga que todos somos hermanos y añade: “debe ser por mi innato ateísmo”. En efecto, es difícil reconocer a los demás como hermanos si no creemos en Dios y le reconocemos como padre. Y también es imposible reconocer a Dios como Padre si no reconocemos a los demás como hermanos. Por eso Mateo, en su redacción del padrenuestro, añade el calificativo «nuestro» a la invocación de Dios como Padre»: no se puede ser hijo de Dios sin ser hermano *de todos*. Para que podamos ser de veras «hijos del Padre» hay que amar a todos, incluso a los enemigos personales pero, sobre todo, grupales. Como decía san Juan de Ávila: si no hay “nuestro”, no hay Padre<sup>57</sup>, es decir, si no nos amamos, no tenemos padre, porque lo desconocemos o somos hijos degenerados de un padre que es amor y nosotros no somos amor. Si no somos hermanos, no podemos decir que tengamos padre.

Como todas las familias, la familia de Dios se reúne en torno a una mesa para comer juntos. Esto explica la centralidad de las comidas en la vida de Jesús y posteriormente en su Iglesia, que se reúne y se realiza en la cena del Señor en torno al altar o mesa de familia presidida por el Resucitado.

Lo repetiré una vez más, por ahora. Para Jesús el Reino es la nueva familia que Dios quiere ver crecer en el mundo. En esta familia nadie ejercerá un poder dominante. Nadie ha de llamarse ni ser padre para sus hermanos. En el movimiento de Jesús desaparece toda autoridad patriarcal y emerge Dios, el Padre cercano que hace a todos hermanos. Es interesante la promesa de Jesús a quienes dejen su familia por la causa del reino, como él la había dejado para crear su nueva familia: la del Reino. Les promete el ciento por uno en casas, madres, hermanos, etc. Pero no les promete ningún padre, porque el padre en

---

57 I. González Faus, *Miedo a Jesús*, p. 6

Israel muchas veces era signo de poder y de opresión. (cf Mc 10,30) Y en esta familia del Reino nadie está sobre los demás. Nadie es señor de nadie.

Dentro de la igualdad fraterna tampoco hay diferencias jerárquicas entre varones y mujeres. No se valora a la mujer por su fecundidad ni se las desprecia por su esterilidad, como hacían los judíos. Las mujeres no están en el grupo para someterse a las órdenes de los varones<sup>58</sup>.

Así imagina Jesús a su familia de seguidores: un grupo de hermanos y hermanas que le siguen para acoger y difundir la compasión de Dios en el mundo. No pensó en escoger y preparar buenos gobernantes. Su primera preocupación es dejar detrás de sí un movimiento de hermanos y hermanas, capaces de vivir sirviendo a los últimos. Ellos serán el mejor símbolo y la semilla más eficaz del Reino de Dios.

Y en esa mentalidad Jesús compara el Reino con un banquete de bodas que Dios prepara no sólo a los que tienen, pueden y saben, sino también para los pobres, lisiados, ciegos y cojos, los que no eran aceptados en aquella sociedad judía.

Fue esta comprensión del Reino como familia lo que llevó a los primeros cristianos a tratarse como hermanos y hermanas, algo que no habría hecho ningún otro grupo religioso de aquel tiempo. El primer nombre de la comunidad de seguidores de Jesús no fue el de "iglesia" sino el de "fraternidad", porque en ella todos vivían como hermanos. Además parece que aquellos primeros cristianos se saludaban con un beso en los labios, algo que en aquellos tiempos sólo hacían entre sí los miembros de una misma familia.

#### **2.4. El Reino de Dios es vida digna y abundante para todos**

Como ya dije, otra imagen bíblica del Reino es la vida. El evangelista Juan no usa casi nunca la expresión Reino de Dios. La sustituye con la palabra vida. Así mientras en los sinópticos Jesús dice que ha venido a anunciar el Reino, en Juan dice "yo he venido para que tengan vida" (Jn 10,10). Dios viene en la persona de Jesús no a defender sus derechos y a tomar cuentas a quienes no cumplen sus mandatos, sino liberar a las gentes de cuanto las deshumaniza y les hace sufrir, de cuanto les impide llevar una vida digna y feliz.

"Jesús vivió en intimidad con Dios que continuamente acompaña e impulsa para que surja la nueva sociedad donde todos y todas puedan vivir como personas y en fraternidad. La gran preocupación del Mesías no fue la solemnidad del culto litúrgico ni el cumplimiento de las prácticas religiosas, sino la llegada del Reino

---

<sup>58</sup> J. A. PAGOLA oc. 290-291

de Dios, la nueva sociedad donde todos y todas puedan tener vida en plenitud. Cuando realmente nos encontramos con el Padre que nos hermana, cambia nuestra vida, y nuestra conducta social es solidaria”<sup>59</sup>.

Los primeros capítulos de Mc resaltan la preocupación de Jesús por la vida de la gente. Dice Mc: un sábado entró Jesús en la sinagoga donde había un hombre con la mano paralizada; los ortodoxos dogmáticos estaban acechando para ver si le curaba y acusarlo de transgredir el descanso sabático; pero Jesús curó al pobre hombre, convencido de que su vida valía más que todos los preceptos por muy sagrados que fueran. Y ese gesto lo repetirá Jesús muchas veces.

A Jesús, como a Dios Padre, le preocupa la salvación de los seres humanos. Pero “¿en qué consiste la salvación? Es llamativo que Jesús concentre las múltiples esperanzas de salvación en una sola, en la participación en el reino de Dios. Para él, el Reino es idéntico con la vida (Mc 9, 43. 45; 10, 17; Lc 18, 18). Pero se entendería mal esta expresión si pensáramos que se refiere a la vida más allá de la muerte. Es un viejo pecado del cristianismo cruzarse de brazos ante los pobres, los humillados, los enfermos y los desgraciados prometiéndoles justicia y una vida feliz en el otro mundo. No, la vida eterna y la salvación que Jesús promete, comienza en este mundo.

“Jesucristo es el portador de la salvación y ésta se logra en el encuentro personal con él. Según la fe cristiana, la salvación tiene como equivalente el “Reino de Dios” que tiene lugar cuando hombres y mujeres dejen que Dios-amor sea el único rey o absoluto en su forma de vivir y en la forma de relacionarse con los demás. La salvación consiste en entrar en el Reino de Dios ya en este mundo, es decir, en la comunidad de Jesús, que por ser comunidad de hijos y de hermanos, es comunidad de salvados (cf Hechos, 2, 47)

La auténtica comunidad de hermanos no vive en un oasis o en un éxtasis de evasión religiosa, al margen de la sociedad y de los problemas de la gente, sino que vive preocupada por la vida de las personas, porque el Reino de Dios es vida digna y abundante para todos.

El Reino de Dios tiene dos etapas: la terrestre y la celeste. En la etapa terrestre el Reino se desarrolla poco a poco, va creciendo con dificultades y limitaciones. En la etapa celeste ese mismo Reino llega a su plenitud. Igualmente la salvación cristiana tiene dos etapas, la de iniciación ya en este mundo y la de plenitud en el otro, pero se trata de la misma salvación, de la misma y única vida eterna que es la vida en amor, comunión y solidaridad. La salvación ya desde este mundo es la

---

<sup>59</sup> Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, 109

vida desarrollada conforme a todos los valores y exigencias del Reino, fundamentalmente los de filiación y fraternidad.

## 2.5. **La ley fundamental del Reino**

Tampoco en esto el Reino de Dios es como los de este mundo que viven atiborrados de códigos legislativos, leyes y decretos supremos. El Reino de Dios tiene una ley mucho más sencilla. Como ya dije en un tema anterior, su ley es Jesús mismo, su vida y su comportamiento de amor extremo a Dios Padre y a los demás.

Se suele decir también que las bienaventuranzas son la “Carta Magna” o Ley fundamental del Reino de Dios porque son autorretrato de Jesús y nos señalan el camino de vida digna y de felicidad para todos, que es la meta del Reino. La felicidad es, a la vez, el mayor punto de coincidencia y de divergencia de los seres humanos. El mayor punto de coincidencia, porque todos buscamos la felicidad. Pero es también el mayor punto de divergencia porque cada uno pone la felicidad en distintas metas y la busca por distintos caminos, con frecuencia contrarios. Así mientras unos la buscan en la acumulación de riquezas y en el disfrute de placeres a toda costa y a costa de otros, los seguidores de Jesús la buscamos en la pobreza, en la solidaridad y en el compartir los bienes con los demás. Muchos la buscan en la acumulación de fama y prestigio, endiosándose a sí mismos, los seguidores de Jesús somos felices siendo pobres de espíritu o, mejor, de corazón, es decir aceptando gozosamente nuestra condición de pequeñas criaturas, débiles y frágiles, y poniéndonos confiadamente en manos de Dios, cuya ternura de Padre nos envuelve y nos llena de gozo. Unos buscan la felicidad en la grandeza, otros la encontramos en la pequeñez. ¡Qué diferencia!

La Ley fundamental de la comunidad del Reino o el camino que conduce al banquete de la felicidad que es el Reino de Dios, no es el camino del egoísmo de quien busca únicamente la propia felicidad, sino el camino del amor que nos lleva a poner la propia felicidad en hacer felices a los demás.

La ley fundamental del Reino es el amor a Dios y al prójimo. Y no se trata de dos amores, sino de dos expresiones de un mismo amor que se abre en dos direcciones: hacia Dios y hacia el prójimo. El amor a Dios llevó a Jesús a hacer de su voluntad, el Reino, el alimento de su vida, como dijo a sus discípulos en la escena evangélica de la samaritana. Por su parte, Jesús llevó el amor al prójimo hasta extremos increíbles.

Es en el amor al prójimo en sí mismo donde se descubre la verdad del amor a Dios. Proclamar un amor a Dios que no va unido al amor al prójimo es una

simple declaración de buenas intenciones o una mentira como se dice en la primera carta de Juan. En el mundo nuevo que anuncia Jesús la actitud básica ha de ser la disponibilidad, servicio y atención a la necesidad del hermano. Amar al prójimo es hacer por él en cada situación concreta todo lo que uno pueda. Jesús piensa en unas relaciones nuevas regidas no por el interés propio o la utilización de los demás, sino por el servicio concreto a todos y especialmente a los que más sufren. Sólo se vive como hijo o hija de Dios viviendo de manera fraterna con todos. En el reino de Dios, el prójimo toma el puesto de la ley<sup>60</sup>, es la ley de leyes, la ley del Reino, que se impone a todas las demás y les da sentido o las anula, si es que son contrarias a los valores del Reino.

## **2.6. El Reino de Dios se realiza en contra del Reino de Satanás<sup>61</sup>**

La salvación que nos ofrece el Reino de Dios implica la superación de los poderes destructores del maligno y el comienzo de una nueva humanidad que lleva el sello de la vida, la libertad, la paz, la reconciliación, el amor.

Los escritores apocalípticos describían de manera sombría la situación que se vivía en Israel en la época de Jesús. Según ellos el mal lo invadía todo. Todo estaba sometido a Satanás. En este ambiente apocalíptico, Jesús anuncia que Dios ha comenzado ya a invadir el reino de Satanás y a destruir su poder. Ha empezado ya el combate decisivo. Dios viene a destruir, no a las personas, sino el mal que está en la raíz de todo, envileciendo la vida entera. Jesús habla convencido: “Yo he visto a Satanás caer del cielo como un rayo”<sup>62</sup>. Con la presencia y la actuación de Jesús Satanás ha comenzado a caer, a perder terreno.

En el pensamiento de Jesús, Satanás, como símbolo de las fuerzas del mal, gobernaba el mundo. Aquella era una generación perversa y pecadora (Mc 8, 38), un mundo en el que el mal tenía el dominio supremo. Esto resultaba evidente en los sufrimientos de los pobres y oprimidos y en el poder que los malos espíritus o enfermedades misteriosas ejercían sobre ellos; resultaba igualmente evidente en la hipocresía, la impiedad y la ceguera de los dirigentes religiosos, así como en la despiadada avaricia y la opresión que ejercían las clases dominantes.

---

60 J. A. PAGOLA, oc. 258-259

61 Nolan: ¿Quién es ese...? P. 81 ss

62 JAP

Jesús vio su actividad liberadora como una especie de lucha contra el poder de Satanás, una guerra contra el poder del mal en todas sus formas y expresiones. Expresiones importantes de este poder satánico eran en tiempo de Jesús el dinero, el prestigio y el ghetto o clan familiar cerrado. Ellos eran fuente de injusticia, de opresión y de marginación de los pobres.

- a) El culto al **dinero**. Una sociedad en la que algunos sufran por causa de la pobreza, mientras otros tienen más de lo que necesitan, forma parte del reino de Satanás. El culto al dinero es una forma de idolatría. Por eso Jesús asegura que no se puede servir a Dios y al dinero ( Mt 6,24; Lc 16, 13), ya que el que sirve al dinero, sirve a Satanás. También hoy el afán de acumular riquezas sin compartir con los pobres es una de las fuerzas satánicas que se oponen a la extensión del Reino de Dios.
- b) El afán de poder y de **prestigio**. En la sociedad judía el prestigio era más valorado que el dinero. Y, para subir más alto en la escala social, se pisaba a los que estaban debajo. El prestigio dependía del linaje, la riqueza, la autoridad y la educación. Se manifestaba y se conservaba en la forma de vestir, en tratamiento que se recibiera y en la gente con la que uno tuviera trato social. Ante la ambición de prestigio que demostraban sus discípulos al pretender ser los primeros, Jesús les dice que en el Reino de Dios el primero no es el que sube más arriba en la escala social, sino el que voluntariamente baja, se hace último y servidor de todos, como se hizo él (Mc 10,44)
- c) El espíritu de **ghetto** era otro signo de la dominación de Satanás, un instrumento de marginación y de exclusión social. Era otra fuente de males para los oprimidos. Era el poder excluyente del grupo, que curvado sobre sí mismo, no ve más allá. Después del prestigio y el dinero, la fundamental preocupación de la sociedad en la que vivió Jesús era el grupo entendido como círculo cerrado y excluyente de los demás. Ese círculo lo formaba, en primer lugar, los familiares, pero también los amigos, los colegas, los miembros del propio grupo mismo social o la secta religiosa como podían ser los fariseos y los esenios entre sí. El reino de Satanás se basa en una solidaridad de grupo egoísta y excluyente, mientras el Reino de Dios se basa en la solidaridad universal, sin excluir a nadie, ni a los enemigos. “Contra esa ideología grupista que desfiguraba la sociedad palestinese, Jesús sale de su propio grupo humano, vive como “hombre para los demás” y su evangelio tendrá como núcleo fundamental la fraternidad sin fronteras, incluyendo también a los propios enemigos”<sup>63</sup>. El espíritu de ghetto continúa hoy bajo la figura de grupos familiares, religiosos y sociales y urbanísticos que se denominan exclusivos y, por eso mismo, son excluyentes.

---

63 J. ESPEJA oc. p. 97

## **2.7. Apasionados por el Reino de Dios**

Nuestra vocación de discípulos misioneros quedará vacía de contenido y de sentido si no nos devora por dentro el amor a Jesús y la pasión por la causa que dio sentido a su vida y que tiene que dar también sentido a la nuestra: el Reino de Dios. La pasión por el Reino se enciende con una doble experiencia o sentimiento profundo: la experiencia de Dios como Padre, cultivada especialmente en la oración, y la experiencia de que no se le deja ser Padre de todos, cultivada en la contemplación de los que siguen hundidos en la marginación y el sufrimiento. La experiencia de la paternidad universal de Dios en contraste con el de desamparo de millones de hijos suyos, nos impulsa a luchar por el Reino sin reservas y sin miedo a las renunciaciones y persecuciones.

El grito de los pobres es el grito de Cristo crucificado que estremece nuestro corazón. La Conferencia de Aparecida ha hecho una descripción actualizada de esa realidad de pobreza que nos golpea siempre. En el nº 65 ofrece una larga e impresionante lista de los que sufren pobreza, marginación y exclusión. Ahí no está reinando Dios, porque los poderosos no le dejan ser un padre que quiere iguales a todos sus hijos.

Al auténtico seguidor de Jesús, la contemplación de la sangrante realidad de los pobres y excluidos, tiene que encenderle de entusiasmo por la causa del Reino; una causa que hoy resulta especialmente difícil ya que decir a la gente que Dios es nuestro Padre entrañable no significa nada para la inmensa mayoría que sólo se interesa por el bienestar material y económico. Invitar a ver a los demás como hermanos resulta también especialmente difícil en nuestra sociedad exacerbada de individualismo, competitiva, áspera, violenta, que ve a los demás como competidores que hay que desplazar. Vivir la fraternidad resulta difícil incluso en la familia, cada día más dividida por la lucha de egoísmos.

Como dije antes, el reinado de Dios se extiende luchando contra las fuerzas del mal simbolizadas en los demonios, pero más que a esos demonios que dicen que andan por ahí sueltos con el único oficio de hacer mal a la gente, como al demonio que llevamos dentro y nos domina, cuyo nombre es el egoísmo; un demonio con mil cuernos.

Estas dificultades para extender el Reino de Dios no deben ser causa de desaliento, sino de estímulo porque contamos con la fuerza del Espíritu que Jesús aseguró a quienes están llamados a ser sus testigos y continuadores de su obra.

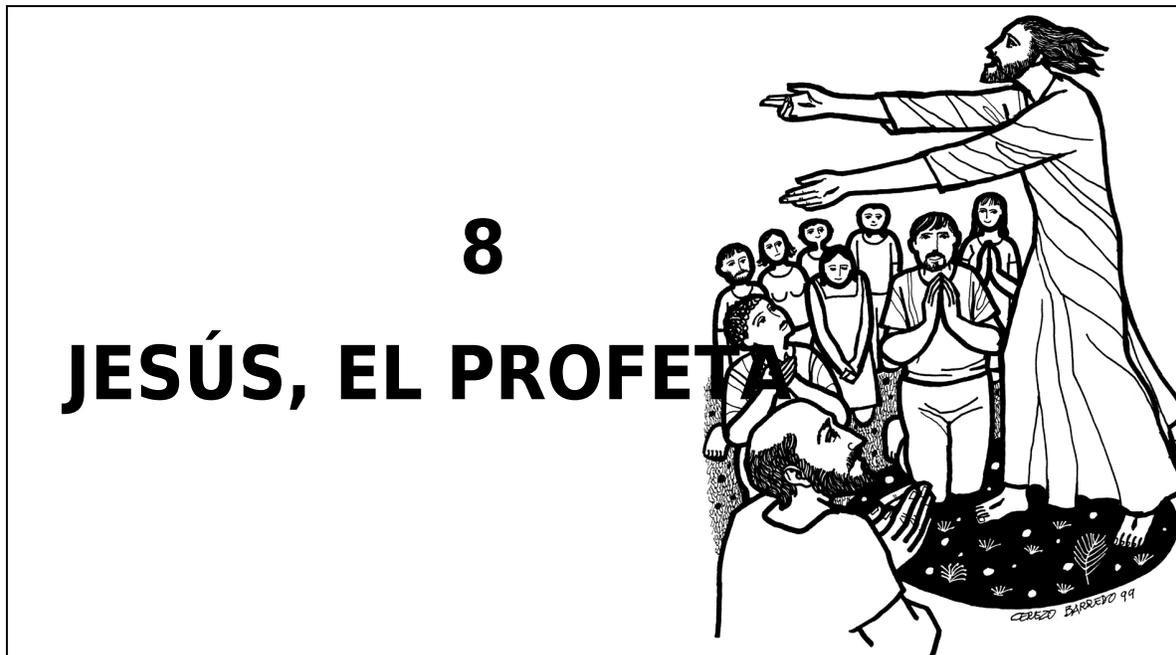
## 2.8. La comunidad cristiana como signo del Reino

Hemos dicho que una imagen que nos dice mucho acerca de lo que es el Reino de Dios es la familia. Si nuestras comunidades tienen un aire y un ambiente de familia, es decir, de filiación para con Dios y de fraternidad entre nosotros, es decir, si vivimos y expresamos juntos y con gozo nuestra condición de hijos de Dios y de hermanos, estamos proclamando con la vida en comunión el Reino y somos signos creíbles de que ha llegado, como lo fue la primitiva comunidad cristiana, que despertaba admiración en los que la contemplaban desde fuera: “Todo el mundo los estimaba. El Señor iba incorporando a la comunidad a cuantos se iban salvando. (Hch 2, 47) Nuestra vida en comunión es el mejor anuncio del Reino porque lo muestra hecho realidad en un pequeño grupo.

La pequeña comunidad cristiana a la que pertenecemos ha de brillar como la ciudad sobre el monte, irradiando filiación y fraternidad. Por desgracia hay, a veces, nieblas, nubes y hasta nubarrones que apagan el brillo de la comunidad, y hay que despejarlos. La parroquia y la diócesis serán signos de la presencia del Reino de Dios en la medida en que cuenten con muchas pequeñas comunidades en las que se viva gozosamente la fraternidad.

### Para el diálogo

- a) *¿Por qué en el evangelio de Juan la palabra “Vida” sustituye a la frase “Reino de Dios” que utilizan los sinópticos?*
- b) *¿Qué significa la frase de Jesús: “mi Reino no es de este mundo”*
- c) *¿Qué relación hay entre el Reino de Dios y la salvación cristiana?*
- d) *En el padrenuestro pedimos: “venga nosotros tu Reino” ¿cuándo llega a nosotros el Reino de Dios?*
- e) *¿Cuándo podemos decir sin mentir: el Reino de Dios está en nosotros, en nuestra pequeña comunidad en la Iglesia?*
- f) *Jesús extendió el Reino de Dios en lucha contra el de Satanás ¿Cuáles son hoy los poderes satánicos que se oponen al Reino de Dios?*



Para comprender mejor a Jesús como profeta, es necesario preguntarnos previamente que es un profeta, especialmente un profeta bíblico

### 1. El profeta bíblico

Los diccionarios de la lengua suelen decir que profeta es "una persona capaz de prever el futuro". Sin embargo, ésta no es la característica más importante de los profetas bíblicos ni de los profetas de nuestros días. Los que predicen el futuro, no son profetas, sino arriesgados adivinos o futurólogos.

Etimológicamente pro-feta significa el que habla en lugar de otro. Lo más característico de los profetas bíblicos es ser portavoces de Dios y del pueblo, gracias a que simultáneamente tienen una intensa experiencia de Dios y de la vida del pueblo. El profeta bíblico es hombre o mujer de Dios y del pueblo. Por eso le habla al pueblo en nombre de Dios y le habla a Dios en nombre del pueblo. Y como la realidad que observan con ojos de fe no suele ajustarse al proyecto de Dios, los profetas son también, casi siempre, promotores del cambio de esa realidad y por esa razón perseguidos por los poderosos, por los que no quieren el cambio.

En resumen, esas serían cuatro características importantes del profeta: hombre o mujer de Dios, hombre o mujer del pueblo, promotor de cambio y perseguido por ello.

Si, teniendo como telón de fondo esta descripción del profeta bíblico, proyectamos sobre él la figura de Jesús, salta a la vista que fue un gran profeta, incluso que llevó a plenitud todas las características del profeta bíblico.

Los profetas experimentan, no solo una llamada de Dios, sino también una especial cercanía a Dios que les permite comprender los sentimientos y pensamientos de Dios sobre lo que está sucediendo. Esta experiencia mística de unión con Dios es lo que les permite hablar en nombre de Dios.

Para Lc Jesús no es un gran profeta dentro de la serie de profetas bíblicos, sino que es, sin más, **el profeta**. Inicia su misión en Nazaret revelándose como el profeta elegido por Dios para llevar la buena noticia a los pobres (Lc 4,16-30). Los discípulos de Emaús, al hablar de Jesús al viajero desconocido que se les une y es Jesús mismo, le dicen que era "profeta poderoso en obras y palabras"(24,19).

## **2. Jesús el profeta, no es sólo un hombre de Dios, sino Dios hecho hombre**

Hemos dicho antes que el profeta es un hombre de Dios. Jesús es mucho más: es el Dios hombre. Pero hablemos ahora del hombre y de la experiencia de Dios que lo hace profeta. Una vez más volvemos al origen de todo lo que fue Jesús, a la experiencia fontal que marcó su personalidad, dio sentido de su vida y a su vocación de profeta: su experiencia de Dios como Abbá, como Padre entrañable de todos. Por esa experiencia queda empapado de la compasión de Dios y hecho el profeta del Dios de bondad, del "Dios compasivo y misericordioso" y no del Dios de la ira y el castigo del que se habla en algunos lugares de la Biblia.

Jesús habló, como la mayoría de los profetas, de parte de Dios o en su nombre. ¿De dónde sacó esa seguridad para poder hablar en nombre de Dios? "¿De dónde le viene a éste esa sabiduría" (Mt 13, 54) decían sus paisanos. En realidad, Jesús no era más que un campesino de una insignificante aldea galilea. No eran unos estudios académicos de la Ley los que le habían capacitado como profeta. Probablemente sus estudios, en términos actuales, no fueron más allá de la escuela primaria. Lo que le había capacitado como profeta era su intensa experiencia de Dios como Padre y una unión tan profunda con Dios que le permitía decir: "el Padre y yo somos uno" (Jn 10, 30) Lo que percibimos detrás de las muchas actividades de Jesús y sosteniéndolas todas ellas, es una vida de oración constante en la que reaviva la experiencia de Dios y vive su unión con él.

Él no es sólo un mensajero que nos trae palabras de Dios, sino que es, todo él, mensaje, manifestación de la divinidad, es la Palabra de Dios en persona. Si el

profeta habla en nombre de Dios, ¿quién mejor que él, que es la Palabra, puede hablar en nombre de Dios? ¿Quién puede ser más profeta que él?

### **3. Jesús, hombre el pueblo y defensor de los pobres**

Al iniciar su vida de profeta itinerante, Jesús se dirige a los pobres y se identifica con ellos precisamente porque es el profeta del Dios compasivo. Al llegar a un pueblo, Jesús busca el encuentro con los vecinos más humildes. Recorre las calles, se acerca a las casas deseando la paz a las madres y a los niños que se encuentran en los patios, y sale al descampado para hablar con los campesinos que trabajan la tierra. Su lugar preferido era la sinagoga donde se reunían los vecinos todos los sábados. También ahí la gente que le rodea son los pobres, los enfermos y los pecadores. El sabe muy bien lo que sufre el pueblo y lo que piensa. Y lo sabe por experiencia propia. Está metido de lleno en la realidad de la gente. Las multitudes de pobres lo acompañan siempre y termina siendo uno de ellos. Perteneciendo plenamente al mundo de los pobres, hace suya la causa de ellos.

### **4. Promotor del cambio.**

Como hemos dicho tantas veces, y siempre es poco, Jesús fue una figura seductora y subyugante, pero también “subversiva”. Jesús es un profeta revolucionario que quiere poner el mundo del revés<sup>64</sup> para ajustarlo al proyecto de mundo que Dios tiene. Con su crítica radical de la realidad Jesús pretendía crear un mundo diferente; un mundo sin todas las distorsiones y engaños que fabrica el ego, como la falta de amor, el orgullo, la arrogancia, el afán de prestigio, las envidias, los celos, la opresión, la corrupción... Quería construir un mundo que fuera como una familia: la familia de Dios, el Reino<sup>65</sup>. El mundo que tenía ante sus ojos de profeta estaba muy lejos de todo eso. Había que cambiarlo.

La vida, el mensaje y la espiritualidad de Jesús fueron revolucionarios con respecto a la realidad en que vivió. Jesús no fue un simple reformador; eso es poco decir, Jesús fue un revolucionario, como acabo de indicar. Trató de poner el mundo del revés. Estuvo empeñado en una revolución social, no en una revolución política. Una revolución social es la que vuelve del revés las relaciones sociales entre las personas. Una revolución política es la que cambia las relaciones de poder derrocando un gobierno y reemplazándolo por otro. Él vivió comprometido en una revolución social y espiritual, no política en el sentido partidista o de lucha por el poder.

---

<sup>64</sup> Nolan, *Jesús hoy*, p 83

<sup>65</sup> J. A. PAGOLA, oc. p 95

Ciertamente, el Reino de Dios no era para Jesús algo vago, etéreo, celeste y enteramente futuro, que se realizará en la otra vida y no en ésta. La irrupción de Dios está pidiendo un cambio profundo. Si anuncia el reino de Dios es para despertar esperanza y llamar a todos a cambiar de manera de pensar y de actuar. Hay que entrar en el reino de Dios, dejarse transformar por su dinámica y empezar a construir una vida tal como la quiere Dios<sup>66</sup>. Es necesario cambiar el rostro y el corazón de la sociedad. Como dice W. Kasper, “la revolución que Jesús trae es la del amor sin límites en un mundo de egoísmo y poder”<sup>67</sup>.

Veamos ahora algunos elementos de la realidad social y religiosa de su pueblo que Jesús quiere poner del revés. Nos vamos a fijar en 10 elementos.

#### 4.1. **Las personas están por encima de las leyes**

Para los judíos, el cumplimiento de la Ley estaba por encima de todo y de todos. Las personas eran medidas y valoradas por su relación con la Ley. Los que conocían y explicaban la Ley, como los escribas, eran muy admirados y honrados. El que no conocía la Ley o no la cumplía, no era nadie. Peor aún, se le consideraba maldito. Por eso se despreciaba a los pobres e ignorantes, porque desconocían la ley. No se valoraba a los niños hasta que cumplían los 12 años porque hasta esa edad no estaban obligados a cumplir la Ley. Mientras no se sujetaran a la ley, no eran nadie. El cumplimiento de la ley les daba categoría. Frente al culto fanático e inhumano a la Ley de Dios, Jesús, con su palabra y su conducta, dice que las personas están por encima de las leyes. El bien de las personas es lo que legitima la ley. En consecuencia, cuando una ley perjudica a las personas o impide hacerles el bien, queda sin valor.

En su forma de pensar y de actuar Jesús no es un anárquico que desprecia las leyes; quiere descubrir la intención positiva de las leyes, la verdad primera o espíritu original de la ley, su razón de ser Y el criterio para discernir no es el valor de la ley en sí misma, sino sus efectos en las personas: si genera marginación, la ley pierde todo su valor<sup>68</sup>.

La ley del sábado, por ejemplo, en sus orígenes era para bien de las personas y de la comunidad porque favorecía el descanso, la convivencia y el culto. Después se le dio la vuelta y ya eran las personas para cumplir todas las prescripciones de la observancia del sábado, aunque eso resultara perjudicial para ellos y para los otros.

“Jesús quebrantó repetidas veces el sábado, sobre todo para curar, desoyendo el consejo prudente de esperar a otro día de la semana, y alegando que no podía

66 J. A. PAGOLA, oc. p 104

67 W. KASPER oc p. 82

68 J. ESPEJA, *Jesucristo, invención del diálogo* 171

estar prohibido hacer bien en sábado porque el día sagrado fue hecho para el hombre y no al revés. Curiosamente, hoy podemos adivinar que, con esta práctica transgresora, devolvió al sábado su verdadero sentido teológico. En sus orígenes el sábado había sido una institución social, no cúllica: perseguía el descanso del asalariado y del esclavo”<sup>69</sup>.

Para defender esa finalidad se declaró sagrado, se convirtió en institución religiosa para proteger mejor a las personas. “Por eso Jesús entiende que dar alivio al enfermo no es quebrantar el sábado sino cumplir su intención más profunda: eso es lo que significa que el sábado había sido hecho para el hombre. Y así lo entiende también el cuarto evangelio cuando le hace decir a Jesús, en contra de la letra de la Biblia que “Mi Padre sigue trabajando” (Jn 5,17) y, podemos añadir: mientras quede un enfermo por curar”<sup>70</sup>.

Él se sintió plenamente libre para transgredir la ley del sábado o de la pureza legal cada vez que su observancia podía hacer daño a las personas o impedía hacerles el bien. No le importaron nada las críticas de los piadosos fariseos y de los escribas legalistas por haber quebrantado la sacrosanta ley del sábado curando enfermos; no le importó ir contra la ley de la pureza tocando leprosos o mujeres marcadas por impurezas legales, porque para él las personas, su vida y su dignidad estaban por encima de todo y tenían un valor que nada puede anular. “El mandamiento del amor a Dios y al prójimo era para él lo importante. Lo accesorio eran los preceptos sobre la pureza”<sup>71</sup>.

“Cuando los más los escribas y fariseos se rasgan las vestiduras ante transgresiones para responder a necesidades vitales de los seres humanos, Jesús evoca la denuncia profética de Oseas: “misericordia quiero y no sacrificios” Y misericordia implica dejarse impactar por la miseria del otro y ayudarlo a que pueda salir de ella”<sup>72</sup>. ¿Cómo no iba a saltarse el descanso sabático para curar a un enfermo, si él era el profeta del Dios de la compasión?

Por otro lado, como he dicho, lo que Jesús hacía no era una violación del sábado, sino un cumplimiento en grado superior de la finalidad de la ley del descanso sabático. Los escribas y fariseos cumplían la letra de la ley, Jesús el espíritu. Él recuperó el verdadero sentido del sábado, mientras los fariseos lo habían perdido.

#### 4.2. Jesús defiende la igual dignidad de todos

---

69 J. I. González Faus, *Memoria subversiva*, p. 14

70 J. I. González Faus, *Memoria subversiva*, p. 14

71 G. THEISSEN, *El Jesús histórico*, p 439

72 J. ESPEJA, *Jesucristo, invención del diálogo* 172

Frente a las desigualdades entre las personas, justificadas y consolidadas por los judíos en nombre de Dios y de su Ley, pero contrarias a la voluntad del mismo Dios, Jesús defiende la igual dignidad de todos. Dios quiere a todos sus hijos por igual y los quiere iguales.

Jesús mantuvo incondicionalmente su creencia de que todos los seres humanos eran iguales en dignidad y valor. Trató con respeto y cariño a los ciegos, cojos y leprosos. Valoró por encima de todos a los niños. Frente al machismo reinante, defendió la dignidad y la igualdad de las mujeres incluso en el tema del divorcio, en el que todo estaba de parte del varón, el defendió la igualdad (Mt, 5, 31-32) Igualmente en el caso de la adúltera, que los dirigentes judíos querían matar a pedradas conforme a la ley, les recordó que la Ley también era aplicable al adúltero y que el que de ellos no fuera adúltero, tirara la primera piedra (Jn 8, 3-11) Rechazó el modo como trataban a las prostitutas los santurrones y puritanos. En resumen, defendió la igual dignidad de todas las personas.

#### **4.3. Los que menos cuentan son los más importantes para Jesús**

Para los judíos, como hemos dicho, los niños no eran nadie hasta que a los 12. Para Jesús estos niños son los más importantes. Como dice Albert Nolan, de todas las cosas que Jesús volvió del revés, ninguna de ellas fue más sorprendente e inesperada que el hecho de poner a un niño, no a un adulto, como modelo que tenemos imitar y del que hemos de aprender. La imagen que propuso como el ideal que debemos alcanzar no fue la imagen de ninguna gran figura heroica, una persona de gran fuerza y poder, una superestrella, ni tampoco una anciana o anciano sabio o un contemplativo al estilo de Buda. La imagen de la verdadera grandeza que usó ante sus discípulos y vivió el mismo fue la imagen de un niño pequeño. Para Jesús, la transformación personal no significa hacerse como un piadoso fariseo o un sabio escriba, sino como un niño.

Cuando sus discípulos discutían acerca que quién de ellos era el más importante, Jesús abrazó a un niño pequeño (Mc 9, 36-37). Según Jesús, las personas más insignificantes o últimas en la sociedad son las más grandes (Lc 9, 48). Si, como hemos dicho, en la sociedad y en la cultura de aquel tiempo, el niño no era "nadie", eso significa que Jesús y quienes quieren seguirlo tienen que renunciar a todo afán de prestigio y de poder para ser "don nadie", situados en el punto más bajo de la pirámide social. Para Jesús, el niño era un modelo de humildad radical (Mt 18, 3-4) Quienes quieran seguirle tendrán que hacerse tan humildes como niños pequeños<sup>73</sup>.

En esa misma línea hay que resaltar la importancia que Jesús daba a las mujeres, tan marginadas por la sociedad judía. Es interesante el contraste entre la valoración que Jesús hace de los escribas y los ricos y una viuda pobre que

---

<sup>73</sup> ALBERT NOLAN, *Jesús, hoy* p. 160

comparte lo poco que tiene: “les aseguro que esa pobre viuda ha dado más que todos los demás” (Mc 12, 43)

Esto sí que es poner las cosas del revés. ¿Quién iba a decir que la pobre viuda situada en lo más bajo de la escala social, que entró en el templo como una sombra avergonzada, era más importante que los doctores y los sumos sacerdotes que se pavoneaban ostentosamente en el templo? El profeta de Nazaret lo dijo.

#### **4.4. Dios no bendice a los ricos, sino a los pobres**

Frente a la creencia de que Dios bendecía a los ricos, Jesús asegura lo contrario: que bendice a los pobres. Los dichos de Jesús, especialmente las bienaventuranzas, eran subversivos de casi todo lo que sus contemporáneos daban por sentado. Lo más revolucionario es lo que dice sobre los ricos y los pobres. Pretende hacer pedazos la rígida y sacralizada estratificación de la sociedad judía. Como acabo de indicar, se daba por supuesto que Dios bendecía a los ricos con la riqueza y que eran felices con esa bendición de Dios, mientras los pobres eran considerados infelices e indignos por ignorar la Ley de Dios. Jesús proclamó lo contrario: dichosos los pobres. Dios está de parte de ellos para alzarlos de su postración (Lc 1,52) Los pobres serán afortunados porque les es más fácil compartir. En cambio los ricos no podrán entrar en el Reino de Dios porque no saben ni quieren compartir<sup>74</sup>.

Jesús nunca dijo: “dichosos los ricos”, sino “ay de ustedes los ricos”; nunca dijo dichosos “los sabios concedores de la Ley”, sino que declaró dichosos a los pobres y a los pequeños porque, sin conocer la Ley, conocen al Dios de la Ley, que está de parte de ellos. “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla” (Lc 10,21)

Esa idea de que Dios bendice a los ricos tiene una explicación. “Una tradición muy primitiva del Antiguo Testamento afirmaba que las riquezas eran un premio otorgado por Dios a los buenos. Esa tradición se enmarca en lo que conocemos como “retribución intramundana”. Es sabido que en la Biblia hebrea no aparecen hasta el siglo III a.C. algunos atisbos de la existencia de una vida después de la muerte, y el primer testimonio categórico sobre la resurrección de los muertos (Dn 12, 2-3) es de los años 167-164 a.C. Hasta entonces los israelitas daban por supuesto que todo terminaba con la muerte. Por tanto, si Dios era justo, no tenía

---

74 J. A. PAGOLA oc. p. 83

más remedio que premiar aquí en la tierra las buenas acciones con riquezas, salud y una larga vida”<sup>75</sup>.

Esa idea la defendieron en el siglo XVI los protestantes calvinistas asegurando que “Dios bendice a los predestinados colmándolos de riquezas aquí en la tierra, y castiga a los réprobos con la pobreza; lo cual suponía afirmar que la desigual repartición de los bienes en este mundo es obra especialísima de la providencia divina”<sup>76</sup>, que anticipa el cielo y el infierno a esta vida. Pensaban exactamente lo contrario de lo que dijo Jesús con la parábola de Lázaro y el rico. Uno no sabe con qué ojos leemos a veces los evangelios para hacerles decir lo que nos conviene.

#### **4.5. Jesús otro modo de entender la justicia.**

Jesús tiene un modo nuevo de entender la justicia social. La entiende desde la bondad y la misericordia de Dios y desde las necesidades de las personas. A este respecto, “son elocuentes las parábolas del hijo pródigo y de los jornaleros contratados para trabajar en la viña. Haciendo fiesta por el hijo que vuelve a casa después de haber despilfarrado la herencia, el padre rompe un principio admitido por toda la sociedad: ese hijo debe ser castigado; hay que darle su merecido.

También parece legalmente injusto que se pague jornal completo a quienes llegaron a vendimiar cuando ya terminaba la jornada. Eso extraña mucho tanto el hermano mayor de la parábola como los viñadores que han soportado el calor de todo el día y protestan por esa “injusticia”. Jesús pone de relieve los efectos perversos de la justicia legal aplicada sin tener en cuenta a las personas y sus situaciones: produce marginación en el hijo que busca el calor de la casa paterna, y en el obrero que no logra medios necesarios para mantener su familia”, y no por pereza, sino por falta de oportunidades, porque nadie lo había contratado.

Volviendo a la parábola de los obreros contratados para trabajar en la viña, “la respuesta del señor al que hace de portavoz “sindical” es firme: “amigo, no te hago ninguna injusticia”. Los que se quejan siguen pensando en un sistema de estricta justicia, pero el señor de la viña se mueve en otra esfera. Es su bondad la que rompe esa justicia, y la bondad no hace daño a nadie. Su gesto no es caprichoso. Es solo bondad y amor generoso hacia todos. A todos les da lo que necesitan para vivir: trabajo y pan. No se preocupa de medir los méritos de unos y otros, sino de que todos puedan cenar esa noche con sus familias. En su

---

<sup>75</sup> L. GONZALEZ-CARVAJAL, El clamor de los excluidos, p. 94

<sup>76</sup> Ib. p. 97

comportamiento, la justicia y la misericordia se entrelazan”<sup>77</sup>. Podemos decir que la justicia divina va del brazo de la misericordia y de la compasión y sigue el camino que ellas le marcan.

“En estos casos y en otros muchos, la justicia legal no cuadra con la cercanía y justicia de Dios que gusta Jesús: el Padre misericordioso a cada uno provee no de lo que merece, sino más de lo que merece, lo que necesita”<sup>78</sup>. Para que a nadie le falte, tiene que dar más al que tiene menos.

#### **4.6. Contra el prestigio: es más importante hacer el bien que quedar bien**

Como dije anteriormente, en la sociedad judía el valor principal y el más apreciado, sobre todo por los dirigentes religiosos no era ningún elemento de la famosa y eterna trilogía: el dinero, el poder y el saber, sino el prestigio, el ser admirados y alabados. También el dinero y el poder estaban al servicio del prestigio, porque lo dan o lo realzan, porque vuelven importantes a las personas independientemente de los valores que tengan o dejen de tener.

Jesús denunció duramente el afán de prestigio de los escribas y los fariseos que se aprovechaban incluso de prácticas religiosas, como la limosna, la oración y el ayuno, que eran las tres principales de la religión judía, haciéndolas en público y con gran ostentación. Jesús enseña a sus discípulos que es mucho más importante hacer el bien que quedar bien ante los demás. Por eso les dice: “Cúidense de hacer obras buenas en público solamente para que los vean” (Mt 6, 1) ¿Qué dirá Jesús hoy de nosotros cuando proclamamos a los cuatro vientos todo lo bueno que hemos hecho y hasta lo que no hemos hecho?

#### **4.7. Jesús pone a los “pecadores” por encima de los “justos”**

Los judíos creían que Dios rechazaba a los pecadores. En la categoría de pecadores entraban no sólo las personas de mala conducta, sino también, los samaritanos y los extranjeros porque en su opinión, eran herejes o impíos y les estaba prohibido entrar en sus casas. Jesús los acoge, los defiende y elogia. En muchas ocasiones dice que son mejores que los que se consideraban justos, como los fariseos.

- Al fariseo que le invitó a comer y que criticaba a la pecadora que entró durante la comida y se acercó a Jesús, le dijo finamente que aquella

---

<sup>77</sup> J. A. PAGOLA, p. 134-135

<sup>78</sup> J. ESPEJA oc. 170-171

pecadora era mejor que él: “Tú no me diste el beso de saludo, ella no ha cesado de besarme los pies... (Lc 7, 45)

- En la parábola del fariseo y el publicano que van a orar, Jesús elogia la humildad del “pecador” y critica el orgullo del fariseo, que, en lugar de alabar a Dios emplea la oración para alabarse a sí mismo y para desprestigiar a los demás (Lc 18,10)
- Jesús resalta que ha curado a 10 leprosos y sólo uno, el que consideraban pecador por ser extranjero, vuelve a dar las gracias. Los 9 judíos - los “justos” - no saben dar gracias.
- En la parábola del buen samaritano Jesús hace una crítica durísima de la insensibilidad e insolidaridad de los judíos más cercanos al templo, como el sacerdote y el levita y, Al contrario, hace un gran elogio del samaritano, considerado por ellos cismático y pecador.

#### **4.8. Rompe los estrechos límites del amor propios de la cultura judía.**

Los judíos tenían un concepto de prójimo muy restringido. Sólo consideraban prójimos a los de su pueblo, de su clase social o de su grupo. Jesús amplía el concepto de prójimo e incluye a los pecadores y los extranjeros. Jesús ama y pide amar a los excluidos, a los extranjeros y a los enemigos. Lo dice con solemnidad y corrigiendo las sacrosantas tradiciones judías: “Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, oren por sus perseguidores” (Mt 5, 43-44)

Lo que menos se podía esperar era oírle hablar de amor a los enemigos. Sólo un loco podía decirles con aquella convicción algo tan absurdo: “amad a vuestros enemigos”. Eso sí que era poner el mundo del revés, porque hasta los salmos y otros libros, que consideraban inspirados por Dios, le piden a Dios que se venga de los enemigos de Israel..

Jesús saca una conclusión irrefutable: “amad a vuestros enemigos para que seáis dignos de vuestro Padre del cielo” (Mt 5, 43) que no hace distinción entre las personas. Esta llamada de Jesús tuvo que provocar conmoción, pues, como he dicho, algunos salmos invitaban más bien al odio y a la destrucción de los enemigos. Dice el salmo 139, 21: “Dios de la venganza, Yahvé, Dios vengador, manifiéstate... da su merecido a los soberbios”. También esto lo quería poner Jesús del revés. La lección soberana de Jesús sobre el perdón y el amor a los enemigos nos la dio Jesús en la cruz pidiendo por los que lo crucificaban.

La fundamentación teológica para incluir a los pecadores entre los prójimos que deben ser amados, consiste, como en el caso del amor a los enemigos, en el ejemplo de Dios; es la respuesta humana al perdón divino (Lc 7, 41ss)<sup>79</sup>

#### **4.9. La lucha no violenta por la justicia<sup>80</sup>.**

En tiempos de Jesús, ningún judío dudaba de que Dios era violento y hacía justicia vengando a su pueblo de sus opresores. Jesús descartó cualquier idea de venganza, porque el oprimido no se libera haciéndose opresor. La lectura de Lc 6, 1-2 con la que se presentó Jesús en la sinagoga de su pueblo la dejó bruscamente interrumpida en medio de la frase. Puso punto final a la frase antes de terminar de leerla. A las palabras “proclamar el año de gracia del Señor, seguía la frase: “día de la venganza de nuestro Dios”. Jesús suprimió el anuncio de la venganza. Y eso no dejó a los judíos admirados, como se ha traducido a veces, sino indignados<sup>81</sup>. Quizás alguno se preguntaría: ¿Cómo este carpintero se permite mutilar la Escritura Santa?

Jesús enseña que Dios no es violento, sino compasivo, que ama incluso a sus enemigos y no busca la destrucción de nadie. Su grandeza no consiste en vengarse, castigar y controlar la historia por medio de intervenciones destructoras. Dios es grande, no por su poder destructor de los enemigos, sino porque su compasión hacia todos es incondicional. Esta es la experiencia de Dios que tiene Jesús. Por eso no sintoniza con las expectativas mesiánicas que hablan de un Dios belicoso o de un Enviado suyo que destruirá a los enemigos de Israel<sup>82</sup>. Juan Bautista había anunciado una intervención violenta de Dios. Todos esperaban un Mesías conquistador que entrara en el mundo a sangre y fuego, con el hacha en la mano, haciendo justicia por la vía de la violencia. Jesús es un Mesías muy diferente que vive desafiando día a día diferentes formas de violencia. Lo suyo no es destruir, sino curar, restaurar, bendecir, perdonar. Así va extendiendo el Reino de Dios en el mundo.

Desde su experiencia de un Dios no violento, Jesús propone una práctica no violenta de resistencia a la injusticia. Cuando alguien te abofetee en la mejilla derecha, dice, ponle también la izquierda. Esto responde plenamente a la forma de actuar de Jesús que quiere erradicar del mundo la injusticia sin caer en la violencia destructora.

---

<sup>79</sup> G. THEISSEN, *El Jesús Histórico*, p. 438

<sup>80</sup> J. A. Pagola, oc 161-166

<sup>81</sup> L.González-Carvajal oc. p. 81

<sup>82</sup> J. A. PAGOLA oc. p. 261

Cuando invita a poner la otra mejilla, Jesús no está pensando sólo en desarmar al adversario sino en que cada uno venza en sí mismo la tentación de actuar violentamente. Al parecer, el golpe en la mejilla era una práctica bastante común de los señores para humillar a los subordinados. Los amos golpeaban impunemente a sus esclavos. Jesús dice: cuando alguien te abofetee, no pierdas la dignidad ante tu agresor, mírale a los ojos, quítale su poder de humillarte, ofrécele la otra mejilla, hazle ver que su agresión no ha tenido efecto alguno sobre ti, sigues siendo tan humano y más que él.

Jesús nos enseña que no es la violencia o la venganza lo que puede restablecer la justicia, sino el amor, la comprensión y el perdón.

#### **4.10. Jesús pone del revés la imagen del Mesías que esperaba el pueblo.**

Como acabo de recordar, en tiempos de Jesús, las esperanzas mesiánicas eran de lo más variado: los zelotes esperaban un Mesías político y nacionalista que restaurara el reino de David, los maestros de la ley o escribas esperaban un Mesías que fuera un gran maestro de la Ley, otros esperaban un sumo sacerdote excepcional o el profeta, Elías que retorna. Así que el título de Mesías estaba abierto y hasta era oscuro, ambiguo, se prestaba a falsas interpretaciones.

Jesús dio un vuelco a tales expectativas. Jesús es un Mesías totalmente diferente del esperado por los judíos. Tampoco es el Mesías descrito por Juan Bautista; el Mesías de la ira y del juicio de Dios, que entra en el mundo con el hacha en la mano, sino el Mesías de la misericordia que anuncia el reinado del Dios Abbá. Él es el Mesías servidor, no el conquistador que aplastaría a los opresores de Israel. Él se identifica con los vencidos: los pobres, los enfermos, los pecadores, los humillados y desechados. No es un Mesías vencedor, sino víctima, que da la vida por los demás.

### **5. Un profeta perseguido**

Por ser revolucionario, Jesús es un profeta perseguido. Sería erróneo pensar que rechazó de plano la institución religiosa de su tiempo. La respetó, pero rechazó la manera en que se usaba y se abusaba de la autoridad para oprimir al pueblo. No fue un anarquista, no pensó que se podía vivir en sociedad sin ley y sin una autoridad. Lo que quería era dar un vuelco a las situaciones de marginación. Con esta idea en la mente comenzó a construir el reino-familia de Dios como nuevo Israel. Una estructura igualitaria en la que los que tuvieran autoridad la ejercieran como un servicio. Y eso despertó el rechazo de quienes se oponían a esa igualdad y querían seguir oprimiendo al pueblo.

Los profetas son personas que alzan la voz cuando otros permanecen callados. Critican a su sociedad, su país o sus instituciones religiosas. Dicen lo que piensan sobre las prácticas de su pueblo y de sus líderes, mientras otros permanecen en silencio. Y eso comporta conflicto y Jesús lo experimentó en carne propia<sup>83</sup>.

Jesús habló con energía contra las prácticas de las autoridades religiosas de su tiempo. Y el conflicto que ello ocasionó se hizo tan intenso que, al final, lo mataron para que dejara de hablar<sup>84</sup>. A Jesús las autoridades lo condenaron por blasfemo y las romanas por rebelde político. Ambas cosas eran falsas. En realidad, no lo mataron por eso, sino por ser un profeta incómodo. Jesús, "profeta poderoso en obras y palabras"(Lc 24,19) fue ejecutado en la cruz. ¡No se puede ser profeta impunemente! Y lo mismo les ocurrirá a sus seguidores: "Todo el que se proponga vivir como cristiano, será perseguido" (2 Tim 3, 12)

## **6. Todos los cristianos somos profetas**

En el bautismo todos hemos sido consagrados profetas, pero muchos guardamos en el fondo del archivo muerto nuestra condición de profetas. Jamás la hemos activado. El concilio Vaticano II dice que "el pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo"(LG 12 a). Es Cristo mismo quien continúa su función profética en la historia por medio de nosotros. Vale la pena copiar la siguiente cita del Vaticano II. "Cristo, el gran profeta, que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los laicos a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y les dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra para que la virtud del Evangelio brille en su vida diaria, familiar y social" (LG 35 a).

Como el profeta de Nazaret, todos nosotros, somos enviados a anunciar la Buena Nueva del Reino a los pobres y oprimidos, a denunciar las injusticias, a proclamar la liberación, a promover el cambio, a poner muchas cosas del revés, aunque por ello seamos perseguidos.

Como Jesús, todos hemos de ser inseparablemente místicos y profetas. Algunos separan la mística o la oración de la acción profética, como si los que sienten hambre de espiritualidad no tuvieran sed de justicia o quienes se sienten movidos por la pasión por la justicia no tuvieran que orar. La profecía y la mística forman

---

83 A. NOLAN, *Jesús, hoy*, p. 96

84 A. NOLAN, *Jesús hoy*, p. 97

un todo inseparable en la vida y la espiritualidad de Jesús. Los profetas eran místicos y los místicos eran profetas. Era impensable que una persona pudiera ser un profeta que hiciera un llamamiento a la justicia y al cambio social sin tener una fuerte experiencia de unión con Dios<sup>85</sup>.

Quien quiera tomar a Jesús en serio tendrá que estar preparado para convertirse en un profeta y un místico. Todos podemos llegar a ser lo bastante valientes para alzar la voz como profetas. La profecía y la mística van unidas<sup>86</sup>. K. Rhaner dijo que los cristianos del siglo XXI o serán místicos o no serán cristianos. Y no olvidemos que no podemos ser profetas si estamos lejos o ajenos a lo que está pasando en el pueblo, sobre todo en el pueblo sufriente.

### **Para el diálogo**

- a) *En el bautismo fuimos consagrados profetas. El profeta es hombre o mujer de Dios y del pueblo. ¿Cómo cultivamos la amistad con Dios? ¿Qué cercanía tenemos con respecto al pueblo, especialmente del pueblo humillado y sufriente?*
- b) *¿A través de qué acciones ejercemos nuestra condición de profetas?*
- c) *Como Jesús de Nazaret tenemos que ser agentes de cambio. ¿Qué cambios tendríamos que promover hoy en nuestro medio social y político impulsados por la fe? ¿Qué cambios tendríamos que promover en nuestra Iglesia a nivel parroquial, diocesano y universal?*
- d) *¿Qué estamos haciendo para impulsar esos cambios?*
- e) *¿Conoces algún profeta actual? ¿Por qué lo consideras profeta?*

---

85 A. NOLAN, Jesús, hoy, p. 107

86 NOLAN. Jesús, hoy, p. 110



## 9

# JESUS, EL MAESTRO

Hemos contemplado a Jesús como profeta, lo vamos a ver ahora como Maestro para tratar de aprender las grandes lecciones de vida que nos dejó.

### 1. “Ustedes tienen un solo Maestro”

Jesús es un grandísimo maestro sin estudios. En Israel la única carrera que existía en tiempo de Jesús era la de escriba. Los escribas eran los únicos maestros. Y se gloriaban de que la gente los llamara maestros (Mt 23, 6). Jesús no estudió la carrera de escriba. Fue un sabio popular salido directamente de las tareas artesanales y campesinas.

Mateo, partiendo de la experiencia de que Jesús había sido un maestro incomparable para sus discípulos, pone en boca de Jesús una frase que recoge esta realidad, aunque la frase no fuera dicha por Jesús: “Vosotros no os dejéis llamar maestros porque uno sólo es su maestro, mientras que todos ustedes son hermanos” (Mt. 23, 8) Esta frase refleja muy bien lo que Jesús era para sus discípulos.

En el relato del niño Jesús perdido en el templo construido por Lucas (Lc 2, 46-48), éste anticipa ya lo que fue Jesús, por eso lo presenta como maestro en medio de los maestros, a quienes deja asombrados sobre todo por la agudeza de sus preguntas, por la exactitud de sus respuestas, por su conocimiento de la Ley. Con ello Lucas no nos quiere contar un hecho histórico de la infancia de Jesús, sino que quiere decirnos de él algo que se manifestó después: que Jesús

es el verdadero y único maestro para el nuevo Israel, para la comunidad de sus seguidores.

Jesús fue reconocido como maestro, al parecer, no sólo por sus discípulos, sino por la gente y hasta por algún maestro oficial, como Nicodemo, que era escriba. Según el evangelio de Juan, cuando Nicodemo visita a Jesús de noche, comienza diciendo: “Sabemos que vienes de parte de Dios como maestro” (Jn 3, 2). El joven rico que sale al encuentro de Jesús le dice: “Maestro bueno” (Mc 10, 17). María Magdalena, cuando lo reconoce después de resucitado, fuera de sí por la alegría, le dice: “Maestro” (Jn 20,16) lo que significa que llamarlo “Maestro” era una expresión no sólo de admiración sino también de cariño y muy habitual entre los discípulos.

## **2. Un Maestro que enseña con autoridad**

Jesús fue un maestro excepcional que, sin regentar una cátedra ni haber escrito una sola línea, nos ha dejado lecciones tan bellas y tan profundas, que nunca acabamos de aprender del todo ni de llevar a la práctica.

Jesús no es un maestro como los escribas, sino muy diferente. Ellos eran maestros de las palabras, Jesús es maestro de la vida porque habla desde su experiencia de vida y porque enseña a vivir de otra manera, exactamente como él vivía. Ellos eran maestros de la Ley, Jesús es maestro del amor, que es su única ley.

Jesús “es un sabio que enseña a vivir respondiendo a Dios. Nadie lo confunde con los intérpretes de la ley o con los escribas que trabajan al servicio de la jerarquía sacerdotal del templo. Jesús no se dedica a interpretar la ley. No acude a las Escrituras para analizarlas y extraer de ellas su enseñanza, tal y como acostumbraban los fariseos o la comunidad de Qumrán<sup>87</sup>.

Marcos al describir el inicio de la vida pública de Jesús dice que despertaba asombro porque “les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mc 1, 27). La frase “como quien tiene autoridad” significa dos cosas:

- a) Primera: que él no intenta justificar sus enseñanzas apoyándose en otras autoridades o tradiciones. Jesús transmite mensajes propios nacidos de su manera de entender la vida desde el reino de Dios. Jesús los pronuncia con autoridad propia, sin fundamentarse en las Escrituras y sin aportar argumento alguno. Jesús no habla como los otros profetas: “Así dice Yahvé”, sino que afirma: “yo les digo”. El que Jesús hablara con autoridad no significa que fuera impositivo. No impone nada, sugiere, invita,

---

<sup>87</sup> Cf. PAGOLA oc pp 239-241

convence. Actúa y habla con la autoridad de la verdad: hay que decir sí o no; políticas y zorrerías son cosas del diablo. No impone nada; sólo invita y solicita una respuesta libre y responsable<sup>88</sup>.

- b) En segundo lugar, la frase “hablaba con autoridad” hay que interpretarla también en el sentido de que Jesús vivía y realizaba lo que enseñaba a los demás, no como los otros maestros de los que Jesús dijo: “En la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y los fariseos. Ustedes hagan y cumplan lo que ellos digan, pero no los imiten, porque dicen y no hacen” (Mt 23, 2) Hablar de autoridad en este sentido significa hablar de autenticidad; la autenticidad de unas palabras que se corresponden con la vida de quien las pronuncia. Jesús enseña con autoridad porque enseña con el ejemplo de vida. Nicodemo cuando le dice: “Sabemos que has venido de parte de Dios como Maestro” no añade por lo que enseñas o por tu maestría en el hablar o por tu modo de interpretar las Escrituras, sino “porque nadie puede hacer las cosas que tú haces si Dios no está con él” (Jn 3, 2) Es decir, enseñaba haciendo cosas.

### **3. La pedagogía popular de Jesús**

Jesús no es un maestro teórico que desarrolla temas científicamente bien articulados y sin fisuras. No formula tesis y proposiciones generales. Va directamente al grano buscando que su enseñanza sea mensaje claro para las personas. “El lenguaje de Jesús es inconfundible. No hay en sus palabras nada artificial o forzado; todo es claro y sencillo. No necesita recurrir a ideas abstractas o frases complicadas; comunica lo que vive”<sup>89</sup>.

La gente sabe que Jesús no es un maestro de la ley. Él no se sienta como los escribas en la cátedra de Moisés en el templo o en la sinagoga. Jesús se mueve en medio del pueblo. Habla en las plazas y descampados, por los caminos, en la orillas del lago o desde una barca. Tiene su propio lenguaje y su propio mensaje. Para comunicar la experiencia del Reino de Dios y sus exigencias en la vida cotidiana ofrece mensajes muy breves y fáciles de recordar (las sentencias) y narra parábolas que abren a sus oyentes a un mundo nuevo. Es interesante la comparación que hace un gurú budista, Osho, entre Jesús y Buda: “Buda es muy filósofo, muy refinado; Jesús es muy simple, sencillo. Jesús habla como un aldeano, un granjero, un pescador. Pero, aunque habla como la gente común, sus palabras tienen solidez, concreción, realidad. Las palabras de Buda son abstractas; son palabras muy elevadas, filosóficas. Las palabras de Jesús son

---

88 J ESPEJA, oc. p. 104

89 J. A. PAGOLA, oc, 115

muy de la tierra, muy mundanas. Tienen la fragancia que desprende la tierra cuando empieza a llover. Las palabras de Jesús están muy conectadas con la tierra, muy enraizadas en ella”<sup>90</sup>.

Como acabo de indicar, dos son las formas literarias de carácter popular que Jesús utiliza para enseñar a las gentes: las sentencias y las parábolas. Voy a decir algo sobre cada una de ellas.

### **3.1. Jesús Maestro de las sentencias**

Las sentencias son frases cortas densas de contenido que se refieren directamente al modo de comportarse en la vida. De su boca salen sentencias directas y precisas que apremian a la gente a vivir de otra manera. Son normas de vida muy concretas, prácticas y fáciles de recordar. Se trata de un género literario muy abundante en los evangelios. No cabe duda de que muchas de ellas vienen directamente de Jesús y resumen muy bien su pensamiento.

“Sus dichos quedaron grabados en quienes le escuchaban. Breves y concisos, llenos de verdad y sabiduría, pronunciados con fuerza, obligaban a la gente a pensar y a vivir de otro modo. Jesús lo repite una y otra vez, en circunstancias diversas. Algunos le sirven para remachar en pocas palabras lo que ha estado explicando largamente. No son dichos para ser pronunciados uno detrás de otro. Se necesita tiempo para pensar en cada uno de ellos. Jesús tiene un estilo de enseñar muy suyo. Sabe tocar el corazón y la mente de las gentes. Con frecuencia sorprende con dichos paradójicos y desconcertantes: quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará (Mc 8,35)”<sup>91</sup> Jesús denuncia gráficamente la hipocresía de los dirigentes religiosos de su pueblo con sentencias como esta: “cuelan un mosquito y se tragan un camello” (Mt 23, 24)

He aquí algunos ejemplos más de sentencias: “Si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en un pozo” (Mt 15, 14) “¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo, si pierde su vida?” (Mt 16, 26) “Más fácil es para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de los cielos” (Mt 19, 24) “Muchos de los primeros serán los últimos y muchos de los últimos serán los primeros” (Mt 19, 30) “Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” “El sábado se hizo para el hombre, no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27) “La medida que usen para medir, la usarán con ustedes” (Mt 7,2) “No

---

90 “El significado oculto de los evangelios” p. 12

91 J. A. PAGOLA oc p. 242-243

juzguen y no serán juzgados” (Lc 6,37) Finalmente, quiero recordar la regla de oro de las relaciones con los demás: “Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes” (Lc 6, 31; Mt 7, 12) Cada una de estas sentencias es tan rica de contenido y tan práctica para la vida que da para meditar mucho tiempo aplicándola a nosotros mismos.

Jesús quiere llegar hasta las gentes más sencillas e ignorantes. Por eso emplea también refranes conocidos por todos. Al pueblo siempre le gustan esos dichos o refranes de autor desconocido que recogen la experiencia de generaciones. Un ejemplo: “no podéis servir a Dios y al dinero”. ¡Cuánta sabiduría popular hay en los refranes!

### **3.2. Jesús Maestro de la parábola**

Hoy se está valorando muchísimo la dimensión poética de Jesús; las metáforas, las imágenes y sobre todo las parábolas de Jesús en esa época -siglo I- es de lo mejor que hay en la literatura mundial. Con ese lenguaje parabólico, más que hablar de doctrinas, Jesús habla de cómo sería la vida si hubiera más gente que se pareciera a Dios.

Entre los varios modos de enseñanza que Jesús empleó, sobresale la parábola en la que es un verdadero innovador y maestro. Benedicto XVI en su libro “Jesús de Nazaret” dice que “las parábolas son indudablemente el corazón de la predicación de Jesús. No obstante el cambio de civilizaciones, nos llegan siempre al corazón con su frescura y humanidad”. Joachim Jeremías, gran conocedor de este género literario, habla de una “inaudita maestría” de Jesús en la forma de hablar con parábolas.

#### **3.2.1. ¿Qué es la parábola?**

Las parábolas son metáforas desarrolladas narrativamente en forma de una breve historia. Dicho de otra manera: son comparaciones en forma de historieta. En ellas se parte de algo muy conocido para dar a conocer otras realidades muy superiores por la vía de la comparación entre lo conocido y lo desconocido. “La parábola es una comparación tomada de lo que sucede en la naturaleza o en la vida cotidiana para esclarecer una experiencia de carácter religioso”<sup>92</sup>.

---

92 J. ESPEJA, oc, p. 143

Las comparaciones de Jesús en las parábolas parten de realidades tan familiares para la gente sencilla como la siembra, la levadura usada para fermentar la masa o como cuando resume su historia y anuncia lo que van a sufrir sus discípulos con su muerte y cómo el dolor se va a transformar en gozo con su resurrección comparándolo con el dolor de parto de la mujer y su alegría cuando ha traído un hijo al mundo (Jn 16, 20s)

Jesús en sus parábolas se manifiesta como una persona que observa con finura el mundo de los trabajos, los afanes, las alegrías y los fracasos de quienes le rodean; evoca la felicidad que respiran los niños mientras juegan en la plaza; sabe de los jornaleros que se levantan pronto y esperan en la calle a que los contraten, conoce los desvelos del labrador que cuidadosamente cultiva la tierra para que le dé buen fruto, la solicitud de la mujer mientras amasa para que agarre la levadura, y la sabiduría del sastre para no coser un remiendo de tela nueva en un vestido ya gastado. Jesús vivió muy de cerca los sentimientos humanos por eso sabe hablar del afecto de un padre bueno hacia su hijo vagabundo, de la preocupación del pastor al darse cuenta de que le faltaba una oveja, de la alegría de la mujer pobre al encontrar la moneda perdida de un viandante que al volver de la feria es asaltado, de un sembrador que a puñados esparce la semilla y espera su fruto. Todas esas escenas tan familiares las toma en sus parábolas como puntos de comparación para hablarnos de Dios y de su Reino.

Las parábolas reflejan también una gran sensibilidad poética. Es un género literario muy creativo, que requiere mucha imaginación. Para manifestar una experiencia profunda, nos servimos de símbolos que, si bien evocan, no agotan nunca la realidad vivida. Por eso, una y otra vez intentamos decir de forma nueva lo que gustamos en la intimidad y no podemos definir mediante conceptos bien limitados.

Se conservan en los evangelios cerca de 40 parábolas. Con las parábolas, Jesús no pretende, ante todo, ilustrar su doctrina para que la gente sencilla pueda captar elevadas enseñanzas que, de lo contrario, nunca lograría comprender. Lo que pretende es ayudarles a cambiar de vida. Por medio de estos relatos cautivadores va removiendo obstáculos y eliminando resistencias para que la gente se abra a la experiencia de un Dios que está llegando a sus vidas. Cada parábola es una invitación apremiante a pasar de un mundo viejo a un mundo nuevo, lleno de vida, que Jesús está ya experimentando y que él llama reino de Dios. Con las parábolas de Jesús sucede algo que no se produce en las minuciosas explicaciones de los maestros de la ley. Jesús “hace presente” a Dios

irrumpiendo en la vida de sus oyentes. Sus parábolas conmueven y hacen pensar; tocan el corazón y les invitan a abrirse a Dios"<sup>93</sup>.

Otra novedad de las parábolas de Jesús es que con frecuencia son relatos subversivos. El carácter subversivo de un dicho como: "Quienes se ensalcen serán humillados y quienes se humillen serán ensalzados" (Lc 14, 11) queda patente para nosotros en la parábola del fariseo y el recaudador de impuestos que suben al templo a orar (Lc 18, 9s). Esta parábola invierte todas las expectativas. El fariseo (el santo) no queda justificado porque es orgulloso y despectivo de los demás. El recaudador en cambio es justificado a los ojos de Dios porque se humilla.

La parábola del samaritano que ayudó a un judío herido da un vuelco a todos los prejuicios que los judíos tenían contra los samaritanos pues los consideraban herejes y medio paganos. Las parábolas de Jesús sacuden la conciencia y hacen romper los prejuicios.

La parábola del hijo pródigo es una denuncia de la mala imagen de Dios que tienen los escribas y fariseos y de su legalismo inhumano. Como ellos no perdonan, piensan que su Dios tampoco perdona. El Dios de Jesús es amor y perdón.

Las parábolas invitan a una toma de postura ante la historia que cuentan y los personajes que intervienen en ella. Buscan así provocar un cambio de actitud y de comportamiento en los oyentes.

### **3.2.2. En las parábolas, Jesús nos transmite su propia experiencia de Dios y del Reino**

Jesús utiliza las parábolas para decirnos cómo es Dios, cómo piensa y actúa y para invitarnos a imitar.

"Jesús utiliza las parábolas para hablar de Dios y de su Reino. Él vive una experiencia intensa de Dios y su Reino, y no encuentra conceptos y palabras capaces de comunicarla. Por eso emplea un lenguaje simbólico y poético que nos entrega la realidad, pero siempre nos deja en camino hacia el conocimiento pleno de la misma. Según los evangelios, solía decir "con qué compararemos el Reino de Dios..."<sup>94</sup>. Casi todas las parábolas son para decir algo del Reino de Dios, invitarnos a entrar en él y a vivir conforme a sus valores. Él gustaba la

---

93 J. A. PAGOLA oc 119

94 J. ESPEJA, oc. p. 142

presencia gozosa de Dios y su Reino, y trataba de manifestarla sirviéndose de muchas comparaciones y de muchos gestos elocuentes.

A diferencia de los rabinos que incluían las parábolas como argumentos probativos en sus debates, Jesús recurre a las parábolas no para demostrar nada, sino para mostrar, para presentar de modo inteligible una verdad que al ser concretada desde una experiencia humana, se hace por sí misma evidente. Pero sobre todo la gran diferencia entre las parábolas de Jesús y las de los escribas está en la distinta y peculiar experiencia que tiene Jesús sobre Dios y su proyecto. La novedad de las parábolas evangélicas es tan singular, que los maestros de Israel “oyen, pero no escuchan ni entienden. Son expresión simbólica de la interioridad de Jesús<sup>95</sup>. No podían entender las parábolas tal como las usa Jesús porque ellos las entendían y las usaban de otra manera.

El objetivo de las parábolas generalmente no es enseñar verdades teóricas, sino invitar a cambiar de vida. En resumen, las parábolas son para hablar de Dios y llevarnos a su encuentro y para hablar del Reino de Dios e introducirnos en su dinámica.

- a) **Hablar de Dios.** Las parábolas son el mejor lenguaje para hablar de Dios. En ellas Jesús expresa la experiencia que él mismo tiene de Dios. “Las parábolas de Jesús han sido consideradas siempre, con razón, como modelo del lenguaje religioso sobre Dios. Porque de Dios sólo cabe hablar adecuadamente en imágenes y parábolas<sup>96</sup>. Son una humilde mirada al misterio que nos deja contemplando sin tratar de encasillarlo como encasillan las definiciones.
- b) **Hablar del Reino de Dios.** Jesús las utiliza también para describir la misteriosa realidad del Reino de Dios. La mayor parte de las parábolas son comparaciones para decir algo del Reino y por eso suelen comenzar diciendo: “el Reino de Dios se parece a... La parábola no limita ni encierra la realidad inconmensurable de Dios y de su Reino en conceptos; muestra pistas, insinúa, sugiere y deja las ventanas abiertas a un horizonte inmenso que nunca acabaremos de penetrar. Por eso decimos que el lenguaje más adecuado para hablar de Dios y de su Reino, son las parábolas.

### 3.2.4. Los discursos atribuidos a Jesús

Otro género literario que encontramos en los evangelios, especialmente en Juan, son los discursos, que, con frecuencia, no tienen el carácter popular de las

---

95 J. ESPEJA, oc. p. 143

96 Gerard Theissen, *Jesús Histórico*, p. 384

enseñanzas de Jesús. Parece seguro que Jesús no utilizó ese modo de enseñanza, sino en forma de predicación popular. Los discursos que encontramos en los evangelios los han preparado y redactado las comunidades y los evangelistas y los han puesto en boca de Jesús. Aunque él no los haya dicho, recogen fielmente su pensamiento.

Son recursos literarios que los evangelistas utilizan para decir quién es Jesús y para resumir sus enseñanzas. Tratan de reflejar el pensamiento de Jesús, pero no sus palabras, que nadie grabó. Un caso muy claro es el sermón de la montaña en el que los evangelios engarzan en el hilo de un discurso sentencias y dichos de Jesús pronunciados en distintas ocasiones.

Particularmente extensos son los discursos que el evangelio de Juan pone en boca de Jesús para decirnos quién es él: el enviado del Padre y la Palabra de Dios. Así, en el discurso del pan de vida, que ocupa todo el capítulo 6 de Jn, Jesús se presenta como el alimento de nuestra vida, de la vida nueva que él desata en los que creen en él. En la primera parte del capítulo este alimento es Jesús como Palabra de Dios y en la segunda parte es él como Eucaristía o donación de su persona y su vida.

Especialmente largo es el discurso de la última cena que ocupa una cuarta parte del evangelio de Jn. En él Jesús es presentando repetidas veces como el enviado del Padre que hace siempre lo que ve hacer al Padre. En este discurso Jesús muestra una gran preocupación por el futuro de su comunidad e insiste una y otra vez en el amor mutuo y en la unión de todos los hermanos con frases rotundas como esta: “esto les ordeno, que se amen unos a otros”. Frase a la que añade otra para hacer más radical la exigencia del amor, “como yo les he amado” (Jn 13, 34; 15, 12).

## 5. Los dos grandes temas del Maestro

Todo maestro tiene temas preferidos que expone con mayor insistencia y entusiasmo porque para él son los más importantes. En realidad Jesús tiene un solo tema preferido que es el más nuclear y esencial de sus vivencias y de su anuncio: el Reino de Dios y su ley fundamental que es el amor. El amor, que es la señal más clara de la presencia del Reino, ya que donde hay amor, Dios está siendo Padre, está reinando. Por eso podemos decir también que el tema principal de la enseñanza de Jesús es éste: Dios es Padre de todos.

### 5.1. Maestro del Reino<sup>97</sup>

En cuanto nos acercamos a Jesús vemos que, en esa sociedad, no es un escriba, un maestro de la ley, tampoco es un sacerdote; no enseña propiamente una doctrina, sino

---

<sup>97</sup> J. A. Pagola, oc, p. 244-248

una experiencia o una vivencia muy honda; nosotros a veces hemos imaginado que lo más específico de Jesús era enseñar la verdadera religión, una doctrina que luego los discípulos tendrán que difundir de manera correcta, pero no es así. En el centro de la predicación de Jesús más allá de una doctrina hay un hecho, un acontecimiento, algo que está sucediendo, que Él está experimentando y que quiere contagiar a todos.

Todos los investigadores están de acuerdo en que el resumen que hace el evangelista Marcos -el primer evangelista- es el más correcto; dice así: *Jesús anunciaba la Buena Noticia de Dios*, a Dios como algo nuevo y bueno. Jesús anuncia que el Reino de Dios se está acercando, que este Dios no quiere dejarnos solos frente a los problemas y los desafíos, sino orientar nuestra vida de manera sana, dichosa; Jesús invita a cambiar de manera de pensar y de hablar, invita a creer en esta Buena Noticia, a vivir creyendo en Él. Jesús percibe que ha empezado un tiempo nuevo, pero hay que acogerlo.

“La Ley era para los judíos un motivo de orgullo y su alegría, un bien precioso e imperecedero, garantía y camino de salvación. Sin embargo, Jesús, seducido por el reino de Dios, no se concentra en la Torá (en la Ley). No la estudia ni obliga a sus discípulos a estudiarla. Jesús busca la experiencia de Dios desde una óptica diferente. La ley puede regular correctamente muchos capítulos de la vida, pero ya no es lo más decisivo para descubrir la verdadera voluntad de ese Dios entrañable que está llegando. No basta que el pueblo se pregunte qué es ser leal a la ley. Ahora es necesario preguntarse qué es ser leales al Dios de la compasión<sup>98</sup>, al Dios Padre entrañable.

Para Jesús lo importante en la comunidad del Reino de Dios no es contar con personas observantes de la ley, sino con hijos e hijas que se parezcan a Dios y traten de ser buenos unos con otros como lo es él.

En un tema anterior hemos visto a Jesús como misionero del Reino. Allí hablamos más ampliamente del Reino. Aquí sólo quiero recordar cómo Jesús enseña que, ante la llegada del Reino, lo primero es acogerlo personalmente y dejar que cambie nuestra vida. Eso era lo primero que él proclamaba: “Conviértanse y crean en la Buena Nueva” del Reino (Mc 1, 14) Cuando Jesús proclama el reino de Dios, lo hace buscando una respuesta al don del Reino y a sus exigencias porque Dios ya está actuando.

Para Jesús el reino de Dios está llegando y hay que aceptarlo y entrar personalmente en su dinámica. En el reino de Dios solo se puede entrar con un “corazón nuevo”, dispuestos a obedecer a Dios desde lo más hondo. Dios busca reinar en el centro más íntimo de las personas, en ese núcleo interior donde se decide su manera de sentir, de pensar y de comportarse. Jesús lo ve así: nunca nacerá un mundo más humano si no cambia el corazón de las personas; en ninguna parte se construirá la vida tal como Dios la quiere si las personas no

---

98 J.A. PAGOLA, 249-250

cambian desde dentro. El reino ha de cambiar a todos desde su raíz. Sólo hombres y mujeres de corazón nuevo podrán hacer un mundo nuevo en el que Dios reine siendo Padre de todos.

Jesús da un paso más y nos enseña cómo hay que recibir el Reino de Dios: “Yo os aseguro: el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 10,14). El camino para entrar en el reino de Dios es hacerse como niños; sentirse pequeños y débiles y dejarse abrazar por Dios como los niños se dejaban abrazar por Jesús con alegría.

Una vez que acogemos personalmente el Reino y nos dejamos transformar por él, estamos en condiciones de anunciarlo y de abrirle caminos en el mundo. Sin esa acogida transformadora de la persona, todo se queda en palabrería.

## 5.2. Maestro del amor

Todos los evangelios, especialmente el de Jn, presentan a Jesús como maestro del amor y de todas sus expresiones, como la compasión, la misericordia, la solidaridad y el perdón. Y enseñó, ante todo, con su testimonio de vida, con su amor sin límites y hasta el extremo (Jn 13, 1) Jesús actúa como maestro de vida presentando el amor como la ley fundamental y decisiva. Para él, el mandato del amor no se encuentra en el mismo plano que los demás preceptos, perdido entre otras normas más o menos importantes. El amor vuelve relativo todo lo demás. Si un precepto no se inspira en el amor o va en contra él, para Jesús queda vacío de sentido. No sirve para construir la vida tal como Dios la quiere.

Voy a referirme únicamente a tres puntos de la enseñanza de Jesús sobre el amor.

### 5.2.1. **El amor a Dios y al prójimo son inseparables, pero no son lo mismo**

Jesús establece una estrecha relación entre el amor a Dios y al prójimo. Son inseparables. El amor a Dios que excluye al prójimo se convierte en mentira. Pero Jesús no confunde el amor a Dios y el amor al prójimo, como si fueran una misma cosa. El amor a Dios no puede quedar reducido a amar al prójimo ni el amor al prójimo es ya, en sí mismo, amor a Dios. Para Jesús, el amor a Dios tiene una primacía absoluta y no puede ser reemplazado por nada. Es el primer mandamiento. No se disuelve en la solidaridad humana. Lo primero es amar a Dios: buscar su voluntad, entrar en su reino, confiar en su perdón. La oración, expresión de amor, se dirige a Dios, no al prójimo; el Reino se espera de Dios, no de los hermanos<sup>99</sup>.

---

99 J. A. PAGOLA oc, p. 256

Por otra parte, el amor al prójimo no es un medio o una ocasión para practicar el amor a Dios. Yo te amo, no por ti ni porque me interese, te amo porque Dios me lo manda, te amo como un medio de amar a Dios cumpliendo su mandato. Jesús no está pensando en transformar el amor al prójimo en una especie de amor indirecto a Dios, sin que nos importe el hermano más que como medio para demostrar que amamos a Dios. Para Él, el amor al prójimo no es un medio, es una meta. Él ama y ayuda a la gente porque la gente sufre y necesita ayuda. Jesús es concreto y realista: hay que dar un vaso de agua al sediento porque tiene sed y no sólo para demostrar mi amor a Dios o porque él me lo manda; hay que dar de comer al hambriento para que no se muera. Amar a una persona no por sí misma, sino por amor a Dios, sería una cosa bastante extraña. Seguramente Jesús no lo terminaría de entender.

Pero Él enseña que el amor a Dios y al hermano son inseparables. Quienes se sienten hijos e hijas de Dios lo aman con todo el corazón, con toda el alma. Este amor, como es natural, significa docilidad, disponibilidad y entrega a un Padre que ama sin límite e incondicionalmente a todos sus hijos. No es posible amar a Dios sin desear lo que él quiere y sin amar incondicionalmente a quienes él ama como Padre. El amor a Dios hace imposible vivir encerrado en uno mismo, indiferente al sufrimiento de los demás. Es precisamente en el amor al prójimo donde se descubre la verdad del amor a Dios<sup>100</sup>, porque al encontrarnos con Dios, él nos remite inmediatamente al hermano necesitado, no como medio, sino como fin.

## 6. La regla de oro de la vida cristiana

Jesús nos dejó la “regla de oro” de las relaciones con los demás en aquella sentencia que he citado anteriormente: “Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes” (Lc 6, 31). Para nosotros siempre queremos lo mejor. La regla de oro nos pone a buscar lo mejor para todos de manera incondicional. En el mundo nuevo que anuncia Jesús, ésta ha de ser la actitud básica: disponibilidad, servicio y atención a la necesidad del hermano. No hay normas concretas. Amar al prójimo es hacer por él en cada situación concreta todo lo que uno pueda. Jesús piensa en unas relaciones nuevas regidas no por el interés propio o la utilización de los demás, sino por el servicio concreto a todos especialmente a los que más sufren. Sólo se vive como hijo o hija de Dios viviendo de manera fraterna con todos. En el reino de Dios, el prójimo toma el puesto de la ley y se convierte en la ley de leyes<sup>101</sup>.

---

100 J. A. PAGOLA, oc 257

## 7. **Amen a sus enemigos.**

Lo que más pudo sorprender a los contemporáneos de Jesús, como ya dijimos al presentarlo como profeta, es que hablara de amar a los enemigos. Eso era lo que menos se podía esperar de un maestro judío, porque no estaba conforme a las sagradas Escrituras, tal como ellos las leían. Y, sin embargo, Jesús lo enseñó insistentemente. La lección suprema como maestro del amor a los enemigos la dictó desde la cátedra de la Cruz cuando oró por quienes lo ejecutaban diciendo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

A veces nos atormenta el hecho de no poder olvidar lo que nos han hecho nuestros enemigos y creemos que mientras no olvidemos, no hemos perdonado. Jesús es muy humano y al hablar de amor no está pensando en sentimientos de afecto, simpatía o cariño hacia quien nos hace mal. Sería una burla decirle: ¡qué bien me caes! El enemigo sigue siendo enemigo mientras no cambie y se vuelva amigo, y difícilmente puede despertar en nosotros tales sentimientos de amistad. Jesús no nos pide imposibles. Perdonar es desechar todo sentimiento y propósito de venganza, todo deseo de que le vayan mal las cosas. Amar al enemigo es pensar en su bien, hacer lo que es bueno para él, lo que puede contribuir a que viva mejor y de manera más digna.

## 8. **Jesús resucitado sigue siendo nuestro maestro**

La escena evangélica de la transfiguración nos presenta a Jesús como resucitado, ya que es una imagen y un anticipo de lo que sucederá en su resurrección y glorificación definitiva. En esa escena se oye la voz del Padre que dice: “Este es mi Hijo elegido. Escúchenlo” (Lc 14, 26). Esto quiere decir que Jesús resucitado sigue siendo nuestro maestro. Si nos situamos ante él en actitud de discípulos y le decimos: habla, Señor, que te escucho, seguramente que vamos a oír sus sugerencias en el interior silencioso de nuestra conciencia.

¿Cómo nos habla hoy Jesús resucitado?

- a) Jesús resucitado nos sigue hablando a través de la lectura del Evangelio. Cuando tomamos los evangelios y lo leemos en la calma de un profundo silencio, él nos habla. Hay que leer el evangelio no como un libro, sino

como una carta de un amigo que está pensando en nosotros mientras nos escribe. Ante cualquier párrafo del evangelio leído lentamente hemos de preguntarnos: ¿qué me dice Jesús? ¿Qué me enseña con sus palabras y con su comportamiento con la gente, con los pobres, los pecadores, los enfermos. Si aprendemos a contemplar y a escuchar a Jesús leyendo el evangelio, nuestra vida cambiará.

- b) Una caja de resonancia muy especial en la que suena en vivo la voz del Maestro es la liturgia de la Palabra en la celebración de la Eucaristía. La proclamación del evangelio dentro de ella suele comenzar con estas palabras que no están en el evangelio: “en aquel tiempo Jesús”. Ciertamente en aquel tiempo dijo e hizo muchas cosas admirables recogidas por los evangelios. Pero también hoy mismo nos dice a cada uno de nosotros, en vivo y en directo, sus enseñanzas, porque él vive resucitado y está aquí, en persona. El nos ha reunido para celebrar hoy su cena con nosotros y alimentar nuestra vida con el pan de su palabra, de su persona y de su vida presentes en el pan y el vino consagrados. Hemos de reconocer que con frecuencia escuchamos el evangelio sin caer en la cuenta de que es él quien nos habla y sin prestarle atención. Nuestra mente y nuestro corazón están en otra parte. A veces, al terminar su lectura ni siquiera recordamos de qué trataba. De todos modos él nos habla, pero en esas condiciones nunca oiremos su voz.
- c) Pero hay más. Jesús resucitado nos sigue enseñando a través del Espíritu Santo. Él mismo lo anunció cuando dijo: “El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho” (Jn 14, 26) En efecto, Él es nuestro maestro interior a través del cual Jesús nos sigue enseñando. Pero, muchas veces, no entramos en nuestro interior, en lo más hondo de nosotros mismos y nos situamos ante el Espíritu en actitud de oír su voz. Decía san Agustín a sus fieles: “nosotros los predicadores podemos atraer vuestra atención con el ruido de nuestra voz, pero si no hay dentro de vosotros alguien que os enseñe, ese ruido será inútil”.

## 9. Seguir a Jesús como maestro

Al comienzo dije que íbamos a contemplar con asombro y admiración la figura de Jesús, su personalidad y su modo de actuar, para tratar de seguirle en todo. Esta dimensión de Jesús como Maestro, a primera vista, parece que es en la que menos podemos seguirle. Hablar de seguir a Jesús como Maestro parece una pretensión demasiado grande. Además, dice el evangelio que maestros sólo hay uno, él. Alguno dirá: no, a Jesús le podemos seguir sólo como discípulos, no como maestros. Yo digo lo contrario: también tenemos que seguirle como maestro, y seguirle en el sentido más profundo del seguimiento, es decir, para que él siga a través de nosotros siendo maestro para la gente que nos rodea.

Todos tenemos que ser maestros, no sólo los padres de familia, que son los primeros maestros de sus hijos, ni los educadores de profesión, ni los catequistas y demás evangelizadores; todos los cristianos tenemos que ser evangelizadores y maestros, ya que todos tenemos que seguir proclamando, con nuestra palabra y con nuestra vida, los grandes temas de nuestro único Maestro.

Y tenemos que ser maestros al estilo de Jesús de Nazaret. Esto implica dos cosas:

- Primera, enseñar como él enseñaba, con autoridad, con esa autoridad que nos da el propio testimonio de vida, la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos. No podemos ser maestros al estilo de los enemigos de Jesús, los escribas y fariseos, de quienes él dijo, hablando a sus discípulos: “No los imiten, porque dicen y no hacen” (Mt 23, 3)
- En segundo lugar, enseñar al estilo de Jesús implica utilizar una pedagogía popular, sencilla, que llegue al corazón de la gente.

Pero hay más, mucho más: para ser maestros no basta imitar el estilo de Jesús, hay que seguirle en esta faceta de su personalidad y de su misión. Ya sabemos que significa seguirlo, lo acabo de recordar. Significa dejar que él siga siendo maestro a través de nosotros. Recordaré una vez más aquella oración a Jesús resucitado que dice: “Señor, no tienes labios, pero tienes nuestros labios para anunciar por el mundo la Buena Nueva a los pobres”. De esa manera Jesús seguirá siendo el único maestro en nosotros y a través de nosotros; haremos visible su servicio de Maestro. De no ser así podremos ser maestros, pero falsos maestros.

Paralelamente a lo que decía san Pablo a los gálatas: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20) podemos decir ya no enseño yo, es Cristo quien enseña y evangeliza por mí. Para que esto suceda, es necesario renovar permanentemente nuestra unión con él, tomar conciencia de que vive en nosotros y dejarle enseñar. Igual que a los Doce y a los setenta y dos discípulos, él nos dice también hoy a nosotros: quien a ustedes oye, a mí me oye... (cita) No sé por qué lo dudamos si él se lo aseguró a sus primeros discípulos cuando los envió a enseñar a todas las gentes y les dijo: “enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo (Mt 28, 20) Eso significa que también estará enseñando en ellos hasta el fin del mundo.

Y para terminar quiero decir que para ser buenos maestros nunca hay que dejar de ser buenos discípulos de Jesús. De él aprendemos a ser maestros y de él aprendemos lo que tenemos que enseñar, que es su mensaje, no el nuestro.

**Para el diálogo**

- a) *Todos estamos llamados a ser educadores en valores, tan ausentes hoy día, ¿Cómo lo hacemos?*
- b) *Igualmente ayudamos a los demás a conocer y vivir mejor la fe cristiana ¿en qué ámbitos y cómo lo hacemos?*
- c) *Se da hoy la esquizofrenia de separa el amor a Dios y al prójimo? ¿Qué manifestaciones tiene en ti mismo y en los demás?*
- d) *Jesús enseñaba con autoridad ¿a qué se debe el que hoy día los sacerdotes obispos y la Iglesia entera no tengan autoridad?*
- e) *¿Qué podríamos hacer en el anuncio del evangelio para volver a la pedagogía popular de Jesús?*